
ROBADA POR LA
BRATVA
EL BRATVA VALKOV
AVA GRAY

ROBADA POR LA BRATVA

AVA GRAY

Copyright © 2025 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

ÍNDICE

Blurb

1. Alek
2. Mila
3. Alek
4. Mila
5. Alek
6. Mila
7. Alek
8. Mila
9. Alek
10. Mila
11. Alek
12. Mila
13. Alek
14. Mila
15. Alek
16. Mila
17. Alek
18. Mila
19. Alek
20. Mila
21. Alek
22. Mila
23. Alek
24. Mila
25. Alek
26. Mila
27. Alek
28. Mila
29. Alek
30. Mila

BLURB

¡Un romance oscuro y candente lleno de picante y sensualidad!

MILA

Mi padre siempre dice que estoy demasiado gorda para resultar deseable.

¿Su solución? Casarme con el enemigo...

Pero en lugar de enamorarme de mi prometido, descubro mi atracción por Aleksei Valkov.

Se supone que debo casarme con su primo, pero no puedo ignorar mis sentimientos por el peligroso, terco y seductor Aleksei.

Pero cuando mi pasado amenaza nuestro final feliz, me doy cuenta rápidamente de que no solo mi matrimonio está en juego.

También mi vida.

ALEKSEI

Nunca pensé obsesionarme tanto con la futura esposa de mi primo.

Pero ella es una amenaza, y no tengo más opción que secuestrarla para mantener a salvo a mi Bratva.

Excepto que Mila Kastava claramente no es el enemigo aquí.

Su familia lo es.

Así que, ¿sería tan malo si dejo entrar la tentación con esta preciosa y curvilínea bomba sexy a la que puedo engañar para que me entregue su virginidad?

No creo que pueda resistirme a un pequeño capricho prohibido como Mila.

ROBADA POR LA BRATVA **es un romance mafioso picante, completo e independiente. Haz clic para disfrutar de un héroe millonario maduro y una heroína virgen y curvilínea. Incluye secuestro para tu placer ;)**

ALEK

El hombre gritó mientras Ivan lo sujetaba. Sangre, sudor y lágrimas empapaban la camisa del espía. Los fluidos se mezclaban mientras sollozaba y suplicaba clemencia.

¿Clemencia? Eso no estaba en sus cartas. Si alguien pensaba que podía espiar el territorio de los Valkov y salirse con la suya, estaba muy equivocado.

—Por favor, no estaba aquí para fisgonear —insistió el idiota entre lágrimas. Perder dos de sus dedos tenía que doler, pero mantuve mi cuchillo en posición y listo para quitar muchos más. Lo que fuera necesario para hacerle hablar. Me negaba a ser indulgente con este espía.

La Familia Rossini siempre buscaba formas de llegar hasta nosotros, pero aprenderían la lección de una manera u otra. Nadie se metía con la Bratva Valkov.

—Aleksei —el tono burlón de mi primo sonó arrastrado al entrar en el almacén. Tan pronto como Ivan y yo capturamos a este espía de los Rossini merodeando por fuera —sacando putas fotos a través de las ventanas— llamamos a Andrey para informarle de lo que estábamos haciendo con este giro de los acontecimientos. Andrey era mi superior solo en teoría. Si mi primo realmente le importara algo y actuara como el heredero de la Bratva, le habría guardado un atisbo de respeto. Pero no le importaba. Apenas podía caminar hasta

esta habitación sin ventanas del sótano, utilizada estrictamente para tratar con enemigos y necios. Llamar a Andrey era un mero gesto de cortesía. Su llegada no cambiaría nada. No podía recordar la última vez que mi primo se había preocupado por escuchar información de un espía.

Chasqueó la lengua mientras se acercaba a Ivan y a mí. Ivan me miró, con una expresión de cautela y escepticismo elevando sus cejas mientras él también se preguntaba por qué Andrey se había molestado en venir. La mayoría de las veces, ignoraba los asuntos de negocios y dejaba que todo pasara al buzón de voz. Quizás se dignaría a levantar su perezoso trasero y responder con un mensaje vago.

Mantuve mi cuchillo listo aunque casi tenía la sensación de que Andrey, por una vez, se involucraría. A mi primo le disgustaba ensuciarse las manos. No podía querer ocuparse personalmente de la tortura.

—¿Qué significa esto? —preguntó, frunciendo el ceño al espía que habíamos capturado y luego mirando su reloj.

¿Qué? ¿Qué coño? —Te llamé y te informé del espía que intentaba entrar en nuestro almacén. —*¿Cuán jodidamente borracho estás si no puedes recordar una llamada de hace diez minutos?*

—¿Un *espía*? —Andrey sonrió con suficiencia, caminando lentamente en círculo alrededor de nosotros.

Ivan no soltó al italiano. Si acaso, mi hermano sujetaba al espía con más fuerza, con la cuerda ensangrentada ciñéndole el cuello. Yo permanecí tenso, sosteniendo mi cuchillo y esperando a que mi primo se marchara. Tratarlo como si estuviera al mando era una broma. Su padre, el Pakhan de la bratva, no era mejor.

—No es un espía —dijo Andrey con desdén, casi aburrido.

—Estaba fuera intentando hacer fotos de nuestro producto —argumentó Ivan con calma.

—No, no es verdad. Es un malentendido —se apresuró a añadir el italiano—. Solo un accidente.

—Y una mierda —escupí, acercándome con mi cuchillo. Mis zapatos crujieron sobre su teléfono. Ya había destrozado el dispositivo contra el suelo de hormigón.

—Ah, simplemente déjalo ir. No necesitamos molestarnos con esto. —Andrey hizo un gesto hacia la puerta, pero Ivan no soltó al hombre. Yo tampoco retrocedí—. No merece vuestro tiempo.

—No podemos dejarlo ir. Estaba espiando. —Entrecerré los ojos mirando a mi primo, preguntándome cómo podía estar tan engañado. Si dejábamos ir a este hombre, le contaría a sus hermanos de la Mafia lo relajada que se había vuelto la bratva.

—No vio nada. —Andrey se encogió de hombros—. No es como si los Rossini fueran una amenaza ya.

—*Todos* son amenazas —discutí.

—No los Rossini —replicó Andrey—. No son nada ahora, no después de perder a tantos con todas sus luchas internas.

No importaba si los Rossini eran fuertes o débiles. Eran nuestros rivales y no podíamos ser indulgentes con ellos.

—¿Para esto me has sacado de entre las putas? —se burló Andrey, negando con la cabeza—. Simplemente déjalo ir. Dale una advertencia si quieres. —Se encogió de hombros—. No me importa. Solo quiero volver con los coños que me esperan en mi cama.

Sus prioridades eran una mierda. Andrey —y su padre— se preocupaban más por beber y follarse a las putas. Pero dejar ir a este italiano con una maldita advertencia era buscar problemas.

—Es una insensatez liberarlo —advirtió Ivan en un tono firme. No muchos se metían con mi hermano cuando hablaba así, pero Andrey estaba ajeno, sonriéndole con suficiencia.

—No podemos ser *tan* descuidados —argumenté.

Andrey negó con la cabeza. —No es ser descuidados. Es dejar pasar estupideces que no importan.

No entendía cómo podía ver a un espía como una *estupidez* que debía ignorarse. Nunca había tenido a Andrey o Pavel en alta estima, pero eran la cabeza de la familia. Su palabra era ley. Cada vez más, sin embargo, me preguntaba si llevarían a toda la bratva a la ruina con su pésimo liderazgo.

—Esto no es algo para simplemente dejarlo pasar —protestó Ivan—. Demasiados espías esperan para colarse. Nuestros rivales aprovecharán cualquier información que puedan conseguir sobre nuestro negocio.

Él lo descartó con una risa. Cada carcajada me crispaba los nervios.

—¿Aprovecharse de *nosotros*? La Bratva Valkov es demasiado poderosa —presumió Andrey.

—Era. *Éramos* poderosos —repliqué acaloradamente. Desde que mi padre murió en una guerra de territorios, la bratva había ido declinando en influencia. Siempre pensé que mi padre hacía el trabajo del Pakhan por él, y con su muerte, el liderazgo se desmoronó.

—Todavía lo somos. Somos la organización criminal más poderosa de Nueva York —dijo Andrey con tono arrastrado, como si yo fuera el idiota.

—No. —Negué con la cabeza—. Ya no. Parece que el Cártel Ortez reina ahora.

—No estamos en declive —dijo Andrey, sin abordar mi comentario sobre el cártel. Dudaba que pudiera mentir sobre su influencia.

—Y una vez que nos alineemos con la Familia Kastava, todo irá bien —se alisó la chaqueta del traje, pomposo como siempre—. La unión con los Kastava traerá fuerza en números con más efectivos.

Fruncí el ceño, odiando que hablara de esto delante de un espía.

—Eso son solo rumores. No se formará ninguna alianza entre los Valkov y los Kastava.

Pavel había mencionado que estaba hablando con Sergei Kastava y que habían iniciado negociaciones, pero aún no había surgido nada de esas conversaciones. Aun así, hablar de esta unión delante del italiano era una imprudencia.

—No estoy seguro de que pueda confiar en los Kastava, de todos modos.

Andrey me miró con desdén.

—Esa no es una decisión que te corresponda tomar.

—Los Kastava tienen una larga historia de mentiras —añadió Ivan.

—Ya es un hecho consumado —Andrey metió una mano en el bolsillo, haciendo sonar las llaves con los dedos en un molesto tintineo—. Me voy a casar con la hija mayor, Mila Kastava. Nuestro matrimonio solidificará y celebrará la alianza que allanará el camino para nuestro envío crucial.

Ahora el espía tendría que morir sin remedio. No podía creer que mi primo hablara sobre nuestro mayor envío hasta la fecha. La enorme cantidad de armas y contrabando que se suponía que íbamos a recibir sería una bendición en ingresos. Mencionarlo delante de este Rossini acababa de garantizar su muerte.

—Mi padre exigió que este matrimonio se realizara junto con el acuerdo. Los Kastava obtendrán una parte de nuestras armas, y nos concederán el uso de sus muelles de Colver.

Andrey no estaba hablando por hablar. Llevábamos décadas esperando tomar el control o asegurar los muelles de Colver. Con tanto de nuestro negocio dependiendo del transporte de mercancías y productos ilegales, necesitábamos una mejor ubicación para enviar

y recibir. Esos muelles estaban en una ubicación privilegiada, no tan fácilmente accesible para la policía.

—Y como mi boda estará aquí más pronto que tarde —dijo Andrey, sonriéndonos con suficiencia a ambos—, más razón para disfrutar de las putas en casa mientras pueda —dio unos pasos hacia atrás, riendo—. No es que no vaya a poder cuando tenga a Mila por esposa. He oído que es más corpulenta de lo que me gustaría, pero... —se encogió de hombros—. Mis amantes pueden cuidarme igual de bien.

Ivan y yo intercambiamos una mirada. Los affairs y dormir con amantes eran prácticas comunes en la bratva. No lo estábamos juzgando por eso. Pero mientras se alejaba, indiferente y desinteresado por este espía aquí presente, podíamos juzgarlo por ser un líder patético.

—No me llaméis ni me molestéis con mierdas insignificantes como esta —Andrey agitó la mano en el aire, como apartando este incidente—. Dejad marchar al hombre y no interferiáis con mis planes para esta noche. ¿Creéis que podéis manejar eso?

No esperó a que respondiéramos. Después de empujar la puerta y dejar que se cerrara de golpe, se lavó las manos del incidente.

—¿Para qué cojones le llamamos siquiera? —gruñó Ivan.

—Protocolo —le recordé—. O *solía* ser protocolo tener a alguien de arriba involucrado en estas cosas —No desde que mi padre estaba vivo y operando bajo las órdenes de Pavel, nadie había hecho las cosas correctamente. El protocolo era una excusa del pasado. Las reglas y expectativas estaban olvidadas e ignoradas.

El espía se aclaró la garganta, señalando la cuerda.

—E-e-entiendo. Vuestra advertencia está clara. No volveré por aquí nunca más.

Levanté mi cuchillo de nuevo. Su servilismo me irritaba, pero la noticia de mi primo me enfurecía más.

—No —gritó el italiano mientras me acercaba—. Él dijo que solo me advirtierais. Que me dejarais marchar —levantó su mano temblorosa y ensangrentada, a la que le faltaban dos dedos—. Ya me habéis advertido.

Ivan puso los ojos en blanco y sujetó al hombre con firmeza. Sin darle al cabrón otra oportunidad de lloriquear y suplicar, corté su cuello con mi cuchillo. Mi hermano lo mantuvo erguido un momento más. Luego, mientras la sangre se acumulaba a nuestros pies, dejó caer al espía como el inútil saco de carne muerta que era.

Sin que le afectara la muerte y de acuerdo con mi decisión de desobedecer a Andrey, Ivan se apartó y comenzó a limpiarse la sangre de las manos.

—Alinearse con los Kastava será un error.

Asentí, agachándome para limpiar mi hoja en los pantalones del espía muerto.

—Lo será. Entiendo cómo un acuerdo así podría ser beneficioso —Vender armas era la naturaleza de nuestro negocio. Obtener derechos sobre el muelle de Colver sería una ventaja. Pero ¿con los Kastava? Tenía un mal presentimiento sobre esto. Mi instinto me decía que no confiara en ellos. Como dijo Andrey, no era una decisión que me correspondiera tomar. Pavel había gobernado con decisiones de mierda durante una década, e Ivan y yo, junto con nuestros tres hermanos, no podíamos hacer nada más que seguir la corriente.

—Pero no con ellos. No con los Kastava —dije mientras me ponía de pie.

Él negó con la cabeza, chasqueando los dedos para que un par de soldados comenzaran a limpiar el desastre que había hecho el espía. Ellos se encargarían de deshacerse de su cuerpo.

En lugar de ser recompensados por mantener a la bratva por encima de sus enemigos y por atrapar a un espía, nos habían reprendido y despedido.

—No me gusta este giro —le dije a Ivan mientras salíamos del almacén—. Pavel no tiene ni puta idea de lo que está haciendo, sugiriendo una alianza con Kastava.

—Lo dice en serio, además. Solo tiene a Andrey como heredero.

Arreglar un matrimonio con la hija mayor de los Kastava señalaba una unión permanente entre las familias. Una vez que se casaran, los Kastava ya no serían identificados como nuestros rivales sino como nuestra familia.

—No me fío de esto —abrí la puerta por la que había salido Andrey, manteniéndola abierta para que Ivan pasara primero.

—Yo tampoco —respondió, explorando el callejón al que habíamos salido.

Suponía que muchos más de mis hermanos de la bratva estarían con nosotros en este sentimiento. Hasta que alguien más estuviera en el poder, estas ideas desastrosas continuarían hundiéndonos. Quería pensar que las cosas podrían cambiar para mejor, pero no parecía probable.

Porque una vez que Andrey se casara con su novia, no habría manera de echarse atrás de lo que fuera que los Kastava estuvieran tramando hacer.

MILA

Hoy comenzó como cualquier otro día.

Salí de casa de mi padre para llegar puntualmente a gestionar la recepción de la sede de S.T.L. Shipping. Ocuparme del papeleo de uno de los negocios tapadera de la familia era mi manera de sobrevivir a las interminables horas de trabajo.

Nunca estaba ociosa, y eso me ayudaba a mantener la mente centrada en mis tareas. El negocio iba bien, tanto las transacciones legítimas de transporte como los servicios clandestinos y más rentables que tenían lugar en el muelle de Colver. Yo no participaba mucho en esos asuntos. Mi padre jamás confiaría en mí para todo, y desde luego no para esos acuerdos de alto riesgo. Solo servía para mantener la fachada funcionando. Y lo hacía. Mis días estaban llenos de papeleo, correos electrónicos y llamadas telefónicas.

Este miércoles parecía normal, pero acabaría con mal sabor de boca.

En cuanto Lev, uno de los principales soldados de mi padre, entró en la oficina y se dirigió a las salas privadas de arriba, supe que debía comportarme ejemplarmente. Siempre lo hacía, de todos modos. Me habían entrenado para ser sumisa y obediente. No se permitían los berrinches ni la dejadez. Lev era una especie de supervisor, pero no estaba allí para vigilarme. Solo aparecía cuando tenía una reunión con mi padre, y esas venían con condiciones.

Lev había escoltado a su esposa, Rosamund. Después llegó Geoff, otro de los hombres de confianza de mi padre. Luego apareció mi padre. Otro brigadier, riendo y charlando mientras entraban al piso privado de las oficinas.

Mientras cada uno de ellos entraba y se dirigía a las salas privadas de la parte trasera de arriba, yo mantenía la cabeza agachada y fingía no enterarme de nada. Cada mes, llegaban en grupo. De cara a la galería, parecía que iba a tener lugar una reunión ultrasecreta.

Yo sabía la verdad. Rosamund me había confesado una vez que los sonidos que hacían asustaban a las otras rameras que rondaban por allí. Las amantes se preocuparían. Demasiados hombres querrían ser invitados.

Aquí, sin nadie más que yo en las oficinas, podían divertirse todo lo ruidosamente que quisieran. Una vez intenté usar tapones para los oídos para no escuchar los gritos, alaridos y lamentos, pero Geoff se dio cuenta cuando salió.

—No te escondas —se burló mientras me quitaba la protección auditiva al salir después de que todos la hubieran violado en grupo —. Sé que te excita oírla gritar.

No era así. Ahí dentro estaba mi *padre*, participando. Rosamund era un año menor que yo, solo veintiuno, y recién casada con Lev.

Cuando el primer grito rasgó el aire, la bilis me subió por la garganta. Me froté el estómago, haciendo una mueca mientras se me revolvía de malestar. Si supiera cuándo decidirían compartir a Rosamund, simplemente apagaría el ordenador y me iría a casa, pero nunca avisaban. Nunca anunciaban cuándo iban a aparecer, y esta noche, tenía demasiados correos que reenviar a clientes específicos.

Esta era nuestra vida. Para ser una mujer bajo la protección y posesión de la Familia Kastava, esto era lo esperado. Lo exigido. Había crecido conociendo la santidad del matrimonio, y era

consciente de que, por encima de todo, se esperaría que obedeciera a mi marido.

¿Pero esto?

No. Por favor, no.

Horas más tarde, justo antes del anochecer, salieron del edificio. Primero el brigadier y Geoff, que se marcharon furiosos, maldiciendo sin parar. Luego salió mi padre, riendo con Lev mientras atravesaban las puertas que conectaban con mi oficina en la planta baja.

—Mila.

Me enderecé cuando mi padre se dirigió a mí. —¿Sí? —Contuve el estómago y hundí las mejillas. Cualquier cosa para evitar que comentara sobre mi peso otra vez. Si me recortaba más calorías de mi dieta, me desmayaría por desnutrición.

Movió la cabeza hacia un lado, indicando la puerta por la que acababa de pasar. —Rosamund necesita... ayuda para limpiarse. —Lo dijo como si fuera una pérdida de tiempo. Como si esa esbelta rubia debería ser capaz de soportar que le metieran sus pollas una y otra vez, de cualquier manera posible. Como si esa joven, apenas adulta, debería ser más fuerte para resistir el abuso y la tortura porque la habían comprometido con un cabrón.

—Sí, señor —respondí mientras me levantaba.

Pero él levantó la mano, entrecerrando los ojos mientras me detenía. —¿Estás al día con la correspondencia?

Asentí, curiosa por qué me lo preguntaba. Siempre cumplía con sus exigencias, incluso algo tan absurdo como reenviar correos a direcciones separadas con las actualizaciones más insignificantes. ¿Es que nunca había oído hablar de poner en copia los mensajes? ¿Múltiples correos enviados a la vez?

Un gruñido áspero fue toda su respuesta, pero antes de marcharse, me miró de arriba abajo lentamente. Sus labios se curvaron con

ligero disgusto, pero no hizo más comentarios, marchándose con Lev.

En cuanto la puerta se cerró, solté un profundo suspiro y dejé de meter el estómago. Me acerqué a la puerta principal, cerrándola con llave por la noche. En el reflejo del cristal, vi lo que él había visto.

Bajita, curvilínea y con el ceño fruncido. Nunca había sido una chica o mujer menuda, para su frustración, pero no me veía mal. Sabía que no. Alisándome el vestido con las manos, me sentía orgullosa de mi atuendo, de lo favorecedora que era mi ropa para mi talla.

Que le den.

Había vivido veintidós años con sus constantes desprecios y juicios, pero sabía que se equivocaba. Cuidaba de mí misma. Me mantenía a la moda. Me aseguraba de resaltar mis tetas que todas las rameras envidiaban. Mis largos mechones de pelo castaño oscuro eran suaves y brillantes. Mis ojos eran penetrantes, mi piel tersa e hidratada.

Mi padre era un imbécil por intentar hacerme sentir una mierda, pero podía soportar sus críticas. Tenía que hacerlo.

Me dirigí a las habitaciones privadas, hirviendo de rabia por la actitud de mi padre hacia mí, pero en el momento en que entré y vi las evidencias de lo que Rosamund había sufrido, mis pulmones se paralizaron. No podía respirar ante la absoluta conmoción y horror de lo que *ella* había padecido a manos de mi padre. De su marido. De todos ellos.

—Ya era hora —se quejó Rosamund.

Cerré mis emociones, bloqueando cualquier muestra de sentimientos.

Dios mío... Me acerqué a ella, sorprendida de que mis rodillas no flaquearan.

Su piel estaba cubierta de rasguños rojos e inflamados. La mayoría sangraba libremente, sin duda por las cuerdas y látigos que habían usado en ella. El semen seco estaba por todas partes, manchando su carne que aún mostraba los moratones profundos de la última vez que la habían compartido tan agresivamente.

Sus manos y tobillos seguían atados. Sujeta firmemente con alambres, sus extremidades estaban suspendidas en el aire.

Ni siquiera se habían molestado en bajarla.

Mis dedos temblaban mientras me apresuraba a deshacer los cierres que la mantenían en el aire. —Lo siento —No había tardado en subir aquí, de verdad. Pero si hubiera sabido que la habían dejado colgada, literalmente, habría corrido.

Ella resopló, mirando al techo con aire ausente. Un ojo estaba hinchado. Los párpados entrecerrados mientras esperaba. —No, no lo sientes.

—¿Que esto te haya ocurrido? Sí, lo siento —Apuesto a que ella también había deseado un final feliz como yo. Soñar con lo imposible no debería doler tanto.

—¿Quieres decir que esto me *ocurre*? —siseó, respirando profundamente cuando liberé una de sus manos. Con esa muñeca libre, se movió bruscamente, bajando el brazo para sostenerse mientras los otros grilletes seguían puestos—. Porque seguirá ocurriendo. Hasta que pueda suicidarme de una puta vez, esta será mi vida.

Tragué saliva con dificultad, sin estar en posición de regañarla o siquiera reaccionar a sus duras palabras. Si yo estuviera en su posición...

No. Todavía no. Me casarían, pero no podía contar con que sucediera pronto. Mi padre me quería más delgada para no sufrir la vergüenza de ofrecer una esposa gorda a mi prometido. Mi padre quería que trabajara en la oficina de envíos para no tener que

formar a otra persona que pudiera servir mejor en otro lugar mientras intentaba expandir su poder.

—Siento que las cosas sean así —Liberé su otra mano, y ella se apoyó parcialmente en la cama. Las sábanas estaban saturadas con la sangre que goteaba de los alambres atados a sus muñecas y tobillos, pero supuse que el apoyo de una superficie sólida debía ayudarla.

Siseó, retorciéndose hacia un lado lo mejor que pudo.

Quizás no.

La bilis volvió a subir. La visión de su espalda flagelada y mutilada me atormentaría durante días.

—¿Que las cosas sean así? —me miró con desprecio.

—Sí. Ser esposa.

—No soy una *esposa* —gritó entonces, furiosa y destrozada—. Soy una puta jodida. Su puta, para pasarme de uno a otro.

Tragué con fuerza, manteniéndome impasible ante su difícil situación mientras liberaba sus tobillos.

—No intentes soltarme esa mierda de que esto es mi deber.

Abrí y cerré la boca, sin saber qué podía decir a eso. Mi *padre* la violaba. Mi *padre* la tomaba así, como un depravado y abusivo cabrón. ¿Qué podía decir?

—Sé lo que estás pensando. Nuestro deber como mujeres de la bratva es complacer a nuestros hombres.

Me aclaré la garganta mientras me movía hacia el grillete de su otro tobillo. —En la mayoría de las circunstancias...

—No. Mis circunstancias son una puta mierda. Y no quiero oírte decir que te importa.

—Me importa —Incluso si no me hubieran dicho que la ayudara, lo habría hecho.

—Qué rico, viniendo de ti.

Cogí una toalla para ayudarla a sentarse, y luego a ponerse de pie. Con cada siseo y quejido que salía de sus labios, mi corazón se rompía un poco más. Decía la verdad. Se *esperaba* que sirviéramos a nuestros hombres. No había escapatoria, pero este abuso que ella sufría...

—Sinceramente deseo que este no fuera tu destino, pero no puedo cambiarlo.

Si pudiera, lo haría. Por todas nosotras.

—Y una mierda lo harías —se quejó mientras caminaba con cuidado hacia el baño con mi ayuda—. No te importa. Tendrás una vida cómoda y agradable lejos de tu padre.

Él nunca había intentado abusar de mí como lo hacía con ella, pero aun así, se equivocaba. Yo no iba a ir a ninguna parte.

—Seguiré aquí para ayudarte la próxima vez.

Rosamund casi se cayó, pero la sostuve. —No, no lo estarás.

No entendía.

Me miró con desprecio a través del reflejo en el espejo. —Eres pura. Permanecerás intacta como virgen. Siempre has estado a salvo, esperando ser virgen.

—Como tú lo fuiste.

—Sí. A salvo... hasta que tu marido te consiga.

No todos los hombres de la bratva querían compartir a su esposa.

—Siento que te prometieran a Lev.

Soltó una débil risa. —Hablaba de *tu* marido.

¿El mío? Negué con la cabeza, observándola cuidadosamente mientras la guiaba a la ducha. —No tengo marido.

—Lo tendrás. Pronto —Gritó al primer contacto del agua.

—No te creo —No sería la primera vez que intentaba desahogarse verbalmente conmigo después de las escenas que le obligaban a soportar—. Mi padre me lo habría dicho.

—¿Cuándo? ¿Cuando estaba ocupado metiéndome su polla por el culo? —Gimió y se apoyó contra la pared de la ducha.

—Soy demasiado vital con S.T.L. y haciendo que parezca un negocio real. No se desharía de mí todavía. Soy demasiado importante en la oficina —Además, él había afirmado que todavía estaba demasiado gorda y era demasiado horrible.

—Les oí. Mientras ellos... —Hizo un débil gesto hacia la habitación donde había sido abusada—. Estaban hablando de ello. Geoff no quería oírlo —Hizo una mueca mientras se limpiaba la sangre del pecho—. Lev y tu padre discutían sobre tu matrimonio con Andrey Valkov.

Me quedé paralizada mientras me arremangaba para pasarle el paño con el que limpiarse el semen y la sangre.

¿Andrey Valkov? ¿El heredero de la Bratva Valkov? ¿Nuestro enemigo?

Con lo furioso que Geoff se había marchado esta noche, tenía sentido. Siempre había estado ansioso por tenerme para él. Esta noticia no le habría complacido.

—¿Valkov? —Sabía que mi padre estaba hablando con Pavel Valkov, ¿pero sobre mi matrimonio con su hijo?

Por favor, no.

Había oído demasiadas historias de terror sobre él. Se decía que era un hombre duro, sádico y codicioso. Mientras ayudaba a Rosamund

a limpiarse, me preguntaba cuánto peor me iría con él. Aquí, mi posición como hija del Pakhan me mantenía intacta. ¿Allí? ¿Con el enemigo? Lo temía.

—¿Cuándo?

Rosamund me miró a los ojos, quizás compadeciéndome *a mí* ahora. —El viernes.

¡Tan pronto! Me endurecí ante la conmoción y tomé una respiración profunda y constante. Mi padre planeaba casarme al final de la semana, y me estaba enterando solo ahora.

—Es tu deber, Mila —su tono goteaba sarcasmo, cruel y burlón—. ¿Vas a ser una buena esposa para él? ¿Complacer y obedecer a tu marido, sin importar las circunstancias?

Le sostuve la mirada a esta mujer torturada. Ninguna de las dos podía escapar de esta vida. Todo lo que podía hacer era mantenerme fría e insensible y soportarlo todo.

Asintiendo una vez, me decidí a superar mis circunstancias y vencer mis probabilidades, sin importar lo terribles que pudieran ser.

Pero en lo profundo, mi corazón se astillaba y se agrietaba un poco más.

ALEK

Mi inquietud sobre esta potencial alianza con los Kastava no se disipó. Durante la noche, empeoró. Por la mañana, cuando debía presentarme ante mi tío para una supuesta reunión con los mejores soldados y brigadieres, estaba ansioso.

Nadie lo notaría al mirarme. El día que recibí la noticia de que mi padre había muerto, dominé el fino arte de ocultar mis emociones. Nunca creí la historia que me contaron. Que Pyotr Valkov, mi trabajador padre, había muerto por fuego amigo durante una guerra territorial. Ninguno de mis hermanos lo creyó tampoco, pero con el tiempo, no tuvimos más remedio que aceptarlo como un hecho. Ellos lo cuestionaron. Maxim, mi hermano menor, todavía era más un niño que un hombre cuando mataron a nuestro padre. Todos luchamos a nuestra manera, pero yo sabía que expresar mis sentimientos solo sería una debilidad, un indicio.

Cuando llegué al restaurante, estaba de un humor pésimo. Las expresiones graves e irritadas del personal de servicio no mejoraron mi actitud. Escuché a más de uno quejándose de que Pavel les trataba como una mierda, como siervos y no como camareros profesionales, y casi podía simpatizar con ellos. Pero, ¿no estábamos todos en el mismo barco? Nos trataba a todos como peones, nunca dudando en recordarnos que él era el jefe y que nosotros siempre seríamos inferiores. El descontento había estado creciendo durante mucho tiempo, y dentro de esa baja moral, yo tenía compañía.

No era solo yo. Mis hermanos a menudo hacían eco de mis sentimientos. No era el único que se quejaba, pero algunos días sentía que era el único que pensaría en contraatacar.

—Ya era hora —dijo Pavel como saludo. Se limpió con la servilleta la comisura de la boca y luego la arrojó sobre la mesa. Todos los demás estaban sentados, pero parecía que solo él y Andrey tenían apetito para tocar la comida.

Hice un gesto de mirar mi reloj. —Llego diez minutos antes.

Se encogió de hombros como diciendo *lo que sea*. —Ya que estamos todos aquí ahora, tengo dos asuntos que tratar.

Tales reuniones eran una excusa para que se escuchara hablar a sí mismo. Ya no sabía qué demonios pasaba con la familia. No le importaba.

Nikolai arqueó las cejas para saludarme, y me moví para ponerme junto a él, a un lado. Ivan y Dmitri se sentaron frente a nosotros, y Maxim se removía inquieto en un asiento al otro extremo de la larga mesa. No importaba dónde estuviéramos, siempre me aseguraba de vigilar a mis hermanos. Le había prometido a mi padre que siempre cuidaría de ellos, pero sentía que estaba fallando en eso. Permitir que se quedaran con la bratva era como si les estuviera dejando hundirse.

—Primero, el puto cártel —gruñó Pavel, negando lentamente con la cabeza—. ¿Qué coño quieren? —Luego señaló a Andrey—. Y los malditos italianos. Buen trabajo, eliminando a ese espía en el almacén.

Ivan se reclinó, cruzando su mirada con la mía con expresión impasible. No era la primera vez que Andrey se atribuía el mérito de algo que no había hecho, y no sería la última.

—Siguen invadiendo nuestro territorio. Interfiriendo con nuestros negocios. Estoy harto de sus intromisiones.

Grandes palabras de un hombrecillo. Mantuve mi expresión en blanco mientras hervía por dentro. Si el imbécil alguna vez *intentara* controlar las patrullas, a nuestros soldados, cualquier informe de inteligencia, quizás las cosas serían diferentes. Le gustaba hablar mucho pero no actuar.

—Ahí es donde los Kastava nos ayudarán —asintió sabiamente, perdiendo el ceño fruncido y reemplazándolo por una sonrisa petulante.

—¿Aceptarán proteger nuestro territorio? —preguntó un soldado de alto rango.

—No —Pavel se irguió más—. Tienen muelles en el otro lado de la ciudad. Específicamente, el muelle Colver. Podremos realizar el transporte mucho más fácil desde allí. Nuestros envíos no serán tan susceptibles de caer en manos equivocadas —golpeó su puño contra su mano—. El cártel y los italianos pueden irse a la mierda con sus intentos de interferir allí. Las fuerzas del orden también.

La policía de Nueva York siempre estaba encima de nosotros. La DEA también.

Aun así, sonaba demasiado bueno para ser verdad. No podía quitarme de encima este escepticismo, pero Nikolai se me adelantó al expresarlo. —¿Por qué Sergei Kastava querría ayudarnos?

—¿No hay mala sangre entre las familias? —preguntó Dmitri antes de que Pavel pudiera responder a la primera pregunta.

Pavel arrugó la cara, haciendo un gesto para desestimar a mis hermanos. —Eso fue de generaciones atrás. No es gran cosa ahora.

Todo del pasado podía volver y mordernos en el presente. Era un idiota delirante por pensar lo contrario.

—Además, tenemos un acuerdo sólido que está casi terminado. Andrey y yo hemos negociado intercambiar el uso de su muelle por una parte del envío de armas desde Colombia. Es el mayor envío

que hemos organizado hasta ahora, y tendremos ganancias generosas.

Maxim tamborileaba con dos dedos sobre su muslo. Tan pronto como noté ese gesto que Pavel y Andrey no podrían ver desde su lado de la mesa frente a mi hermano, entrecerré los ojos. Estaba nervioso. O ansioso por hablar pero demasiado intimidado para protestar. No tenía tanto peso como el resto de nosotros los hermanos, pero no era ningún tonto. Algo le molestaba sobre estos detalles. Me hice una nota mental de hablar con él después de que concluyera esta reunión.

—Y eso me lleva al segundo anuncio —Pavel puso su mano en el hombro de su hijo—. Andrey se casará con la hija mayor de Sergei. Será una unión de por vida —sonrió, mirando a todos los presentes —. No pueden traicionarnos más adelante si todos somos familia, ¿verdad?

Algunos de los hombres compartieron su humor, riéndose sin preocupación. Ivan y yo ya lo sabíamos, ya que Andrey no pudo mantener la boca cerrada anoche. Incluso si fuera la primera vez que lo escuchaba, no habría reaccionado.

—No es la chica más atractiva —comentó Pavel con una sonrisa burlona—, pero eso apenas importa.

Andrey asintió, suspirando. —Haría cualquier cosa por la familia.

Oh, déjate de tonterías. Deja de actuar como si fueras una especie de mártir.

Pavel le dio una palmada en el hombro nuevamente, y luego se volvió hacia mí. —Mientras estamos ocupados con los preparativos finales de la boda, necesito que alguien hable con su hombre sobre este envío —me señaló a mí, luego a Nikolai—. Vosotros dos podéis encargaros de eso, ¿verdad?

Como si no estuviéramos ya en las calles vigilando nuestro territorio. Asentí. —Podemos hacerlo.

—No es más que hacer una muestra de confianza, comprobar que todo sigue el plan previsto. Preguntar por alguien llamado «El Doc» e informarse si están listos para el gran envío.

¿Quién demonios es El Doc? No puede referirse a un médico real. Usar códigos parecía extraño. No teníamos la costumbre de usar apodos, y eso solo aumentaba mis sospechas.

Incliné la cabeza a un lado, mirando severamente a mi tío. —¿Hay alguna posibilidad de que algo no salga como esperas? —Dudaba que manifestara una preocupación honesta sobre un posible fracaso o contratiempo. Era demasiado orgulloso para admitir cualquier defecto.

—Por supuesto que no. Solo es una cortesía. Para comprobar. Para asegurarnos de que están aceptando que pasemos por allí con más frecuencia.

—El acuerdo aún no se ha cerrado —advirtió Dmitri.

—Pero estamos más lejos de ser rivales —insistió Pavel—. Id como muestra de jodida confianza —nos ordenó a mí y a Nik.

¿Confianza? ¿Quería hablar de confianza? ¿Qué tal si nos la inspirara a nosotros? Si pudiera proporcionar algún detalle o razón por la que deberíamos considerar esto, apuesto a que algunos perderían sus dudas.

Pavel se puso de pie, abotonándose la chaqueta mientras estrechaba su mirada hacia mí. —¿No puedo confiar en que te encargues de esto? ¿Una simple petición?

Antes de que pudiera responder, sonrió con suficiencia. —Tu padre nunca me habría cuestionado.

Mi padre tampoco habría intentado aliarse con nuestro rival más antiguo.

—Considéralo hecho —dijo Nik por los dos. Me agarró de la manga, dirigiéndome bruscamente hacia un lado, cerca de Maxim—. Bájale

el tono —me advirtió en un susurro acalorado.

Ignoré su mirada de complicidad y la energía de reproche que había detrás. No me importaba si Pavel se molestaba conmigo. Era una costumbre a estas alturas.

Los hombres salieron de la suite privada del comedor, pero Nik y yo permanecimos cerca de Maxim. Ambos habíamos notado su gesto nervioso durante los anuncios, y Nik se abalanzó sobre él tan pronto como estuvimos en la esquina, pudiendo tener un momento privado. —¿Qué ocurre?

Maxim miró más allá de Nik, comprobando a los otros que todavía estaban saliendo. Asentí, haciéndole saber que podríamos hablar libremente.

—Tendremos dificultades para entregar a los Kastava las armas acordadas. He visto los detalles en algunos correos electrónicos que he interceptado. Pavel no está compartiendo mucho sobre estas negociaciones, pero he visto fragmentos aquí y allá.

Le creía. Maxim había ocupado un puesto con los contables durante años. Su especialidad era el trabajo de oficina, todo lo que sucedía entre bastidores para que todas nuestras transacciones —legales o no— funcionaran sin problemas.

—Los libros no pintan bien. No conozco todos los códigos de sus mensajes. Independientemente, por los libros que he visto y en los que he trabajado, las cosas están sombrías.

—¿En qué sentido? —preguntó Nik.

—No tenemos suficiente dinero para asegurar suficientes armas procedentes de Colombia. Cuando lleguen los envíos, los Kastava se llevarán la peor parte de este trato. Ya estaremos usando su muelle de Colver, según lo acordado, pero lo que verán en ese muelle será menos de lo que se les dice que obtendrán.

Me froté la mandíbula. La inquietud y la duda me recorrieron la columna vertebral, y supe que mi corazonada, esa mala sensación que no podía quitarme de encima, era una preocupación real y sincera.

—¿Lo sabe Pavel? —preguntó Nik.

A nuestro tío no le gustaba que le dieran malas noticias, y me preguntaba lo mismo, si Maxim u otro contable ya había compartido estos hechos y había sido descartado.

Maxim hizo una mueca y asintió.

—Apuesto a que los Kastava también lo saben —Si Pavel fuera capaz de duplicidad, quizás no, pero Pavel no era tan listo—. Probablemente lo saben y pretenden usarlo como palanca.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Maxim.

—Sospecho que están planeando un golpe. Esta alianza huele a podrido.

—Pero tan pronto como tenga lugar esta boda... no importará. Serán familia tanto si queremos como si no.

Ya estaba sospechando sobre los planes de envío, pero si es tan malo como advirtió mi hermano, esto podría ser la cagada que derribe toda la operación Valkov.

—A menos que la boda *no* tenga lugar... —los miré a ambos mientras la idea echaba raíces—. Si aún no estamos unidos con ellos, podría intentar investigar este acuerdo.

—¿Quieres decir detener la boda? —preguntó Ivan.

Me encogí de hombros. *No es mala idea.* Todo lo que necesitaba era más tiempo para descubrir cómo evitar la potencial caída de nuestra familia.

MILA

Este sería el último día de mi libertad, y me costaba aceptar que lo estaba pasando en casa.

¿Libertad? Nunca había tenido un verdadero sentido de esa fantasía. Vivía con mi padre desde que mi madre falleció al darme a luz. Él me controlaba en casa y aquí, en uno de sus negocios de fachada.

Se me prohibieron las amistades. Fui educada por tutores privados. No se me permitían pasatiempos ni aficiones.

Mi existencia no era más que servir a la familia, y ahora que mi lealtad debería cambiar, para atender a mi marido, me sentía a la deriva e insegura de todo.

Nunca más tendría que venir aquí y sufrir la tediosa tarea de reenviar ciertos correos a direcciones específicas. Era un trabajo absurdo y sin sentido, pero me daba una sensación tangible de propósito. Estaba activa. Estaba *haciendo* algo. No quería imaginar qué expectativas pendería sobre mi cabeza después de mi boda.

¿Cómo puede ser mañana? Era demasiado pronto para que pudiera adaptarme. Mi padre me lo dijo esta misma mañana, casi como una ocurrencia tardía, antes de irse a reunirse con Lev y Geoff.

¿Cómo puede cambiar mi vida tan drásticamente con tan poco aviso? Me había acostumbrado a este patético trabajo de oficina, y

ahora que me arrancarían la seguridad y familiaridad que me proporcionaba, me sentía perdida y aprensiva.

—¿El "Doc"? —susurré en voz alta, frunciendo el ceño ante la pantalla. Algunas de estas referencias codificadas no tenían ningún sentido, pero había renunciado a intentar entender quién o qué era "El Doc", por qué "había que demostrar un entendimiento" o cómo importaban "los cambios injustificados en la proporción de hardware". No entendía esta jerga, y no quería entenderla. No se me confiaban demasiadas cosas, pero mi padre había insistido en que yo específicamente me encargara de esta correspondencia repetitiva. Suponía que otra persona, quizá mi padre, estaba vigilando lo que se decía y dónde, ya que él tenía mis contraseñas, pero no era asunto mío. Hacía tiempo que había aprendido a no hacer preguntas. Como mi padre me había elegido para manejar estos correos, asumía que no quería que muchos lo supieran, incluso dentro de la familia.

Lo que sea.

Ya ni siquiera podía importarme. Nunca me había importado, pero la mera curiosidad carecía de relevancia. Lo único que me obsesionaba era si mi vida cambiaría a peor mañana.

Dos hombres se acercaban por fuera, y su apariencia captó mi atención. Este era un negocio de fachada, con envíos simulados de artículos generales. Raramente venían visitantes, pero estos dos hombres altos no parecían vendedores perdidos.

A la izquierda, un bruto musculoso caminaba hacia la puerta. Había detectado la cámara de vigilancia que me permitía esta vista previa de su llegada, y sus labios casi se curvaron en una sonrisa. ¿O era una mueca de desprecio?

Su compañero, un rubio, no ocultaba sus ojos tras gafas de sol. Inspeccionaba el entorno, sin detenerse demasiado en nada con aquellos ojos azules.

Apenas importaba por qué estaban aquí. Este era territorio protegido. Eran extraños que se adentraban en territorio Kastava. Minimicé la ventana de mi ordenador y lo bloqueé mientras me ponía en pie de un salto.

No podía entender cómo los guardias o patrulleros no les habían impedido acercarse a la oficina de S.T.L. Shipping, pero supuse que me tocaba a mí disuadirles de husmear por aquí.

Abrieron la puerta y entraron. Al instante, me di cuenta de quiénes eran. No conocía sus nombres. Nunca les había visto en persona, pero reconocí el tatuaje en el cuello del más alto. Descendiendo por los músculos tensos, la tinta unía líneas y remolinos en lo que tenía que ser el escudo de los Valkov.

El enemigo.

—No podéis entrar aquí —crucé los brazos.

—¿No *puedo*? —El hombre se levantó las gafas de sol para taladrarme con su mirada seria y siniestra—. Parece que sí podemos. Y acabamos de hacerlo.

—Alek —suspiró su compañero, como si estuviera acostumbrado a este listillo—. Basta de ese humor.

—¿Humor? ¿Es así como llamáis... a eso? —señalé con una mano al gigantesco hombre. Con músculos por doquier, era un gigante alto e imponente. El poder irradiaba de él, y supe sin duda que tenía que ser uno de los soldados de alto rango de los Valkov—. Tenéis que iros.

Alek levantó la barbilla, mirándome desde arriba con desdén. Nunca había sido una mujer menuda, pero siempre había sido maldecida por ser demasiado baja. Me condenaría antes de estirar el cuello para encontrarme con la mirada de este imbécil. Le ignoré, haciendo todo lo posible por frenar el impulso instantáneo de examinarle de arriba abajo. En su lugar, me enfrenté al que parecía casi más amable. No podía ser un hombre agradable, pero parecía más

calmado, no dispuesto a pelear conmigo ni a discutir por cuestiones semánticas—. Tenéis que iros —repetí.

Aunque intenté hablar pasando por alto a Alek, dirigiéndome a su amigo, Alek se acercó más y más.

Bajé los brazos mientras retrocedía hacia mi escritorio. El instinto me hizo inclinarme hacia atrás, sujetando el borde del mueble como apoyo. Cuanto más se acercaba Alek, menos recordaba por qué no debía ponerme firme y ordenarle que se marchara.

Su colonia me provocaba, pero el olor de *él*, tan crudo y masculino, me llamaba. El calor que emanaba de él me calentaba en esta habitación demasiado fría con ventiladores y aire acondicionado. Mientras se cernía sobre mí, mirándome fijamente y encerrándome en el hechizo de su intensa mirada, no tenía pudor sobre por qué debería echarle.

Si daba un paso más, quedaría atrapada. La emoción de esa idea despertó una llamarada de deseo. Lo sentí en mi sexo. En mis pezones. Había estado rodeada de muchos hombres viriles, fuertes y hermosos en mi vida.

Ninguno de ellos había provocado nunca una reacción tan rápida y visceral como *esta*. Mantuve los labios cerrados y me negué a mostrar un atisbo de conciencia. Él no podía saberlo. No podía mostrarme débil ahora. No con el enemigo.

—¿*Tú* crees que tienes derecho a decirme a *mí* lo que debo hacer?

Levanté la barbilla, aferrándome a la rebeldía mientras me desafiaba —. Aquí dentro, sí, lo tengo.

—No acepto órdenes de niñas como tú —Inclinó un poco la cabeza hacia un lado, examinándome y deteniéndose con su oscura mirada en mis pechos. Con lo profundamente que subía y bajaba mi pecho, quería estremecerme al pensar en lo acalorada y molesta que me estaba poniendo.

Así de simple. De cero a cien. Me había hecho ansiar su presencia, y no me gustaba sentirme tan inquieta por ello.

No. Esto no está pasando.

No podían encontrar nada aquí. Como había bloqueado el ordenador, no podían hallar nada de valor. Aun así, sabía lo que se esperaba de mí. Permitir que los Valkov husmearan por aquí sería un error imperdonable.

—Alek. Basta, he dicho.

—Que te jodan, Nik. He venido a hablar con El Doc, no a esperar a que una gatita sexy me diga lo que puedo o no puedo hacer.

¿Gatita sexy? Sabía que este vestido tenía un escote más bajo que los otros, pero yo no era-

—¿Qué has dicho?

Entrecerró los ojos mirándome. —Me has oído. Gatita se-

Empujé su duro pecho, saliendo del hechizo de lujuria en el que me había sumido tan rápidamente. *¿El Doc?* Qué coincidencia. —No. ¿Por qué estáis aquí?

—Hemos venido a hablar con alguien sobre un cargamento que llegará pronto —dijo Nik mientras yo rodeaba mi escritorio.

Poner ese mueble entre nosotros sería un buen escudo, pero con la manera intensa en que Alek seguía clavando su mirada en mí, no me sentía mucho más segura.

—Con El Doc —me recordó Alek.

Negué con la cabeza. —No hay ningún "Doc" aquí —No tenía ni idea si sus palabras tenían relación con lo que acababa de ver en el ordenador, pero debía mantenerme alerta, aunque me sintiera extrañamente atraída por su mirada oscura y su cálida proximidad.

—¿Estás segura de que sabes de lo que hablas?

Entrecerré los ojos. —Sé perfectamente de lo que hablo cuando os digo que os marchéis. Este es territorio Kastava, Valkov.

Asintió, frotándose la mandíbula. —¿No te has enterado? Pronto estaremos unidos.

Se me secó la garganta. Las palabras no me salían. *De hecho, sí que me he enterado, imbécil.* Se esperaba que yo fuera una pieza clave en esta unión, pero cuanto más pensaba en lo miserable que sería mi vida como esposa de Andrey Valkov, más deseaba otra cosa.

No importaba que el reloj siguiera avanzando. En el fondo, me aferraba a la fantasía de que mi matrimonio podría no llevarse a cabo. Si estos hombres daban por hecho que el compromiso se produciría, parecía que debía abandonar esa esperanza descabellada.

Sin embargo, repasé de nuevo la provocación de Alek, centrándome más en cómo lo había dicho. *Pronto estaremos unidos.* Podía imaginarlo vívidamente. Unirme como una sola persona con *este* Valkov arrogante. Deslizándome contra él y recibiendo su miembro dentro de mí hasta que estuviéramos unidos de la manera más íntima y profunda posible.

Una vez más, recorrió mi cuerpo con la mirada. Su mirada brillaba con algo más que irritación por haberle contestado. Me examinó con un hambre cruda que casi me excitaba.

—Hemos venido bajo las órdenes de Pavel Valkov —dijo Nik, intentando un tono más diplomático pero igualmente firme.

Asentí, pero me detuve y negué con la cabeza. —Puede ser, pero aquí no hay nadie para reunirse con vosotros.

—¿Tu padre? —adivinó Alek.

Negué con la cabeza.

—¿Tu superior? —intentó de nuevo.

—Solo estoy yo aquí.

Resopló, poniendo los ojos en blanco. —Bueno —dijo mientras se volvía ligeramente hacia Nik—, *ella* no puede ser El Doc.

De nuevo, esa referencia a algo de los correos electrónicos. Esto era la bratva, no una banda de moteros. No usábamos apodos o alias así. Quizás los Valkov sí, pero no estaba informada de nada por lo que pudieran estar aquí.

—En cualquier caso, tenéis que marcharos. —Señalé la puerta, orgullosa de que mi dedo no temblara.

—¿Siempre eres tan mandona? —replicó Alek.

—Hasta que tenga lugar cualquier matrimonio entre nuestras familias...

—Suena a que es un hecho. —Alek se metió las manos en los bolsillos.

Apreté los labios, exhalando fuerte por la nariz. No quería creerlo todavía. Hasta que me llevaran al altar, tenía que creer que algo más estaba reservado para mi vida.

—Hasta que algo pueda unir a nuestras familias, debéis marcharos. Ningún Valkov puede andar merodeando por aquí. Esperad fuera a quien sea con quien creáis que os vais a reunir. —Señalé de nuevo, apuntando con el dedo hacia la ventana, indicando que podían dirigirse a la calle.

Estaba sola aquí, pero no era ninguna tonta frágil. Tenía que ser firme con estos hombres. Especialmente con el hombre tosco que seguía mirándome tan de cerca, tan ardientemente que su atención se sentía como una traviesa caricia sobre mi piel.

El teléfono de Nik sonó, y frunció el ceño al mirarlo. Cuando se llevó el dispositivo a la oreja, asintió una vez, inclinando la barbilla hacia mí. Suspiró y se dirigió a la puerta, dando un codazo a Alek de camino. —Vamos.

Él no se movió. Quedándose allí mismo, taladrándome con su mirada marrón oscura, parecía luchar con la necesidad de marcharse.

Finalmente, con una expresión llena de sospecha y duda, se dio la vuelta y siguió a Nik afuera.

No me apresuré a cerrar la puerta después de que se cerrara. En cambio, contemplé el pequeño monitor en mi escritorio que me mostraba que se iban como yo había exigido.

Alek se volvió, sin embargo, mirando de nuevo hacia las cámaras, casi como si tuviera que tener la última mirada, un acto final de rebeldía y no darse prisa en marcharse.

Suspiré y luego me mordí el labio mientras consideraba la posibilidad de volver a verle una vez que me casara con su familia. ¿Esa llama de deseo volvería a surgir? ¿Podría mi marido ser igual de sexy, atrayéndome con ese magnetismo inmediato como había hecho Alek?

¿Se extinguiría esta lujuria instantánea para que pudiera complacer a mi marido en su lugar?

Negando con la cabeza, me senté. Luego me cubrí la cara con las manos. No estaba segura de qué pensar sobre su visita.

Lo único que sabía era que no estaba lista para casarme a pesar de que los minutos seguían pasando para acercarme cada vez más a ese preciso destino.

ALEK

Mis hermanos pasarían más tarde para hablar conmigo, pero tenía un par de horas libres antes de que aparecieran. Aunque supuestamente todos estábamos en el mismo equipo, trabajando para la misma familia, mis hermanos y yo siempre nos habíamos mantenido unidos. Sin un verdadero liderazgo por parte de nuestro tío, y aún menos de Andrey, parecía que todos operábamos libremente en medio del caos.

Como esos Rossini que pensaron que podían salirse con la suya intimidando a un par de dueños de tiendas que protegíamos en nuestro territorio. El señor y la señora Markov eran una de las muchas parejas propietarias de pequeños negocios familiares en el territorio Valkov, una tapadera para que pudiéramos blanquear dinero más rápido. Con esa protección en marcha, nunca debería haber llegado al punto de que esos matones italianos aparecieran intentando robar y acosar en su tienda. Si alguno de nosotros hubiera sido asignado a patrullar y supervisar con más frecuencia, la pareja de ancianos podría haber puesto fin a esa mierda hace meses.

Me alegré de que la señora Markov tuviera la astucia de llamar a Nikolai antes. Aunque no me gustaba la forma abrupta en que me habían arrancado de aquella mujer con carácter en la oficina de S.T.L. Shipping, estaba orgulloso de cumplir con mi deber hacia las familias que representaba la bratva. Nikolai mantuvo al matrimonio

ocupado en la trastienda mientras yo les daba una lección a los Rossini. Uno posiblemente nunca engendrará hijos después del bate que usé en su entrepierna, y apuesto a que su compañero se estaba meando encima por el dolor tras dislocarle ambos brazos.

Mi objetivo había sido evitar que se derramara sangre. No habría estado bien ensuciar la tienda de los Markov y hacer que ellos la limpiaran. Aun así, yo mostraba las señales de una pelea dura. Mis nudillos estaban raspados y en carne viva por golpear a esos dos italianos con los puños, y ahora los cuidaba, sumergiéndolos en un cubo de agua helada.

Sin embargo, si esa llamada no hubiera entrado, me preguntaba hasta dónde habría intentado probar suerte con aquella mujer. Tan bajita, pero con un paquete completo de las curvas más sexys, pechos preciosos y un trasero de infarto. Era el tipo de mujer a la que follar sin piedad, capaz de aguantar un buen polvo duro. Lo visualizaba claramente en mi mente. Cómo sus carnosos labios rojos rodearían mi polla, su delgada garganta se tensaría mientras me tragaba entero. Sus largos y brillantes mechones del castaño más oscuro se enroscarían perfectamente en mi mano mientras la penetraba.

Y ese descaro. Esa actitud. Si era capaz de plantarme cara y responderme así en la oficina, prometía ser aún más ardiente y atrevida entre las sábanas.

O no.

Parecía tan joven, pero tenía que ser mayor de edad para estar sola en esa oficina. No podía creer que Sergei o cualquiera de sus hombres permitieran que una mujer hermosa y sexy como ella trabajara sin supervisión. Parecía conocedora, rápida en informarnos que no deberíamos haber ido allí. Detrás del destello de atracción que noté en sus ojos azul cristalino, detecté la alarma. Confusión, incluso, pero enmascaraba bien sus emociones. Eso solo me hizo sospechar más. Estaba protegiendo algo para ser tan confrontacional

desde el principio. Quizás no conocía todos los detalles, pero me convenció aún más de que algo turbio estaba ocurriendo.

El hombre con quien se suponía que debíamos reunirnos, Lev, acabó cambiando de opinión sobre la reunión. Pavel me envió esa información después del hecho, y hasta eso me molestaba. ¿Este Lev no podía ser un hombre de palabra y cumplir con una simple visita y charla con nosotros? Eso no auguraba nada bueno.

Mientras me secaba los nudillos, sabía en el fondo que no podía permitir que esto sucediera. Este gran cargamento en los muelles de Colver. Cualquier alianza con los Kastavas. La boda. Todo parecía extraño. A lo largo de los años, me había quejado de cómo nuestro poder e influencia habían disminuido, pero esto parecía ser la gran cosa que sería nuestra perdición.

—¿Estás en casa?

Miré hacia la puerta de mi apartamento al oír el golpe y el grito de Andrey. Este era el único de mis inmuebles personales que mi primo conocía. Incluso eso era revelador, que ocultara todas mis direcciones de Andrey y Pavel. La desconfianza corría profunda en mis huesos.

Sin contestar verbalmente, me dirigí a la puerta y la abrí un poco. —¿Qué quieres?

—¿Qué mierda es esa que he oído de que le has dicho a Anton que *tú* e Ivan matasteis a ese espía en el almacén? —Entró como una tromba, todo fanfarronería y arrogancia engreída.

Ah. El italiano del que me encargué, la muerte de la que él se atribuyó el mérito. —No he dicho ni una puta palabra. —No era mi culpa que otro hermano de la bratva asumiera que Andrey no había hecho nada respecto a ese espía. Todos sabían lo inútil que era.

—Si mi padre pregunta, *yo* me encargué. ¿Entiendes?

Entendía que quería quedar bien. Pero eso ya no importaba. —Lo que sea. Me importa una mierda. Quédate con el mérito.

Me miró con recelo, escéptico de que hubiera accedido tan rápido.

—Siempre y cuando olvides esa boda de mañana. —Negué con la cabeza—. Están conspirando contra nosotros. Lo puedo notar. Tienes que convencer a tu padre de que aliarse con los Kastavas será un error.

Se burló. —Eso es lo más estúpido que he oído nunca. Llevan un mes hablando de ello.

Lo cual no era tiempo suficiente para verdaderas negociaciones. No es que él lo supiera. —No son de fiar.

Se acercó amenazante, tratando de encararme y mirarme desde arriba. Quizás habría sido más fácil lograrlo si yo no fuera ligeramente más alto, más fuerte y más musculoso. —Nosotros decidiremos en quién se puede confiar —hizo una mueca, arrugando la cara. Mientras inclinaba la cabeza hacia un lado, tal vez intentando parecer rudo y valiente, su cabeza calva brillaba con las luces del techo—. Esa no es tu decisión. Nosotros tomamos las decisiones. No tú.

—Te arrepentirás —no me inmuté, ni me moví un ápice.

—¿Me estás amenazando?

—Toda la familia está amenazada con la idea de Pavel de aliarse con el enemigo.

—Que te jodan —me empujó, pero su actitud desdeñosa ya me había llevado demasiado lejos. Le agarré la mano cuando empujó, y luego le seguí con un puñetazo en la cara.

—La boda es mañana, imbécil —se abalanzó hacia adelante, iniciando una pelea rápida e intensa. Mis puños no necesitaban más daño, pero no dudé en dejarlo de culo cerca de la puerta.

—Cancela la boda —gruñí mientras se levantaba—. Detén esta alianza.

Negó con la cabeza y escupió sangre en mi alfombra. —Vete a la mierda —luego abrió la puerta de un tirón y se marchó, cerrándola de un portazo.

Me quedé allí, furioso y mirando fijamente el desastre que había dejado en mi suelo. Hablar razonablemente con él nunca habría funcionado. No escuchaba a nadie excepto a su padre. No podía comprender nada complejo incluso cuando se le mostraban pruebas. Mimado por haber sido protegido y por esperar que se sentara mientras otros hacían el trabajo sucio, Andrey era inabordable para cualquier cosa que fuera en contra de lo que Pavel le decía.

Mi mente volvió a la gatita sexy de la oficina. No podía borrar la imagen de su vestido escotado y su atrevida confianza para mostrar su cuerpo con ese atuendo empresarial tan elegante.

¿Podría ella ayudar? Sentía que estaba intentando aferrarme a cualquier cosa y buscando soluciones desesperadas, pero me preguntaba si podría convencerla para que detuviera la boda Valkov-Kastava. Era lo suficientemente consciente de la política familiar como para advertirnos. Su inteligencia era obvia y, dentro de lo razonable, su independencia también. Las mujeres no podían tomar las decisiones. Vivíamos en un mundo donde los hombres mandaban, incluso idiotas como Pavel. Aun así, esa mujer tenía agallas.

Quizás podría pedirle que le dijera a la novia que no siguiera adelante con esta boda. No estaba por encima de sobornarla. Lo que fuera.

Sacudí la cabeza y empecé a limpiar la mancha en mi suelo. ¿En qué estaba pensando? Era ridículo. Pedir al enemigo que detuviera esta alianza sería un suicidio, pero estaba desesperado por evitar más daños.

Dmitri y Nikolai aparecieron poco después de que limpiara la mancha en la alfombra. Llamaron con nuestro código estándar de golpes y les dejé entrar.

Dmitri comenzó a caminar de inmediato, pisando con el talón el punto ahora limpio del suelo. Nik se desplomó en mi sofá, inclinándose hacia adelante para apoyar la cara en las manos.

—¿Y ahora qué?

—Estamos nerviosos por esta alianza —dijo Dmitri.

—Fui de incógnito y espié cerca de su muelle en Colver —dijo Nikolai.

Le lancé una mirada dura. Era el más hábil con los disfraces, pero ya le había advertido que tuviera cuidado antes. Aquí estaba yo, debatiendo qué hacer, y él simplemente había salido a husmear.

—Yo le cubría las espaldas —dijo Dmitri antes de que pudiera sermonearles.

Eso ayudaba, pero aun así, necesitaba saber que mis hermanos estaban lo más seguros posible. No podían ser imprudentes. —¿Y?

—Me enteré de que este intercambio es una trampa. Parecían contar con que las cosas salieran mal. Ojalá hubiera podido conseguir los papeles que estaban revisando y lo que sea que estuvieran mirando en sus móviles. No lo sé —puso las manos sobre sus rodillas, tenso —. Me preocupa que sea una emboscada.

Habíamos tenido muchos problemas con la policía antes. Tenían la costumbre de rastrear nuestros envíos e interferir, por eso tener el muelle de Colver sería beneficioso.

—A mí también. Si no es una emboscada, es un golpe. Algo. No confío en nada de esto.

—Desde que Padre murió cerca del territorio Kastava... —Dmitri no volvió a sus pensamientos. Caminando de un lado a otro y negando

con la cabeza, estaba perdido en sus recuerdos de la guerra territorial cuando nuestro padre fue abatido a tiros. Todos los hermanos sospechábamos de una emboscada, y esto se sentía como un déjà vu. Una emboscada de nuevo.

—No dejaré que nos hundan. Pavel ha abusado de su posición de poder durante demasiado tiempo. Si está ciego ante el hecho de que esto podría ser una trampa, o algo peor, entonces haré lo correcto.

Nik se puso de pie y miró a Dmitri. —¿Cómo?

—Primero, voy a detener esa puta boda —nos conectaría demasiado profundamente, de manera irrevocable.

—El cargamento no llegará hasta la semana que viene —añadió Dmitri—. Quizás impedir la boda haría que este acuerdo de envío ni siquiera llegara a ocurrir.

Me encogí de hombros. Incitaría a una guerra impedir que Andrey se casara con Mila Kastava. Pero lo haría. Andrey y yo siempre habíamos sido enfrentados. Éramos los dos primos principales, y si intervenía en su matrimonio, se desataría todo tipo de alboroto y lucha interna.

—Te apoyamos —dijo Nikolai innecesariamente.

—Los hombres también —prometió Dmitri—. Cualquier cosa que puedas hacer, como sea que puedas evitar que la bratva se derrumbe por completo, puedes contar con nosotros.

Asentí, más confiado con sus palabras. La moral había estado baja. No haría falta mucho para ajustar el poder en nuestra familia.

Pero primero, había que cancelar esta boda. Y con suerte, eso me daría más tiempo para averiguar sobre esta supuesta alianza y el riesgo de una emboscada.

MILA

Para la prueba de mi vestido, regresé temprano de la sede de S.T.L. Fue una experiencia agridulce despedirme de esas cuatro paredes de la oficina de envíos. Durante los últimos tres años, ese lugar había sido mi propósito. A partir de mañana, mi papel en la vida sería diferente. Aún tenía que descubrir qué podía esperar como esposa de Andrey, pero mis suposiciones no me llenaban de esperanza.

Mientras no planee tratarme como Lev trata a Rosamund...

Suspiré, desterrando ese pensamiento mientras me colocaba sobre el estrado.

—¿No puede —la costurera hizo una mueca— meter el estómago? —Tiró de la tela sobre mi torso.

Sabía que se refería a mi vientre, pero ese no era el problema. Mis curvas de reloj de arena también eran difíciles de ajustar, pero no iba a permitir que me hablara de esa manera. —¿Mis tetas? —solté bruscamente—. No estoy segura de cómo puedo meterlas.

Me miró con desdén. —Solo...

—No esperaría que *usted* lo supiera. —Tan pronto como esas palabras maliciosas salieron de mi boca, me arrepentí. Responder con brusquedad a la gente, incluso a una costurera a la que se le

ordenó hacer este ajuste tan rápidamente, no era como me habían educado a ser. No era propio de mi naturaleza ser tan amarga y mordaz. No era culpa suya que yo estuviera atrapada en esta situación. No podía descargar mi frustración en ella por lo que tenía que hacer.

Levantando la barbilla, retomó el ajuste de mi vestido. Una hora después, parecía satisfecha con su rápido trabajo. Mis nervios aumentaban con cada minuto que pasaba, y lamenté no haber comido antes. De todos modos, no habría podido. Mi padre insistió en que ayunara e intentara parecer más delgada para el memorable día de mañana. La ansiedad se arremolinaba en mi estómago vacío, y deseaba poder frotarlo. Me habían hecho falta una docena de órdenes bruscas de no estropear el vestido para recordar que no podía darme ningún consuelo.

Mi padre fue invitado a entrar y comprobar la calidad del vestido antes de que pudiera quitármelo. Su opinión importaba, la mía no. Era su imagen la que contaba, no la mía. Yo era un peón, pero maldita sea, ya quería arrancarme estas estúpidas mangas de encaje.

Entró, sin sonreír ni permitir que ninguna reacción se mostrara en su rostro. Con impaciencia y la habitual mirada de desprecio y desaprobación, me examinó. —Supongo que es lo mejor que se puede hacer.

—Teniendo en cuenta lo apresurado del plazo...

—No es por las prisas. —Mi padre apenas la miró, dirigiendo toda su molestia hacia mí—. Es lo mejor que se puede hacer con *ella*.

Me negué a reaccionar. De pie, con la barbilla alta, ignoré su leve jadeo.

—Oh. Bueno, um... —Quedó atrapada en este momento tenso e incómodo, pero yo no quería su lástima. Tal vez este matrimonio podría ser una bendición. Al menos me alejaría de su abuso mental.

—Ven a verme a mi despacho después de que cuelgues eso. —Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Lo siento —dijo la costurera mientras me ayudaba a quitarme el vestido.

Lástima. Justo lo que no quería. De todas formas, no me serviría de nada. No respondí, actuando como si no hubiera oído su murmullo bajo, y rápidamente me vestí con mi ropa de oficina de nuevo antes de dirigirme a hablar con mi padre.

Teniendo en cuenta la forma precipitada en que me dijo que me iba a casar, temía pensar en qué otros detalles de última hora había olvidado contarme.

Cerré la puerta de su despacho y esperé, de pie con las manos juntas delante de mí. Una hija dócil y obediente. Esa era la imagen que proyectaba, pero en mi corazón, temblaba esperando más malas noticias.

—¿Alguna reflexión sobre tu matrimonio? —preguntó.

Parpadeé, sin ser lo suficientemente rápida para ocultar mi sorpresa. ¿Me estaba *pidiendo* mi opinión? ¿Realmente quería saberla? Era imposible.

—¿Tienes alguna reflexión sobre tu matrimonio? —No estaba repitiendo esa pregunta con un tono más firme e impaciente para oírme decir que no quería que sucediera. Que deseaba poder casarme por amor, no por deber.

—Estoy nerviosa. —Todo lo que podía hacer era decir la verdad—. Pero lo llevaré a cabo si es lo que usted desea.

Asintió, acariciándose la barba.

—Creo que este matrimonio será un error.

Resopló, sonriendo con suficiencia mientras se reclinaba en su silla. —No será un error. En cualquier caso, harás lo que se espera. Te

casarás con el heredero de la Bratva Valkov. Le darás un hijo.

Tragué con dificultad, temerosa de *eso*. Mi principal preocupación era cómo se produciría esa consumación. Perder mi protegida virginidad con un hombre rudo como Andrey me asustaba, pero él no quería oír hablar de ello. No tenía a nadie con quien hablar. Nadie a quien pedir consuelo. Mi madre murió justo después de mi nacimiento, y ninguna mujer de la familia había ocupado nunca el lugar de figura materna en quien pudiera confiar.

—¿Me has entendido?

—Sí. —En el fondo de mi mente, gritaba por lo contrario. Resistí el impulso de preguntar si había alguna otra forma de asegurar esta alianza.

—No te oigo.

Me aclaré la garganta y elevé la voz a algo más que un susurro. —Sí, señor.

—Después de la boda, espero que me informes.

¿Qué? Fruncí el ceño antes de darme cuenta y volver a mostrar una expresión neutra. —¿Informarle?

Asintió, irritado porque lo había cuestionado.

—¿Soy una espía o una novia?

—Eres mi hija, mi primogénita, y puedo darte las órdenes que me parezcan oportunas. Aunque estés casada.

Entrecerré los ojos, sin entender lo que estaba pasando. —Pero eso no es cierto. Mi marido será quien mande sobre mí.

Su única reacción fue una sonrisa suficiente. Si no me equivocaba, casi había puesto los ojos en blanco también.

¿Cómo puede no estar de acuerdo? No podía entender esta extraña conversación. Los maridos debían ser los jefes de sus esposas. Sus

gobernantes. Tan pronto como Andrey y yo juráramos ser pareja, él me poseería. Él me controlaría.

¿Por qué pensaría que él sería la excepción? ¿Seguir dándome órdenes después de que dejara su casa?

—¿Me he explicado con claridad?

Asentí pero me detuve a mitad. —¿Informarle sobre qué? —Mis sospechas se intensificaron. Una profunda sensación de confusión nubló mi mente mientras intentaba entender. No veía cómo planeaba anular los deseos de mi marido, pero más que eso, ¿qué información pretendía obtener de mí?

—Lo sabrás —respondió vagamente.

¿Lo sabré? Nunca me había confiado nada, y sentía que no solo era un peón en un juego cuyas reglas desconocía, sino también un sacrificio. Casarme con Andrey ya era una pésima circunstancia en la que encontrarme, pero ahora no podía quitarme la corazonada de que estaba a punto de ser entregada a un enemigo, no a un potencial futuro aliado. ¿Se podía confiar en los Valkov? ¿Sería yo una pieza en una retorcida misión encubierta, infiltrándome en su familia?

No quería casarme con un enemigo o un aliado. Si pudiera elegir, optaría por casarme por amor, por cariño. Demonios, me conformaría con una unión basada en el deseo. Lo que había oído de Andrey y lo que había visto en fotos no sugería lujuria ni amor. Su reputación como hombre duro y brutal le precedía. Incluso Rosamund sentía lástima por mi destino.

Pero apuesto a que pensaría diferente si todos los hombres Valkov fueran como Alek. Desconecté mientras mi padre repetía su sermón sobre ser obediente, sin importar qué. Me había dicho lo mismo durante años, y era mucho mejor refugiarme en mi mente mientras fingía escuchar.

Seguía hablando sin parar, pero todo lo que podía pensar era en él. Alek. Todavía en este momento, mientras me preparaban para casarme con otro hombre, sentía el persistente destello de atracción que él había encendido en mí. Cómo había discutido conmigo, desafiándome a contestar. La forma en que me había mirado con esa mirada voraz, de un bronce profundo. En cuestión de segundos, ese hombre enorme había abrumado mis sentidos y encendido mi libido como nunca antes.

—¿Entiendes? —ladró mi padre una vez más, arrancándome de mis pensamientos sobre el Valkov que me había desafiado en la oficina de S.T.L.

Asentí, aunque no tenía ni idea de lo que había dicho.

—Vete —Hizo un gesto con la mano, y no esperé a un despido más elaborado.

Como era la víspera de mi boda, sabía que me había despedido a mi habitación. Ir a cualquier otro sitio estaba fuera de cuestión, y tampoco es que tuviera la libertad de ir donde quisiera. Solo aquí en la casa o en las oficinas. Y mañana, en casa de Andrey.

Allí estaba, caminando por el pasillo. Casi como si mis pensamientos lo hubieran invocado, apareció, con su mirada lasciva sobre mí.

—Pasad, pasad —dijo mi padre detrás de mí, dando la bienvenida a Pavel y Andrey Valkov a su despacho.

Mi padre rara vez llevaba negocios en casa, pero viendo que Pavel sería mi suegro, quizás eso cambiaba las cosas.

—En un minuto —Andrey continuó, pasando frente al despacho de mi padre mientras Pavel entraba y cerraba la puerta.

Incliné mi barbilla en un rápido gesto de reconocimiento, intimidada por la mirada posesiva en sus ojos.

No me posees. Todavía.

—¿Huyendo? —se burló, apresurándose para alcanzarme en el pasillo.

Mantuve mi paso constante. Me condenaría si le mostraba miedo, pero deseaba haber llegado ya a mi habitación antes de que apareciera para su charla.

—No puedes —Me alcanzó, agarrando mi brazo y empujándome hacia un recodo en sombras del pasillo—. Mañana, serás mía para follarte como me plazca.

Mis dos manos quedaron atrapadas en una de las suyas, y con la otra, me manoseó, rasgando mi blusa para apretar mi pecho con fuerza, luego deslizando su mano más abajo para subir mi falda.

Me había alcanzado tan repentinamente, que todo pasó como un borrón. Mientras metía su mano entre mis piernas, rasgando mis bragas, recorrió mi cuerpo con su mirada codiciosa.

Me heló. Su atención no se parecía en nada a la sensual y traviesa caricia de los ojos de Alek sobre mí horas antes.

—Pero no hay nada malo en probar tu coño esta noche.

—No —Me estremecí ante sus palabras, sabiendo que tenía la intención de violarme aquí mismo en el pasillo. El odio inundó mi mente, enviando una energía oscura y violenta a través de mí mientras luchaba lo mejor que podía. Era demasiado alto, demasiado fuerte, y atrapada contra la pared, no podía huir.

Desabrochó sus pantalones, gruñendo mientras intentaba sacar su polla.

—Señorita Kastava.

Andrey se quedó inmóvil al oír a uno de los soldados de mi padre. Era un hombre mayor amable, a quien supuestamente mi madre había ayudado cuando le dispararon en la casa.

—¿Hay algún problema aquí? —preguntó.

Andrey maldijo, retrocediendo mientras se metía de nuevo en los pantalones. Mi falda volvió a caer mientras él se retiraba, y recuperé el aliento al darme cuenta de que me había salvado.

Por ahora.

—No. No hay problema —contestó Andrey por mí mientras sonreía al soldado—. Solo le daba las buenas noches a mi novia.

Buenas noches, una mierda.

Me giré, demasiado alterada para dar las gracias al guardia. Correr era todo lo que podía pensar, pero no podía. Esa demostración probaba que mi futuro sería tan sombrío y horrible como temía. Mientras caminaba de un lado a otro en mi habitación, tensa con toda esta energía contenida y adrenalina, deseé nuevamente que hubiera otra opción. Otra novia para ofrecerles. Otro hombre que pudieran arreglar para mí.

Como Alek. La descarga de deseo que él había provocado en mí fue tan fugaz, tan instantánea, y quería otra dosis.

Por favor, cualquier cosa para evitar casarme con ese imbécil...

Mis plegarias no serían respondidas. Sabía que no lo serían. Iba y venía en mi habitación, pero no podía relajarme. No podía dormir.

Sin ningún otro lugar adonde ir, me escapé para hacer más trabajo en las oficinas de S.T.L. Nunca volvería aquí. Cualquier tarea y mantenimiento de correo que hiciera aquí no importaría mañana en el día de mi boda. Pero era todo lo que tenía para distraerme, todo lo que podía hacer para intentar dejar de pensar en mi destino.

Códigos y extrañas cadenas de correos. Suspiré mientras hacía clic enviando la información a los lugares correctos. Nada tenía sentido. No podía descifrar nada, y de todos modos, apenas me importaba.

Mientras la noche daba paso a la mañana, seguí a pesar de todo, fantaseando en vano sobre cómo podría resolver el enigma de mi vida.

Cómo podría esperar lo improbable y descubrir la manera de evitar mi boda.

ALEK

El día de la boda amaneció oscuro y tormentoso. Me puso de un humor siniestro, listo para ejercer cierta violencia para asegurarme de que esta unión no se llevara a cabo. Los veranos eran calurosos y brutales con el calor de la ciudad, pero mientras recorría la última manzana hacia la vieja iglesia donde Andrey tomaría a Mila como esposa, una brisa fresca serpenteaba por las calles.

Nunca había valorado mi entorno con demasiado sentimiento. No era supersticioso, y no tenía la creatividad para suponer que el ambiente pudiera contribuir a mis planes. Sin embargo, bajo el manto de nubes oscuras y pesadas y la amenaza de lluvia, podía convencerme fácilmente de que el escenario era el apropiado.

Caos. Eso era lo que prometía el cielo. Y eso era todo lo que yo pretendía llevar a esta ceremonia.

Los coches se alineaban a lo largo de la calle. En las aceras, los invitados se apresuraban a entrar antes de que las nubes se abrieran y descargaran un diluvio. La humedad se pegaba a la superficie de las ventanas mientras los aparatos de aire acondicionado funcionaban a plena potencia para enfriar el edificio. Aunque todos se apresuraban a entrar y reclamar asientos, yo me quedé fuera, ganando tiempo y esperando el momento oportuno para atacar.

Anoche, Nikolai y Dmitri se quedaron para discutir cómo podría yo detener esta boda. Matar al novio o a la novia parecía excesivo, y

sería una ofensa más grave que simplemente impedir que la boda procediera según lo planeado. Si pudiera conseguir pruebas de que los Kastava intentaban jodernos, Pavel no querría que Andrey se casara con Mila. Todo lo que necesitaba era tiempo para demostrar que mis sospechas estaban justificadas. Después de lograr eso, me importaba una mierda quién se casara con quién.

Mientras no sea yo en el altar. Solté una risa mientras me apoyaba contra la áspera pared de ladrillo de la iglesia. El matrimonio no estaría en mis planes. Dudaba que alguna vez quisiera casarme, y dado que solo era un primo, el hijo de un hombre muerto, mi matrimonio no tendría mucha influencia para la Familia. Mi vida se aprovechaba mejor matando, espiando y supervisando los negocios familiares. No me había molestado en buscar mujeres últimamente, pero la alternativa, tener solo una mujer a la que mirar, no me atraía.

Andrey no estaba de acuerdo. Ya había anunciado su intención de engañar a esta mujer, Mila. Las aventuras no eran nada fuera de lo normal, pero yo nunca había compartido esa opinión. Mi madre fue leal a mi padre, y antes de su muerte, él aún no había pasado página después de su fallecimiento cuando yo tenía cinco años para buscar una amante.

Maxim era lo suficientemente joven como para ser optimista de que podría tener lo que nuestros padres habían compartido una vez. Nuestro hermano pequeño era el romántico empedernido, pero yo estaba contento de seguir siendo cínico así, solo y sin ataduras para vivir mi vida como mejor me pareciera.

Si tuviera que estar atrapado con una mujer... Sacudí la cabeza y encendí un cigarrillo mientras me demoraba, divertido de que mis pensamientos divagaran hacia un tema tan tonto. *Querría una fierecilla curvilínea como esa secretaria.*

Habían pasado dos días, y *todavía* no podía quitármela de la cabeza. No dejaba de pensar en su mirada audaz, imperturbable mientras me enfrentaba con la mirada en aquella oficina. Sus labios besables,

follables, mientras hacía pucheros y expresaba su incomodidad con lo que dije. ¿Y la forma en que se cruzó de brazos? Esa gatita sexual sabía lo que estaba haciendo, incitándome a fijarme en sus generosas tetas.

Joder. Estaba grabada en mi mente. No era solo su belleza. Más que nada, era su espíritu, su actitud. Se suponía que las mujeres de la Bratva no debían hablar, actuar o discutir. Sin embargo, ella lo había hecho, y esa lucha me excitaba.

Me mantuve diligentemente en las sombras para observar a los invitados entrar en la iglesia. Guardias, tanto hombres de Valkov como de Kastava, patrullaban la manzana. Muchos de ellos me miraban, curiosos y sospechosos de por qué me demoraba allí. No era un simple soldado. No formaba parte de la fuerza de seguridad.

En cambio, como había planeado con mis hermanos que ya estaban dentro como invitados, perturbaría la paz. En el momento en que todos estuvieran dentro, asegurando la amenaza colectiva de tantos destacados conocidos de la bratva sentados vulnerables bajo un mismo techo, entraría y desataría disparos. No tenía intención de matar a nadie. Lo haría si tuviera que hacerlo. La simple sugerencia de violencia sería suficiente para causar conmoción. Nadie sabría si eran el objetivo. Todos asumirían que les estaban disparando a ellos. Y funcionaría. Era la pausa más simple en la boda que provocaría suficiente duda por ambas partes. Pavel podría ser demasiado estúpido e insistir en que reanudaran la ceremonia después de demostrar que los disparos eran una falsa alarma. Pero tenía el presentimiento de que podría asustar a Kastava para que lo reconsiderara hasta nuevas negociaciones.

¿Y si eso no funcionaba? Tenía otra idea que causaría una guerra.

—Tendremos mucho que celebrar.

Giré la cabeza, apagando el cigarrillo en la acera cuando un soldado de Kastava habló en los escalones. Oculto por el muro que daba a

los escalones de la entrada, estaba en una posición privilegiada para escuchar.

—Sí, joder, lo haremos —bromeó su compañero—. Sergei es sabio al organizar esto.

¿Organizar esto? Esas palabras encendieron una señal de alarma.

—No puedo creer que hayamos conseguido algo tan grande —dijo el primer soldado—. Quiero decir, que *vayamos* a conseguir algo tan grande.

—Sí. No solo una parte de las armas, sino todo el cargamento.

Se rieron, riendo suavemente entre ellos. Abajo en la calle, en la oscuridad, yo echaba humo.

¡Lo sabía, joder!

No planeaban conseguir una parte de las armas, armas que, por lo que parecía, no podíamos permitirnos recibir en primer lugar. Planeaban de alguna manera llevárselo todo.

Cuando otro hombre se acercó a ellos, cambiaron de tema, discutiendo la seguridad para cuando el marido y la mujer se fueran después de que terminara la ceremonia. Dejé de escucharlos, sabiendo que no llegaría a ese punto. No lo permitiría. Escuchar a estos hombres me convenció de que tenía razón al sospechar que los Kastavas nos engañarían, y no me quedaría de brazos cruzados permitiendo que nos conectaran con enemigos que pretendían robarnos. O tendernos una trampa. Cualquiera de las dos cosas acabaría con nosotros, y dependía de mí detenerlo.

Basta de esta mierda. No volvería a dudar de mí mismo. Los Kastavas no querían una alianza. Tenían la intención de tomar el control.

Por encima de mi cadáver. Miré con furia hacia la calle, esperando mi momento hasta que todos los invitados estuvieran dentro. Una mirada a mi reloj confirmó que el momento se acercaba. En

cualquier segundo, la música saldría por la estrecha ventana sobre mi cabeza. Sería mi señal para actuar, y lo haría, de manera implacable y rápida.

Mi teléfono vibró. Era el mensaje que Iván había acordado enviar, una confirmación final de que los actores principales estaban en posición.

Iván: ..

Dos puntos. Era su código para indicar que todo estaba despejado, y sabía que eso significaba que Pavel y Sergei estaban dentro, sentados en los bancos de la primera fila.

Tomé una profunda bocanada de aire, disfrutando del aire más fresco y abierto aquí fuera antes de abandonar mi escondite. Me llenó la confianza, no los nervios. El poder recorría mis músculos mientras subía los escalones corriendo. No el miedo. No dudaría, ni por un segundo. Cuando me decidía, nada ni nadie me desviaría de cumplir mi misión.

Reconocido como uno de los hermanos principales en la bratva, me dieron paso en las grandes puertas dobles de madera que habían sido cerradas. Mis hermanos no pensarían nada raro de mi presencia aquí. Los Kastavas sabrían que no debían preguntarse por qué entraba ahora. Me esperaban, y con esa entrada fácil, me dirigí al interior del vestíbulo.

El incienso asaltó mi nariz, e hice una mueca por el viejo y mohoso hedor del antiguo edificio. Una luz tenue brillaba desde el techo decorado con mosaicos, pero no esperé para sacar mi pistola. Caminé sobre el suelo de mármol pulido, sabiendo que muchos más zapatos lo pisotearían mientras huían de la ráfaga de disparos que enviaría hacia el techo.

Iván me miró de reojo. Era todo el reconocimiento que me daría. Dmitri asintió, manteniéndose en su posición cerca de otra puerta que conducía al espacio cavernoso de la iglesia. Cerca de la más

alejada de las tres puertas que llevaban a los bancos de la congregación estaba Nikolai. Se balanceaba sobre sus talones, un gesto revelador de su ansiedad por moverse y actuar según el plan.

Tranquilo. Solo espera.

Me acerqué, manteniendo mi pistola pegada al costado mientras examinaba la iglesia. Invitados y familiares esperaban a que comenzara la boda. No vi señales de Andrey en el altar todavía, pero tenía que estar dentro en algún lugar.

Miré hacia la izquierda, entrecerrando los ojos en dirección a las habitaciones donde apostaba que estaría esperando para salir. El pasillo no mostraba actividad, ni invitados ni Valkovs preparándose para caminar por el pasillo.

¿Qué está tardando tanto? La música seguía fluyendo desde el órgano. Acordes melódicos se extendían por el frío edificio, y a medida que el tempo aumentaba, también lo hacía mi corazón.

En cualquier momento.

Me giré, mirando hacia la derecha para ver si la procesión nupcial venía de ese lado del edificio. Había más habitaciones posicionadas allí, y sabía que mucha gente estaría atendiendo a las estrellas del día. Damas de honor, niñas de las flores, la novia. Tenían que estar allí abajo, a punto de entrar en el pasillo.

Todo lo que vi fue un guardia enfadado. Se acercó tan rápidamente que no tuve oportunidad de retroceder.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Mierda. Tuvo que haber visto mi pistola. La había sacado demasiado pronto. O tal vez no.

A la mierda. Levanté el brazo, listo para apretar el gatillo y comenzar el caos. El pánico seguiría al ruido, pero él me detuvo.

Gruñendo con fuerza, bajó su mano sobre mi brazo, y giré para desviar su siguiente golpe. Así sin más, caímos en una pelea intensa. Otros se apresuraron a acercarse. Mis hermanos se unieron a la acción, respaldándome. Era una locura.

Justo cuando golpeaba con la culata de la pistola al guardia que primero me había notado, levanté bruscamente la cabeza al cambio de música.

La marcha nupcial.

La boda estaba comenzando.

La distracción me costó cara, y antes de que pudiera volver a centrarme en disparar mi arma, otro soldado me placó. Mi pistola salió volando, deslizándose por el suelo, fuera de mi alcance para mi plan inicial.

Aún no ha terminado. Apreté los dientes, golpeando y pateando a los cabrones de Kastava mientras me esforzaba por recuperar mi pistola.

No permitiría que nos uniéramos al enemigo. Hasta mi último aliento, justo como mi padre lo había hecho, lucharía por la bratva.

MILA

No importaba cuántas veces me dijera a mí misma que podría hacerlo, deseaba no tener que hacerlo.

Contemplé mi reflejo en la habitación justo después del vestíbulo de la iglesia, e intenté obligarme a ser fuerte. Mirándome directamente a los ojos, luché para evitar que mi labio inferior temblara.

Las damas de honor iban y venían. No eran mis amigas. Algunas eran primas. Otras eran simplemente esposas de la bratva e hijas de otros hombres dentro de nuestra organización. Ninguna intentó hablar conmigo, ¿y por qué lo harían? Yo era solo un peón, como lo eran ellas al cumplir con sus obligaciones de caminar por el pasillo. Esta no era una ceremonia de amor sino una producción, una oportunidad para que mi padre exhibiera su riqueza y atención al detalle.

Me importaba un bledo cada flor o trozo de cinta. La decoración se difuminaba con el resto de los detalles de esta iglesia ornamentada, y era más fácil así, mantenerlo todo como una mancha del tiempo pasando. Un pasaje de mi vida de virgen a esposa usada.

Perdida en mi mente, intenté aferrarme a una sensación entumecida de vacío. Pero fui demasiado lejos, desconectándome de la realidad mientras miraba fijamente al espejo.

—¿Lista? —se burló Andrey mientras se acercaba.

Estábamos solos. Mi cortejo nupcial me había dejado aquí, probablemente les pidieron que me dejaran con mi novio cuando llamó a la puerta. No le dirían que no. Nadie podía.

Negué con la cabeza pero me contuve. —Da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Se apresuró más cerca, gruñendo. —Me importa una mierda la *suerte*.

Tragué saliva con dificultad, entrando en pánico mientras se abalanzaba hacia mí. Sabía que me tomaría. Me tomaría con fuerza como un castigo cruel. Lo veía en sus ojos. Pero no había pensado que me tomaría ahora. Me había estado diciendo que debía mantenerme fuerte para la inevitable violación de esta noche.

—No.

—Oh, ¿así es como va a ser? —Me atrajo hacia él mientras se bajaba la cremallera de los pantalones. Era un déjà vu, una repetición de lo que había intentado hacer anoche—. ¿Crees que puedes decirme *no*, puta?

—Por favor.

—Suplicando. —Se burló—. Eso está mejor. —Mientras me acercaba más, casi haciéndome tropezar con mi vestido, me dio la vuelta y levantó las muchas capas de mi vestido—. Me suplicarás que te folle. Y tú…

Unos golpes resonaron en la puerta, y quien estuviera al otro lado no esperó. Mi corazón latió más rápido con la promesa de rescate, pero sabía que eso no podía ser verdad. No era más que un retraso. Una pausa. Porque me estaba casando con este cabrón. Él pondría sus manos sobre mí antes del final de la noche.

Sorbí, casi perdiendo la batalla contra las lágrimas que escocían mis ojos. Andrey se levantó, gruñendo por la interrupción. Soltó mi

vestido con un empujón brusco, y oí costuras rasgarse con su brutal manejo.

—Te esperan en el altar.

Geoff. Mi interior se encogió al oír su voz. De todas las personas que podrían haber venido buscando a Andrey, de todos los soldados o guardias que podrían haber notado a Andrey entrando en mi habitación, tenía que ser él.

—Sí. —Andrey retrocedió, saliendo a zancadas de la habitación. Una vez que sus pasos se alejaron, siguió el clic de la puerta al cerrarse.

Respiré más profundamente, esforzándome por volver a esa máscara neutra y en blanco en la que tenía que apoyarme. No sería capaz de superar esto si no obligaba a mi mente y corazón a permanecer entumecidos.

Estos pocos momentos a solas serían los últimos. Porque tan pronto como saliera de esta habitación...

Un paso sonó en el suelo.

Joder.

Luego otro.

Geoff. No había abandonado la habitación cuando Andrey se fue.

Me di la vuelta, enfrentándome a él con una mirada severa. Fue el catalizador que necesitaba para abalanzarse sobre mí, su rostro contorsionado con esa misma mueca retorcida de lujuria e impaciencia que llevaba Andrey.

—No. ¡Geoff, no!

Me atrapó, estampándome contra la pared con más fuerza de lo que Andrey acababa de hacer.

—No lo hagas. ¡Geoff, no!

—Maldito Valkov. —El agudo silbido de su cremallera abriéndose cortó el aire, y luché contra él para liberarme—. No tiene ningún derecho.

A través del pánico, surgió la furia. Geoff no estaba hablando de que Andrey intentara violarme antes de la boda. Solo estaba enfadado porque me estaban alejando de él. De casa. Desde que alcancé la pubertad, había intentado meterse en mis pantalones, y en un último esfuerzo, actuaba sobre su obsesión ahora.

—Un hombre dentro de las filas de los Kastava debería reclamar tu coño. No un puto Valkov.

Fue más rápido, quizás más frenético al levantar mi vestido. Más desgarros sonaron en el aire, y contuve un sollozo, reemplazándolo con un gruñido. —*No*, ¡Geoff! —Retorciéndome y meneándome, luché por liberarme. Tan pronto como el aire frío tocó la parte trasera de mis muslos, supe que todo habría acabado.

—¡Detente! —Una mujer había entrado corriendo en la habitación, y entre mi lucha por escabullirme del agarre de Geoff y esta recién llegada tirando de él hacia atrás, me salvó.

Rosamund estaba allí, mirando con desprecio a Geoff y empujándolo más atrás. —¡Para esto!

—¡Maldita puta! —Le dio una bofetada, arreglándose la ropa mientras la fulminaba con la mirada, luego a mí—. Pagarás por eso. Te haré pagar por eso.

Ella lo ignoró, ayudándome a arreglarme el vestido. —Seguro que sí. ¡Fuera! ¡Vete ya! ¿Quieres que los Valkov nos declaren la guerra por esto? —Me señaló—. ¿Quitándole la virginidad *en* la boda? Estás loco. ¡Fuera!

Feroz con sus palabras, lo hizo moverse. Él maldijo y murmuró oscuras promesas mientras salía furioso. Una vez que la puerta se cerró, exhalé el aliento que había estado conteniendo después de mis gritos.

Me enderecé, alisándome el vestido y comprobando en el espejo que no parecía tan desaliñada como me sentía. Cuando estuve segura de que mi aspecto era el mismo que tenía antes de que esos dos hombres irrumpieran, exhalé un suspiro más largo y tembloroso y la miré.

El maquillaje ocultaba bien sus moretones. Parecía... normal. Enfadada y corriente. Mirándome con una sonrisa enigmática, negó con la cabeza.

—¿Qué?

—Estás... —Soltó una risa—. Da igual.

—¿Estoy condenada? ¿Estoy jodida? Dime algo que no sepa.

Torció el labio mientras me ayudaba con la cola del vestido para sacarme de la habitación.

—De nada.

—Gracias —respondí con la misma amargura.

—Y buena suerte —dijo con sarcasmo—. La necesitarás toda más tarde con Andrey.

¿Y sabes qué? Mi marido no cree que la suerte exista.

La mía se estaba agotando. Y mi tiempo también. El sudor me perlaba la parte baja de la espalda con cada paso que daba por el pasillo. No era la marcha nupcial lo que sonaba, sino una melodía ominosa y premonitoria mientras me acercaba al altar. Una y otra vez, jugueteaba con la fantasía de simplemente salir corriendo, levantar el vestido y correr hacia la salida. Podía verlo en mi mente. Huir y abandonar mi deber.

Una mirada a mi padre, y borré esa idea de mi mente. Entrecerró los ojos al mirarme, tan desdeñoso como siempre, pero parecía saber lo que estaba pensando mientras me escoltaba por el largo camino alfombrado.

Contuve las lágrimas que me ardían en los ojos e intenté mantener la cabeza alta. No era fácil. Cuanto más me acercaba a Andrey, que sonreía junto al sacerdote bajito, más sentía que caminaba hacia mi muerte. Me acercaba a una cadena perpetua, y nunca más importaría. Nunca había importado en este mundo gobernado por hombres, pero una vez que firmara mi vida a ese hombre, sería un coño para usar. Para descartar.

Por fin llegué hasta él, y me esforcé por no mostrar el temblor de mis manos al tomar las de mi novio. Su carne estaba fría al tacto, y el simple contacto me provocó un escalofrío por la columna vertebral.

—Estamos reunidos...

Estalló un tiroteo. Jadeé, atónita, mientras instintivamente me agachaba. Toda la congregación reaccionó. Gritos. Exclamaciones. Un crescendo de demasiadas personas haciendo preguntas a la vez.

Me agaché sobre la mullida alfombra en los escalones del altar, pero casi caí de bruces cuando Andrey me maniobró para cubrirse. Su gélido agarre se cerró sobre mis brazos. Clavándome los dedos, me arrastró para cubrir su frente.

Estaba...

¡Estaba protegiéndose con mi cuerpo! Si no hubiera estado tan mareada por no comer, abrumada por el estrés y tan desconcertada por los sonidos de violencia, me habría zafado de su agarre. No era un maldito sacrificio. No así. La furia invadió mi mente, ahuyentando el pánico y el asombro ante este cobarde con el que iba a casarme.

El pelo me cayó sobre la cara, velándome la visión. Una fuerte exhalación apartó los rizos y, mientras levantaba la cabeza y echaba el pelo a un lado, presencié el alboroto.

La gente se apresuraba a agacharse o correr. Invitados y familiares corrían hacia los bordes de la enorme iglesia, pero por los laterales de los bancos avanzaban dos Valkov. Reconocí a uno como el

hombre que había entrado en las oficinas de S.T.L. justo ayer. ¿Niko? Algo así. Mi cerebro estaba demasiado confuso, con el estrés por las nubes y dominado por el instinto de luchar o huir.

Por el pasillo central por el que mi padre me acababa de llevar venía otro hombre. Con una pistola en la mano, apuntando al techo, luchaba contra soldados de Kastava. No estaba solo. Flanqueado por otros guardias y hombres de Valkov, se apresuraban por el pasillo.

—¡Alto!

Tantos hombres gritaron esa orden, pero el pandemónium había llenado toda la sala. Mi padre gritaba exigencias a Pavel. Pavel y el hombre sin agallas que estaba detrás de mí le gritaban al hombre alto de pelo castaño que corría hacia nosotros.

—¿En qué demonios estás pensando? —La pregunta de Pavel quedó sin respuesta.

—¡Alek! ¡Detén esto ahora mismo! —gritó Andrey.

Alek.

Mi voz se desvaneció en el fondo de mi garganta y mi corazón latió más rápido.

Alek. Aleksei Valkov.

Era él. Mis ojos no me estaban jugando una mala pasada. Era el mismo hombre alto, sexy y brutal que me había desafiado en la oficina. El desconocido que había provocado tal conciencia primitiva en mi cuerpo. Estaba aquí, irrumpiendo en la boda que yo no había querido.

Cruzó su mirada con la mía, y juraría que vi un momento de sorpresa al reconocerme. No parecía esperar verme aquí, pero no se detuvo. Gruñendo mientras luchaba contra dos hombres de mi padre, se esforzó y me miró de nuevo.

—¡Aléjate de él!

¿Me estaba diciendo que abandonara a mi novio? ¿En el altar, en nuestra boda?

Abrí y cerré la boca, tan sorprendida que no podía comprender de dónde había salido. Y menos aún lo que estaba haciendo. No apuntaba con el arma a nadie, pero la había disparado y había iniciado todo este caos.

—¡Andrey, suéltala!

El hombre que me agarraba como un escudo no consideró la orden de Alek. Si acaso, me apretó más contra su pecho que subía y bajaba con respiraciones fuertes.

—Que te jodan —gritó mi novio. La saliva salió volando de su boca y aterrizó en mi cara mientras se encogía detrás de mí.

—¡Suéltala! —Alek corrió hacia mí, liberándose de los hombres que luchaban, y los disparos sonaron más fuertes y rápidos. Los Valkov disparaban a los Kastava, y viceversa. Los padres estaban rodeados, bloqueados por sus soldados, y Alek corrió en medio del baño de sangre.

—¡Vete! —Me ordenó con esa única instrucción. Era todo lo que había soñado hacer. Escapar de este destino. Pero no así. Ni en mis sueños más locos pensé que este enemigo vendría a... rescatarme. Ni siquiera sabía si esa era su intención. Lo único que podía percibir era que no me quería cerca de Andrey.

Él me agarraba con tanta fuerza que no podía zafarme.

Cuando Alek se abalanzó y me arrancó de las manos de mi prometido, los disparos nos siguieron. Me estaban disparando, sin importarles ni un segundo salvarme o proteger mi vida.

Andrey corrió, abandonando y buscando refugio cerca de Pavel, pero mientras miraba el rostro duro de Alek, un corte abrasador me atravesó. Mi brazo ardió de dolor, y Alek maldijo, mirando con furia la sangre que se derramaba sobre mi vestido blanco inmaculado. El

carmesí salpicó y manó del profundo roce en mi bíceps, y me tapé la herida con la mano, respirando superficialmente debido al puro pánico.

No estaba acostumbrada a la violencia *tan* cerca. No cuando tocaba mi cuerpo.

—¡Joder! —Alek me rodeó con su brazo, agachando la cabeza mientras más disparos nos seguían. Ni una sola vez me dejó flaquear, e hice todo lo posible por correr con él mientras me arrastraba.

Justo antes de que llegáramos al final del altar, él se giró para disparar a los que estaban más cerca de nosotros. Los gritos se mezclaron con los disparos. Los alaridos se fundieron en un estruendoso rugido de mi pulso en mis oídos. Con todo ese caos absoluto, no podía pensar, no podía reaccionar lo suficientemente rápido. Lo único que conseguí fue seguir corriendo, un pie delante del otro hasta que mis rodillas cedieron. Mis pulmones se paralizaron y, con una hundida sensación de ahogarme bajo una negrura como de tinta, me rendí y dejé que el sopor me reclamara, cayendo completamente hasta que caí en los fuertes brazos de Alek.

ALEK

Maxim me ayudó en la puerta lateral. Se agachó, encogiendo los hombros mientras los disparos me perseguían. Las balas impactaron en la pared. La rápida ráfaga hizo que cayeran fragmentos de yeso.

—Vete. Vamos —mientras mantenía la puerta abierta para que yo pudiera pasar con Mila en brazos, disparó hacia atrás. Su puntería era pésima, pero agradecí su ayuda. Funcionó de todos modos. El elemento sorpresa había favorecido mis planes.

Nadie fue lo suficientemente rápido para perseguirme hasta aquí, y apostaba a que estarían más preocupados por quedarse y luchar en la iglesia. Kastava lo vería como una ofensa, y Pavel estaría ocupado intentando salvar la cara por uno de sus hombres.

A pesar de mi decisión de intervenir, siempre podía contar con que mis cuatro hermanos me cubrieran las espaldas. Estaba quemando todos mis puentes con Pavel y Andrey al sabotear esta boda, pero podía confiar en mis hermanos. También en otros miembros de la bratva. Solo había confiado mis planes de detener esta boda a mis hermanos, pero si se lo hubiera contado a los demás hombres que dependían de mí, habría tenido más seguidores.

Después de que Maxim cerrara la puerta de golpe y colocara la barra de seguridad en esta salida trasera, me alcanzó en otra puerta que conduciría a través del sótano y hacia otro pasillo en dirección a la

base del reloj del edificio. La iglesia era tan enorme que ocupaba una gran área de una manzana. Y eso jugaba a mi favor. Tenía un coche esperando en un callejón lateral, lejos de donde los guardias buscarían primero. Maxim y Nikolai habían explorado el lugar para encontrar la vía de escape más fácil.

Me giré y abrí la última puerta con el hombro, con cuidado de no agitar ni dejar caer a la novia en mis brazos. El polvo se elevó con la brusca apertura del panel metálico, pero no disminuí el ritmo ni me importó que la puerta rebotara contra la pared de ladrillo. Inmediatamente, el hedor de las alcantarillas y la basura podrida llegó hasta mí. Respiré entrecortadamente, con la adrenalina a tope y la necesidad de darme más prisa.

—Vigilaré las puertas —dijo Maxim mientras escrutaba el oscuro callejón, sombreado por la imponente iglesia y otros rascacielos que bloqueaban el sol. La lluvia caía ahora más fuerte, casi como si estuviera sincronizada para hacer más complicada esta huida. La llovizna de antes había desaparecido. Ahora, los cielos se vaciaban.

Asentí en señal de agradecimiento. —Pero tú también necesitas irte. Esconderte. —Les había dado instrucciones claras a todos. Debían cubrirse y esperar el desenlace. Pavel estaría furioso, planeando obtener respuestas de ellos por lo cercanos que eran a mí. Maxim era el menos experimentado con misiones encubiertas y estar en acción, pero Ivan y Dmitri lo cuidarían.

No perdimos más tiempo hablando o discutiendo. En cualquier minuto, los hombres de Kastava saldrían de la iglesia. Planeaba estar lejos para entonces.

Maxim abrió la puerta del copiloto para que pudiera acomodar a Mila allí, y me preocupó lo lánguida que estaba. No muerta, pero inconsciente. Frunciendo el ceño, me preocupé por un segundo sobre lo mal que podría estar. Había intentado evitar que su cabeza golpeara contra el podio adyacente al altar, pero Andrey no me lo había puesto fácil para alcanzarla.

Mi patético primo no había intentado quedarse con ella, sino usarla como cobertura.

Tendría que esperar hasta más tarde para reflexionar sobre cómo todo se había desmoronado. Detenerme en cualquier emoción ahora sería un suicidio. Mientras rodeaba el coche y entraba, aceleré con un objetivo claro: escapar. Recorrí el callejón a toda velocidad y luego salí a la calle principal.

Me dirigí hacia un apartamento al otro lado de la ciudad, casi cerca de Nueva Jersey. No era el lugar donde solía vivir, aquel donde mis hermanos —y Andrey— me visitaron anoche. Este estudio de una habitación era un lugar privado que carecía de comodidades. Todos los hermanos teníamos propiedades fuera del territorio Valkov, y nadie más en la bratva había sabido jamás de ellas. Las habíamos heredado de nuestros padres, sin duda escondites seguros que mi padre había asegurado por si acaso.

Por si acaso necesitara un lugar donde llevar a una novia secuestrada. La novia de mi primo, la hija de un enemigo.

Ella.

La miré de nuevo, atónito y nuevamente suspendido en la incredulidad de que la mujer descarada que vi en aquella oficina del muelle fuera la prometida de Andrey. De todas las mujeres, de todas las coincidencias y extrañas superposiciones del destino, tenía que ser ella.

Largos rizos castaños cubrían parcialmente su rostro, pero cuando se agitó, respirando más rápido, los mechones brillantes se deslizaron hacia atrás y revelaron sus rasgos. Esos penetrantes ojos azules estaban ocultos tras sus párpados, pero ese mohín en sus labios, incluso dormida, me provocaba. Viéndola de cerca nuevamente, observé su piel perfectamente tersa, las satinadas curvas de sus mejillas, su cuello esbelto y, más abajo, el generoso escote que su vestido permitía.

Un claxon sonó, y di un respingo, compensando en exceso con un volantazo al volver mi atención a la carretera. Con la maniobra temeraria, Mila se deslizó hacia la puerta del copiloto. Esta vez, mantuve los ojos en la carretera mientras me fiaba de mi visión periférica para extender el brazo y formar una barrera. No necesitaba que se desplomara hacia delante, no con su brazo herido.

No tenía ningún derecho a observarla mientras conducía. En un ligero ataque de pánico, comprobé todos mis espejos, asegurándome de que nadie me seguía, que nadie más había notado mi estúpida conducción.

Solo tuve que mirar dos veces, sin embargo, y mirarla de nuevo. Mis ojos no podían mentir. Era *ella*, y apreté los dientes al ver lo mucho más complicado que parecía ser todo esto.

Ya se estaba metiendo bajo mi piel. Era demasiado consciente de ella, demasiado intrigado y tentado. Pero que me condenen si ella lo usaba en mi contra. Parecía justo el tipo de mujer que sabría cómo seducir a un hombre con su precioso cuerpo, pero yo no era débil de esa manera. No podía serlo. Ahora que había puesto en pausa esa boda y aplazado cualquier alianza, tenía que seguir adelante y conseguir las pruebas de por qué y cómo ese cargamento no era más que una trampa diseñada para derribar a la Bratva Valkov.

Nunca tuve la intención de hacer daño a la pareja. Matar a mi primo no habría solucionado nada. Tampoco ordenar un ataque contra esta belleza. Cuando los guardias de Kastava me retuvieron en el vestíbulo exterior, impidiéndome disparar mi arma y sembrar el caos, perdí un tiempo valioso. Una vez que me liberé de ellos e irrumpí en la iglesia, mi corazón casi se detuvo al ver a la pareja en el altar. Me preocupaba haber llegado demasiado tarde, que la ceremonia ya estuviera en marcha. Y fue entonces cuando recurrí al Plan B.

Andrey no podía casarse con ella si ella no estaba allí.

Pero ahora que está aquí conmigo...

Aparqué junto al edificio y comprobé una vez más si alguien me seguía. No había nadie al acecho, y me apresuré a sacarla del coche. Aunque parecía que nadie estaba observando, podría haber cámaras ocultas en cualquier parte, y sacar a una novia inconsciente y sangrando de mi vehículo parecería sospechoso.

Sin ninguna interrupción, la subí hasta mi planta. Sujetando su peso inerte con más fuerza contra mí, abrí la puerta y la llevé a través del destartalado y desnudo apartamento. El mobiliario era mínimo, pero esto no era unas malditas vacaciones. Solo necesitaba mantenerla aquí el tiempo suficiente mientras mis hermanos y yo averiguábamos los niveles de duplicidad detrás de aquella mierda del cargamento.

Después de colocarla en la única cama apoyada contra la pared, examiné sus heridas. Todavía no había despertado, pero no estaba demasiado preocupado. Su estómago hacía ruidos y gruñía, y con la tensión de su piel y las oscuras ojeras bajo sus ojos, supuse que simplemente se había desmayado con todo el alboroto. La comida y el agua ayudarían, pero todo lo que podía hacer era examinar su cabeza donde se había golpeado. No era un profesional médico, pero no me preocupaba demasiado que aún no estuviera despierta. Su pecho subía y bajaba constantemente con respiraciones fuertes y profundas. Hice todo lo posible por no quedarme mirando los enormes montículos de sus pechos que se tensaban contra el escote bajo de su vestido. Su vestido ensangrentado.

A continuación, atendí el roce de su brazo. Parecía peor de lo que realmente era. Los puntos serían excesivos, incluso si pudiera hacerlos yo mismo. Aunque sangraba rápido y mucho, dudaba que su estado inconsciente se debiera a una pérdida significativa de sangre.

Humedecí un paño y limpié su brazo. Un largo trozo de gasa de un botiquín de primeros auxilios en el baño ayudó a comprimir la herida, y eso era lo mejor que podía hacer. Su vestido estaba rosa y rojo, rasgado en algunos lugares. Pero estaría bien por ahora. Este apartamento no estaba equipado con mucho más que lo esencial,

pero no planeaba quedarme aquí mucho tiempo. Tenía un cambio de ropa extra, pero le quedaría enorme.

Me aparté de ella y solté un largo suspiro. Por fin podía respirar. Y pensar.

Las reacciones y recriminaciones llegarían rápidamente. Mientras huíamos de la iglesia, oí y presencié el comienzo. Pavel me estaba amenazando, Sergei gritaba exigencias igual de furiosas. El alboroto había llenado la iglesia inmediatamente, y todo lo que seguiría como reacción ocurriría igual de rápido.

Solo ahora, tras puertas cerradas y seguro con la novia de Andrey, me permití pensar en todo mientras caminaba de un lado a otro. Mis acciones provocarían una onda expansiva en nuestro mundo, pero lo sabía antes de hacerlo. No me arrepentía. Ni una pizca de culpa me pesaba por haber intervenido en una boda.

Mila gimió levemente, moviéndose en la cama, y detuve mi ir y venir para mirarla. Quizás quedaba un pequeño hilo de preocupación por ella. No había tenido la intención de que resultara herida, aunque lo que había sufrido parecía menor.

Mientras pensaba en lo que había dicho en el despacho, me preguntaba si despertaría enfadada porque había arruinado su boda o si estaría agradecida. Por la forma en que había hablado en el despacho, tenía la corazonada de que estaba aprensiva sobre la unión entre nuestras familias. Ahora, sabiendo que *ella* era la novia, eso daba un giro diferente a la situación.

Una mujer decidida y fogosa como ella no merecía ser utilizada como un puto escudo para un cobarde como Andrey.

Resoplé, reanudando mi paseo mientras ella dormía. No era momento para estar ocioso. Ya estaba en pleno modo estratégico, tratando de adivinar cómo podría desarrollarse esto. Cómo estaría reaccionando Pavel. Me había ganado el disfavor de mi tío, pero eso venía de lejos, de todos modos. Se sentía condenadamente bien

oponerme a ese viejo cabrón por una vez. Había soñado muchas veces con derrocar a ese bastardo, y solo la preocupación por lo que habría pensado mi padre me impedía actuar.

Lo de hoy había sido la gota que colmó el vaso, y me mantendría firme en mis decisiones.

Sonó mi teléfono y, al ver que era Ivan, contesté inmediatamente. Se había instruido a mis hermanos que se pusieran en contacto conmigo cuando fuera más seguro, cuando estuvieran lejos de la iglesia.

—Ivan —puse el teléfono en altavoz para poder sostenerlo más bajo y seguir atento por si Mila despertaba.

—Has provocado una guerra —me saludó secamente mi hermano.

Asentí, casi permitiendo que una sonrisa cubriera mis labios. —Bien.

Un gemido más largo y un movimiento en la cama llamaron mi atención hacia la mujer que despertaba en mi cama. Mila hizo una mueca, parpadeando con sus expresivos ojos varias veces mientras se giraba para verme. Observé cómo inspeccionaba la habitación, su mirada nublada tanto por el shock como por la confusión. Cuando su mirada furiosa se posó en mí, no pude apartar la vista.

—¿Bien? —respondió Ivan.

—Sí. Bien. La guerra sacudirá las cosas —dejé que Mila me examinara, y me pregunté si me recordaría de antes, ya sea de su boda o de ayer. Si tenía problemas de memoria por ese golpe en la cabeza, podría cambiar lo que le diría—. Doy la bienvenida a la guerra —le dije a Ivan—. Es lo que necesitamos antes de que alguien pueda arruinar nuestra Familia.

Sus labios se torcieron. El reconocimiento brilló en sus agudos ojos, y me lanzó una feroz expresión de ardiente ira.

La fogosa descarada estaba despierta. Me acerqué a ella, curioso por saber si me daría problemas.

Lo estoy deseando. Esa misma llama de desafío y emoción corría por mis venas, calentando mi sangre con el atractivo de discutir con ella de nuevo. De verla alterada otra vez.

—Llámame cuando tengas más noticias —le dije a Ivan antes de colgar.

Ahora mismo, tenía otros asuntos que atender.

Una novia furiosa que me fulminaba con la mirada y apretaba los dientes, desafiándome a decirle *exactamente* cómo iba a desarrollarse esto.

MILA

Desperté con un dolor palpitante en la cabeza. Mientras llevaba cuidadosamente los dedos para examinar la zona sensible de mi frente, sentí los enredos despeinados de mi pelo. Luego el dolor de una herida en mi brazo.

Qué-

Los recuerdos volvieron a mí en tropel, recordándome el infierno que había ocurrido en la iglesia. La presión en mi piel provenía de la gasa firmemente envuelta que presionaba contra mi carne abierta.

Me habían disparado. Me habían secuestrado. Mi boda...

Un hombre habló por teléfono, y me giré en la cama para observar su cuerpo alto y poderoso mientras recorría la habitación sencilla.

Todavía estaba muy débil —deshidratada, hambrienta y privada de sueño además del estrés—, pero me puse inmediatamente alerta al darme cuenta de que *él* no era producto de mi imaginación.

Aleksei Valkov. El hombre temperamental que había despertado mi libido en las oficinas de S.T.L. Y luego el demonio que había irrumpido en mi boda, con las armas en ristre, para llevarme con él.

Apreté los dientes, dejando que el dolor de la tensión en mi mandíbula se sumara al sordo latido de mi cabeza. A través de los ojos entrecerrados, seguí sus zancadas firmes.

¡Ese cabrón! ¡Simplemente entrando y... llevándome así!

—Doy la bienvenida a la guerra. Es lo que necesitamos antes de que alguien pueda arruinar a nuestra familia.

Sus palabras enviaron una descarga de conmoción e indignación por mi columna. *¿Guerra?* Él podía hacer lo que le diera la gana, pero yo no quería quedar atrapada en medio de todo aquello.

La furia me envolvió. Mis músculos temblaban por la tensión de apretar los puños. La urgencia de lanzarme sobre él y atacarlo me invadió cuando terminó su llamada y se dirigió hacia mí. Era depredador, caminando hacia mí con tanta dominancia masculina, con tal seguridad de que me tenía justo donde quería.

Que no *es en mi boda.*

No me encogí, manteniendo los labios firmemente apretados mientras él avanzaba hacia mí. No le mostraría miedo. No lo había hecho en la oficina y no lo haría aquí. Dondequiera que fuera este lugar. Sin bajar la guardia ni cambiar mi expresión, aparté mi atención de él y examiné la habitación.

Una decoración escasa adornaba el estudio. Llamarlo apartamento parecía exagerado. Como mínimo, este lugar podía ser habitado, pero no se parecía a un hogar bien vivido. Una sencilla cocina americana me daba la cara desde la pared opuesta, y la única otra puerta interior conducía a un baño. La ducha era visible desde donde estaba sentada en esta cama, pero lo que más me impresionó fue el paño ensangrentado colgado del borde de la bañera.

Ha limpiado mi herida. Aquella gasa no se había enrollado sola alrededor de mi brazo. Alek también debió haberlo hecho. Su... cuidado debería haberme conmovido. Debería haberme sentido mejor al saber que se había preocupado por atender mi herida. Pero él la había provocado. Quizá no me había disparado personalmente, pero había instigado la situación en la que quedé atrapada en el fuego cruzado.

No había nadie más aquí. Éramos solo él y yo, y no sabía cómo me iría en este aislamiento privado.

—¿Qué coño está pasando? —exigí cuando se paró cerca de la cama.

No respondió, simplemente me miraba desde arriba como si no estuviera seguro de qué hacer. Todo el poder estaba en sus manos. No era solo esta posición sumisa, yo sentada en la cama y herida. Su presencia gritaba autoridad, pero no encontraba consuelo en ella.

—No debería estar aquí.

Resopló, y no pude distinguir si era un sonido de acuerdo o de oscura diversión. Arriesgué una mirada a su alrededor, preguntándome si podría correr. Esa puerta conduciría a mi libertad, pero no tenía medios para escapar de él ni de su alcance. Cerniéndose sobre mí de esta manera, me enjaulaba en mi sitio.

—¿Me has oído? No debería estar aquí. No tienes ningún derecho a traerme aquí.

Se encogió de hombros.

Me enfurecí, aún más cabreada porque no podía responder. Era igual que todos los demás hombres que había conocido en mi vida, al mando y sin sentir nunca la necesidad de responder ante una mujer.

Me negué a ceder y dejarle ver cuánto me desgastaba este silencio. Estaba cansada. En el fondo tenía miedo, pero sobre todo, mis nervios estaban destrozados sin remedio con esta constante batería de estrés.

—Tienes que llevarme de vuelta.

Resopló. —¿A tu boda? —Sus labios se curvaron en una sonrisa diabólica.

Dudaba que la iglesia estuviera en condiciones de reanudar esa ceremonia. —Con mi padre. —Sentándome más derecha, intenté

mostrar lo segura que estaba de mis palabras—. Eres un hombre muerto, capturándome así en mi boda.

Su hombro se movió un poco en un encogimiento indiferente. —Todos estamos un día más cerca de la muerte de todas formas.

Morboso. Me negué a dejar que su actitud de que le importaba un bledo me afectara. —*Supe* que eras un problema en el momento en que te vi.

—Lo mismo digo. —Emparejó esa respuesta repetida con una larga, perezosa y apreciativa mirada sobre mí. Desde mi escote hasta mis ojos, se deleitó mirando, sonriendo con esa sonrisa siniestra de pura arrogancia. Me costaba desterrar la idea de que él era el depredador acercándose a su presa: yo.

No apartó la mirada. Su atención ardiente y lujuriosa permaneció sobre mí. Cuanto más miraba, menos hablaba. El aire se volvió más pesado y tenso con este pulso chispeante de conciencia. Era estúpido, pero el instinto se impuso. Quería saber qué pensaba de lo que veía, saber qué estaba buscando. Todo lo que podía adivinar era que su expresión seductora no presagiaba nada bueno para mí. Me sentí incómoda, tan abiertamente estudiada por sus intensos ojos.

—Entonces será mejor que me lleves de vuelta ahora mismo —espeté, alterada por su mirada sobre mí.

—Oh, ¿más me vale, eh? —sonrió con suficiencia, acercándose más.

Luché por no ponerme tensa. No le mostraría miedo ni... ninguna otra cosa. Esta proximidad me impulsó a atacar de nuevo, al menos verbalmente.

—Te matará. Los hombres de mi padre no dejarán pasar esto. Ningún rincón de la ciudad te mantendrá a salvo.

Él puso los ojos en blanco.

—Te lo advierto, más te vale...

Levantó la mano y chasqueó los dedos. Como si yo fuera un maldito perro. —Cállate.

—No. No puedes decirme que me calle y esperar que te obedezca.

En un rápido movimiento, se inclinó hacia mí. Apoyando sus manos en la cama, me obligó a retroceder y reclinarme, enjaulada entre sus fornidos brazos, con los puños a ambos lados de mis muslos. Respirando agitadamente, le miré y me puse tensa. Ese pulso de conciencia aumentó, y casi jadeé estando tan cerca de sus firmes labios.

—Cállate. —Recorrió con su mirada oscura desde mis ojos hasta mis labios.

Incliné la cabeza hacia un lado y sonreí con suficiencia. —No. —De hecho, ya era hora de un buen grito. Si había alguien cerca, me oirían. Tenía que intentarlo. Tomé aire profundamente, preparándome para darlo todo.

—Más te vale...

Se abalanzó sobre mí, silenciando mi amenaza. Sus labios se estrellaron contra los míos. Con los míos ya entreabiertos, tuvo pleno acceso para invadir y saquear. Su lengua ardiente se adentró para batirse en duelo con la mía, y mientras se inclinaba, empujándome, dominó mi primer beso.

Había leído sobre ello en aquellas viejas novelas románticas que otros dejaban por ahí. Había visto películas. Entendía la dinámica de besar, pero bajo el brusco contacto de Alek, sus labios hambrientos, me sentí como una ignorante, contenta de aprender cómo funcionaba esto en realidad.

Rozó sus labios sobre los míos en un firme barrido, y la fricción solo me incitó a desear más. Jadeé, alzándome para perseguir la emoción de su boca sobre la mía, su lengua saboreándome, sus cálidos alientos mezclándose con los míos.

Este bruto era mi enemigo. Me había secuestrado. Había irrumpido en mi boda y felizmente provocado una guerra.

Pero nada de eso importaba. Ninguno de esos hechos pasó por mi mente mientras sucumbía a su adictivo y picante sabor. No pensaba en nada más que en la seductora atracción de querer más. Un beso más fuerte. Una muestra más larga. Gemí, abrumada por este ansia de atraerlo hacia abajo y no soltarlo nunca.

Se cernía tan grande y poderoso, masculino y más grande que la vida misma. Con este beso, exigía que intentara igualarle. Gruñó y levantó su mano para sujetar la parte posterior de mi cabeza. Sus dedos se deslizaron por mi pelo, y con su implacable agarre, me colocó justo donde quería mientras me besaba hasta callarme.

Nunca había experimentado este deseo consumidor, encendido hasta las llamas en segundos. Incluso mientras me sacudía hasta la médula, prevaleció un hilo de sentido común. En un arranque por recuperar mi mente e ignorar cómo me hacía sentir, le mordí el labio.

Se separó, siseando y luego lamiendo la marca de mordisco que le había dejado. A través de ojos entornados, me miró fijamente, más oscuro y enfadado que antes puesto que había contraatacado.

Dios mío. ¿Qué estoy haciendo? Mientras jadeaba y le fulminaba con la mirada, libraba una batalla interna queriendo sus labios de vuelta donde estaban. Los míos estaban húmedos, enfriándose en el aire, y los cerré de golpe frunciendo el ceño. —¡Cómo te atreves a tomar lo que no es tuyo!

Su respuesta no fue lo que esperaba. Arqueó una ceja, lanzándome una mirada oscura. Si pudiera intentar adivinar y leer su mente, se estaría preguntando si *debería* tomarme. Lo confirmó con palabras igualmente sucias y arrogantes. —Te tengo aquí. ¿Por qué no?

Mis pezones se endurecieron y mi sexo se tensó. Solo la mera idea de que este hombre me tomara como le placiera... Me excitaba. No

retrocedió, ni se abalanzó. Lamiéndose el labio y estudiándome con tanto calor, hizo una pausa.

No me miraba como lo había hecho Geoff. Las miradas lascivas de Andrey no eran como la abrasadora mirada de pura seducción de Alek. Alek me miraba como si fuera una mujer a la que deseaba, y era una sensación embriagadora de gestionar.

A mí. Este hombre rudo y sexy me deseaba *a mí*.

—¿Por qué no? —repliqué. Había tantas razones. En la cima de esa lista estaba el hecho de que yo no era suya. No era la mujer de Alek para poseer. Pero en ningún lugar de mi mente me aferraba al argumento de que no lo deseaba.

Porque contra todo lo que me advertía lo contrario, sí lo deseaba.

—Porque no valgo la pena.

Sus cejas se fruncieron en un ángulo severo mientras se concentraba en mí. —¿Qué quieres decir?

Todavía me enjaulaba, sus fuertes brazos flanqueándome contra la cama, pero había perdido parte de ese aire seductor. Le había distraído con mis palabras, y eso era exactamente lo que necesitaba. Debería estar distrayéndole para poder evadirle y huir.

—Podrías encontrar algo mejor que esto. —Gesticulé con mi mano temblorosa hacia mi cuerpo. No le temía. No por miedo al dolor físico. Hasta ahora, él quería mantenerme viva y bien. Pero nunca había jugado un juego como este, un giro de palabras y avances coquetos.

—Podrías encontrar una mujer más delgada. Alguien más guapa. —Lo dije para rechazarle, para disuadirle, pero las palabras surgieron con tanta facilidad. Había pasado toda mi vida escuchando ese tipo de críticas de mi padre. No era difícil afirmar que yo era menos.

—¿Por qué querría eso? —Deslizó su mano desde la parte posterior de mi cabeza a lo largo de mi cuello. Cada roce de sus nudillos sobre

mi piel se sentía como una delicada caricia que me encendía por dentro, ligera como una pluma y demasiado tierna. Arrastró mi atención desde su rostro mientras le observaba trazar sus dedos a lo largo del escote de mi vestido.

Quedaban apenas unos centímetros entre sus dedos y mis pechos. Solo verle tan cerca y casi tocando mis pezones me desequilibró. Mi respiración se entrecortó, y me quedé inmóvil, mirando y deseando que bajara la tela.

—¿Más delgada? —replicó sarcásticamente. Acarició con sus dedos el lateral de mi pecho, provocándome con ese leve contacto—. No. La piel y los huesos no me atraen.

Tragué saliva, atrapada entre el impulso de alzarme para besarle y respirar lo suficientemente rápido.

—¿Más guapa? —Gruñó suavemente, inclinándose para rozar el costado de mi cara. Desde mi mandíbula hasta mi oreja, arrastró su nariz e inhaló profundamente. Sus labios rozaron mi mejilla con el movimiento, y cerré los ojos ante el cosquilleo de lo que prometía.

—A la mierda lo guapa. —Me besó justo debajo de la oreja—. Eres *preciosa*.

Me estremecí.

Llevó su mano de nuevo hacia arriba para trazar a lo largo de mi escote. —Sexy —añadió, besando ese punto sensible bajo mi oreja otra vez.

Un dedo se deslizó bajo la tela de mi vestido, y dejé escapar un gemido de necesidad.

—Y ahora mismo, eres mía para hacer lo que yo quiera contigo.

¡Una mierda! Su roce dominante estaba quemando mis sentidos, pero escuchar su arrogante afirmación me sacudió. Me eché hacia atrás. —Vete a la mierda —. Mientras intentaba aprovechar la distracción, me incliné hacia un lado. No logré alejarme demasiado.

Era demasiado rápido. No había bajado la guardia, para nada, por lo que parecía. Su fornido brazo rodeó mi cintura mientras me arrastraba de vuelta a la cama.

A diferencia de la escena en la iglesia, aquí podía defenderme. Me retorcí y luché, golpeando y pateando con todas mis fuerzas. Al final, después del breve forcejeo, él demostró ser más fuerte, más rápido y más decidido.

La cuerda se clavaba en mis muñecas con las ataduras que había anudado allí. Sobre mi boca descansaba una fina tira de tela que había arrancado de mi vestido de novia. Las cintas no estaban pensadas para ser mordazas, pero Alek era lo bastante ingenioso como para utilizar lo que tuviera a mano.

Atada al armazón de la cama, silenciada con una mordaza, hervía de rabia y le fulminaba con la mirada, rezando para que pudiera ver el odio en mis ojos. Si lo vio, no lo demostró. En cambio, mientras yo gritaba mi frustración en mi mente, él se puso de pie y se sacudió la camisa, arreglándose tras el forcejeo.

—No vas a ir a ninguna parte, Mila. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

Otro hombre diciéndome qué hacer. Estaba harta. Y juré que jamás obedecería ni una sola maldita cosa que dijera.

ALEK

Se sentó allí, fulminándome con la mirada y echando humo. Sus mejillas estaban sonrosadas cuando la besé, pero ahora, mientras me miraba con esa furia tan hermosa, estaba deslumbrante. El rubor se intensificaba con la ira. Esos audaces ojos azules irradiaban fuego. Era impresionante, vibrante de rabia.

Joder, es única.

No podía recordar un momento en el que me hubiera sentido tan atraído, tan despiadadamente hambriento de una mujer. Nadie se le comparaba. Pero sabía que era mejor no intentar acercarme más. No podía hacerme daño. La mordaza le impedía morderme, y con las manos atadas al cabecero, no llegaría muy lejos si intentaba atacarme. Mila no iría a ninguna parte, y la única buena opción que me quedaba era dejarla cocer en su propio jugo.

Podía odiarme tanto como quisiera, pero solo si podía admitir por qué. Claro que estaba cabreada. Esperaba tanto. La había secuestrado, después de todo. Pero sería una mentirosa si me dijera que estaba molesta por perderse la boda con Andrey. Si no la hubiera estado observando tan de cerca, habría pasado por alto esa ligera mirada hacia un lado que hizo cuando la desafié. Cuando le pregunté si quería que la devolviera a esa boda, no pudo responder afirmativamente.

Porque no había querido quedarse atrapada con él. No había querido casarse con él. Le había hecho un puto favor sacándola de allí, y hasta que pudiera estar de acuerdo conmigo en ese punto, no quería malgastar mi aliento.

Se removió, probando las ataduras en sus muñecas. Después de tirar y forcejear, gruñendo por el esfuerzo de liberarse de los agarres seguros, hizo una mueca y bajó la cara para mirar su brazo.

—No luches contra ello —di un paso hacia la cama, arriesgándome a esta proximidad para examinar su brazo de nuevo. Si se resistía y seguía así, solo empeoraría esa herida. Su hombro se tensó cuando le cogí el brazo y lo levanté para ver la gasa. Mientras se retorcía para liberarse de mi agarre, sonreí.

Pequeña luchadora descarada y testaruda.

La tela seguía blanca, no rosa o roja con sangre nueva, y me sentí bien con su lesión. Estaba despierta, ya no me preocupaba por su estado de consciencia. Estaba alerta y sin dolor...

Su estómago rugió.

La miré severamente, debatiendo la sensatez de quitarle la mordaza. —Pórtate bien.

Frunció el ceño cuando me alejé.

Volví con una botella de agua y un plato de galletas y fruta deshidratada, productos no perecederos sencillos que había encontrado en los armarios. —Pórtate bien o te la vuelvo a poner.

Su preciosa mirada permaneció sobre mí todo el tiempo mientras aflojaba la mordaza y la dejaba caer a su cuello. Mientras trabajaba su boca abriéndola y cerrándola y lamía sus carnosos labios, dijo: —¿Cómo se supone que voy a alimentarme?

No respondí, aflojando sus manos para que siguieran conectadas al cabecero pero con suficiente holgura para que pudiera comer y beber. No iría a ninguna parte. Aunque cedí para atender su

nutrición, no era ningún tonto. Ese débil destello de esperanza en sus ojos no la llevaría muy lejos. No esperó, tomando primero el agua. Observé cómo comía, sin bajar nunca el ceño fruncido hacia mí.

Tras una última mirada, grabando en mi memoria su furiosa expresión, me di la vuelta para pasear por el otro lado de la habitación mientras comía.

La distancia ayudaba. Era una fuerza. Un imán. Y joder, era una distracción que tendría que esforzarme mucho por ignorar.

No tenía motivos para besarla. No tenía razón para inclinarme y jugar con ella, para bromear y tocarla lo poco que lo había hecho. Esos toques eran meros ejemplos de lo que quería. Si hubiera tenido el tiempo y la libertad para ceder a mis deseos, habría tenido mis manos llenas de sus exuberantes tetas y dulces curvas.

Era hora de controlar los daños. Yo había provocado el daño, y lo asumía, pero tenía que comprobarlo y ver qué podía hacer para dirigirlo. Primero, llamé a mis hermanos. Maxim y Dmitri no contestaron, pero me negaba a preocuparme. Tenían instrucciones de ser cuidadosos y esconderse, y más les valía haberlo hecho.

Mientras llamaba a Ivan y esperaba a que contestara, mi teléfono pitó con un mensaje entrante. El mensaje era breve y directo, como era el estilo de Nik.

Nikolai: *Voy para allá.*

No necesitaba preocuparme por su viaje hasta aquí. Era demasiado listo para que le siguieran, y me preguntaba lo lejos que podría estar. No tuve que esperar mucho. Antes de que pudiera volver a marcar a Ivan, ya que no había contestado cuando pensé que lo haría, sonaron dos golpes concisos en la puerta.

Era el toque característico de Nik, y le dejé entrar. Nada podría haberme preparado para lo mal que podría haber estado, pero no me dio la oportunidad de preocuparme por él.

—Joder —dije en una exhalación furiosa.

Pasó de largo, dejándome cerrar y bloquear la puerta después de él mientras se dirigía al baño. De camino, su cabeza giró ligeramente al notar a Mila sentada en la cama. Ella seguía comiendo, fulminándome con cada bocado.

—Ivan tiene peor aspecto —dijo Nikolai mientras abría el grifo y comenzaba a mojarse las manos ensangrentadas.

—¿Pavel ha hecho esto? —No me sorprendió que quisiera ir a por mis hermanos por cómo había interrumpido la boda de Andrey. Nuestro tío querría sangre. Lo sabía. Pero ver a mi hermano golpeado y ensangrentado me llenó de una rabia instantánea y horrible.

Nik asintió. —Bueno, Andrey no se iba a ensuciar las manos para hacerlo él mismo —mojó otra toallita y comenzó a limpiarse la sangre de la cara—. Lo hizo Igor. Y Stephan. Ivan fue llevado al almacén —hizo una pausa para mirar mi reflejo en el espejo y levantó las cejas—. No hablará.

Suspiré, inclinando la cabeza en un ligero asentimiento. Si hablaba, gritaría. Mis hermanos no eran ningunos debiluchos. Podían aguantar un golpe o dos, pero seguía odiando que mis acciones les estuvieran afectando tanto hasta ahora.

—Maxim y Dmitri están juntos —dijo—. Pavel quiere sangre. *Tu* sangre.

Ni de coña.

—A cualquiera de los hombres que él considera un traidor, a cualquiera que suponga que es un simpatizante, lo ha llevado a interrogatorio —humedeció el trapo de nuevo y continuó limpiándose la cara—. No nos va a matar. Somos demasiado valiosos para obtener información.

Negué con la cabeza y le ofrecí una toalla para que se secara las heridas. Ahora que la sangre estaba limpia, no parecía tan grave. Tal vez tenía razón. Pavel quería mantenerlos vivos para golpearlos de nuevo. No importaría. Mis hermanos no confesarían. Me protegerían. Pero si pudiera evitarles más dolor, lo haría.

—Kastava está amenazando con guerra —añadió en voz más baja, inclinándose a mi alrededor para mirar en dirección a la cama donde Mila estaba sentada. Este apartamento tipo estudio no ofrecía mucha privacidad. Cualquier cosa que dijera, probablemente ella lo escucharía.

Se inclinó hacia mí y suspiró.

—Kastava jura acabar con la Bratva Valkov.

—No lo hará —argumenté igual de bajo. Mi Familia no sería eliminada, no así. Todo lo que quería era asegurar a mi Familia, no arruinarla. Evitar una alianza con nuestros enemigos era la única manera de conseguirlo.

—Seremos más fuertes. Sin ellos —juré—. Reconstruiré con más fuerza de una manera que nunca podríamos haberlo hecho con ellos intentando meterse en nuestros asuntos.

Su asentimiento fue una débil respuesta, pero no necesitaba recordarle lo que estaba en juego. Lo seguí fuera del baño, observando cómo sacaba una botella de agua de la nevera. Una vez más, miró a Mila. Bebió el agua y la observó mientras ella comía en obstinado silencio. Parecía curioso pero sabía que era mejor no hablarle.

—¿Cómo? —me preguntó—. ¿Cómo podemos empezar el proceso de reconstruir con más fuerza? Mientras Pavel está enfurecido y centrado en encontrarte y hacerte pagar, ¿qué podemos hacer?

Me metí las manos en los bolsillos y exhalé un largo y profundo suspiro.

—Conseguimos respuestas. Reúnete con Ivan y bajad de nuevo a los muelles. Investigad ese gran cargamento —Ya les había enviado un mensaje con lo que había escuchado antes de la boda—. Revisad la oficina. Encontrad pruebas que Pavel no pueda ignorar. O encontrad a alguien que pueda explicar esos códigos.

Nik se frotó la mandíbula, asintiendo.

—Tienen que hacer referencia a un tercero.

Estuve de acuerdo.

—Alguien más que está ayudando a los Kastava a intentar jodernos.

Se marchó, con prisa por ayudar como pudiera mientras todos estarían alterados por cómo había irrumpido en la boda. Odiaba sentir que me escondía de la acción, pero sabía que quedarme aquí y mantener a esta novia fuera de la ecuación era mi papel.

Después de que se fuera, volví a ella, encontrándola aún enfadada y con el ceño fruncido. El plato estaba vacío, al igual que la botella de agua.

—¿Quieres más? —ofrecí.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Más de...?

Señalé el plato y la botella.

—¿Has tenido suficiente?

No respondió, bajando la mirada y lamiéndose los labios.

—No —murmuró suavemente.

—¿Qué quieres? —pregunté, listo para buscar otra botella de agua.

—¿Qué quiero? —Me miró con ojos entornados, tan obvia con su mirada coqueta y sensual.

Ah. Ya veo por dónde vas. Aunque podía apreciar sus intentos de provocarme, tenía una lección que aprender. Se necesitaría *mucho* más que eso para manipularme. No estaba enfadado, sino divertido. Si pensaba que podía engañarme, actuando toda sexy y haciéndose la inocente así, realmente era ingenua. Ignorante. Me recordaba de nuevo lo joven que era. Una jovencita, no una mujer experimentada que supiera cómo jugar con un hombre como yo. Y sería muy divertido jugar con ella y mostrarle cómo funcionaba esto.

—Sí —Me incliné hasta que ella cayó hacia atrás en la cama. Cubriéndola con mi cuerpo, me apoyé en mis antebrazos, saboreando cada dulce presión de su suave cuerpo bajo el mío, todas esas curvas sensuales y suaves, cada empuje de sus pechos contra mi pecho—. ¿Qué quieres?

—Yo... —Frunció el ceño, con los ojos más abiertos de alarma mientras se adaptaba a nuestra posición. Sus brazos permanecían atados, y con la rapidez con la que la había cubierto en la cama, las ataduras se retorcieron y atraparon sus manos sobre su cabeza.

—Yo...

Besé su indecisión, y en un momento en que sus suaves labios se separaron bajo los míos, la tenía maullando y jadeando por más.

—¿Quieres un poco de consuelo? —me burlé, alcanzando bajo su vestido rasgado. Sus bragas no eran más que un delgado trozo de satén, un tanga que se rompió fácilmente en mi puño.

—¡Alek!

Joder. Lo había gritado de sorpresa, pero oírla decir mi nombre era algo perverso y dulce. En poco tiempo la tendría gritándolo.

Cubrí su boca con la mía de nuevo, besándola profundamente. Le robé el aliento y forcé sus labios a separarse más mientras la saboreaba. Ella no dudó en responder de la misma manera.

Así mismo. Se derritió en mis brazos, arqueándose hacia mí y ansiosa por mi tacto. Bajo su vestido, deslicé mi dedo hacia adelante y hacia atrás a lo largo de su hendidura hasta que metí dos dedos en su coño empapado. Chorreando. Estaba tan mojada de excitación que supe que esta tenía que ser su primera vez. Estaba demasiado apretada, demasiado impaciente.

—¿No puedes... —Jadeó cuando bombeé mis dedos dentro de ella más rápido—. ¿No puedes desatarme?

—¿Por qué cojones haría eso?

—Para que pueda... —Aspiró fuerte cuando añadí otro dedo. Su gemido fue el sonido más obsceno y sexy.

—Para que pueda tocarte también.

La callé con un beso, metiendo los dedos más rápido y haciéndola llegar al orgasmo con demasiada facilidad. Definitivamente era virgen, corriéndose tan rápido así. Su sexo apretó mis dedos, y mientras su crema lubricaba y goteaba, manchando sus muslos cuando retiré mis dedos, mantuve los ojos en su rostro.

Su ceño permaneció fruncido, sus ojos firmemente cerrados. Jadeaba y se esforzaba por recuperar el aliento, pero pronto abrió los ojos de golpe y me miró fijamente.

—Quiero... quiero tocarte también.

Resoplé, bajándome de la cama e ignorando lo duro que estaba después de hacerla llegar al orgasmo.

—Alek. No. Vuelve. Déjame tocarte.

—¿Para que puedas huir? —Negué con la cabeza—. No soy tan jodidamente estúpido.

—Alek —gruñó, tirando de sus manos e intentando soltarse—. Solo déjame...

Le subí la mordaza de nuevo y la aseguré, reduciéndola a furiosos murmullos ahogados. Arrodillándome en la cama mientras apretaba sus manos hacia el cabecero, hice contacto visual una vez más.

—No te voy a soltar hasta que yo esté listo.

MILA

Me desperté a la mañana siguiente todavía atada al cabecero. Me había dejado suficiente holgura para poder bajar las manos y dormir con ellas sobre el pecho, pero no había cedido ni un ápice en cuanto a quitarme la mordaza.

Me había desatado por la noche para que pudiera ir al baño, pero no dio señales de dejarme hablar. En lugar de discutir, al final me rendí al sueño. Mi cuerpo estaba simplemente demasiado cansado para mantenerse despierto. No había dormido la noche anterior a la boda. Había estado funcionando a medio gas, cargada de estrés. Entre dejarme comer y beber, y luego...

Cerré los ojos con fuerza al recordar cómo había jugado conmigo. Sus dedos ásperos tocándome donde ningún otro hombre lo había hecho jamás, su boca exigiendo mis besos mientras me acariciaba con tanta pericia. Nunca había llegado al orgasmo con un hombre antes. Solo por mí misma. Y joder, qué diferencia. Sentí vergüenza, pero no duró mucho. Debería haberme sentido humillada por hacer que me corriera tan rápido. Debería haber estado furiosa porque mi secuestrador creyera que tenía algún derecho a tocarme de forma tan íntima.

Pero más que nada, debería haber estado lívida porque me había manipulado en *mi* intento de engañarle a *él*. No era un soldado cualquiera, joven e ignorante cuando tenía a una mujer a su

alcance. Alek era un hombre mayor y más sabio, y eso era lo que más me molestaba. Me había seguido el juego, viendo a través de mi intento de convencerle para que me desatara. *Por supuesto*, no podía haber sido tan sencillo. Aun así, lo había intentado. No podía simplemente rendirme. Tenía que mantener la cabeza alta y luchar por encontrar una salida a esta situación.

Giré la cabeza en la cama y vi que seguía dormido. Ambos estábamos completamente vestidos. Él seguía con su traje, sin la chaqueta ni los zapatos. Mi vestido de novia roto y manchado de sangre todavía cubría mi cuerpo.

Menos las bragas. Fulminé el techo con la mirada.

Se había acostado a mi lado sin tocarme. Probablemente era otra forma de vigilarme. Si me movía lo más mínimo, el colchón delataría mis acciones.

Mientras dormía, consideré mis opciones. Era un enfoque pragmático sobre lo que podía hacer a continuación. Pensar en sus besos y en cómo me hizo llegar al orgasmo sin pudor alguno... Esos pensamientos no me harían ningún bien.

Estaba atrapada aquí. No podía huir, no mientras estuviera atada, y él había dejado claro que no tenía intención de desatarme.

No podía pedir ayuda. No tenía teléfono. Nada. Aunque tuviera un teléfono, no habría sabido qué decir. No sabía dónde estaba este cochambroso apartamento en la ciudad. O si siquiera seguíamos en la ciudad.

El rescate no parecía una realidad con la que pudiera contar, pero tenía que admitir que no era necesario. En términos simples, yo no *necesitaba* ser rescatada. No estaba en peligro. Tenía que creer que Alek no me haría daño de verdad. Era brusco cuando me besaba y asquerosamente exigente cuando jugaba con mi sexo. Estos trozos de tela no eran cómodos alrededor de mis muñecas. Pero estaba cuidando de mí.

De más formas de las que imagina...

Puse los ojos en blanco mirando al techo, todavía desconcertada por lo fácil que me había hecho llegar al orgasmo y lo... bueno que había sido. Prácticamente me había desmayado por la euforia de esa liberación, y odiaba que lo hubiera hecho él. Si alguna vez encontrara un hombre con quien intimar, querría...

¿Qué estoy diciendo? ¿Lo que yo *quiero?* Nunca había tenido la oportunidad de pensar que podría tener lo que *yo* quisiera. Era un peón y siempre lo sería.

Alek no había sido cruel, sin embargo. Se había ocupado de mi placer. Había sido en sus términos. No tuve oportunidad de detenerlo, pero...

¡Oh, deja de pensar en ello de una vez!

Sabía que si Geoff o Andrey —o cualquier otro hombre— me tuvieran atada y a su disposición, no habrían mostrado ninguna piedad. Alek no era claro sobre lo que quería de mí, y sentía que merecía una respuesta.

Retorciendo mis labios, aflojé mi mordaza hasta que pude apartarla. Mi lengua se sentía pastosa y seca, tanto por luchar contra la mordaza como por la necesidad de agua.

—Alek.

No se movió, y casi me pareció cómico que pudiera dormir tan profundamente.

Me giré hacia el otro lado, mirando el reloj. Nunca había dormido hasta tan tarde, y detestaba que este tiempo con Alek se estuviera sintiendo mucho como libertad. Estaba atada, pero él era generoso de formas que no podía entender.

Me daba comida sin cuestionarlo, a diferencia de la estricta dieta que había seguido en casa.

Me había dejado llegar al orgasmo en su mano sin esperar nada a cambio, a diferencia de mis mayores temores sobre lo que me encontraría como esposa de Andrey.

Me permitía dormir hasta tarde, sin exigirme que me levantara y le sirviera.

—Alek —retorcí mis caderas y le di un rodillazo en el muslo. Eso funcionó. Se movió, frotándose la cara mientras me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué? —Miró mi mordaza colgando suelta bajo mi barbilla.

—Quiero hablar.

Puso los ojos en blanco y se incorporó.

—Pues habla.

Abrí la boca, pero me interrumpió.

—No pierdas el tiempo pidiendo que te suelte.

Cerré la boca y suspiré. Entramos en otro duelo de miradas y deseé encontrar una respuesta ingeniosa. No se me ocurrió nada, y él levantó las cejas en una pregunta silenciosa. Odiaba que mi silencio fuera básicamente una admisión de que él estaba al mando. Pero literalmente no se me ocurría nada. No sabía qué decir.

—Quería que hablaras *tú*.

Sonrió, oscura y lentamente.

—¿Porque estás lo bastante engañada como para pensar que *tú* estás al mando aquí?

No respondí, privándole de esa satisfacción.

Si no quería matarme, tenía que darse cuenta de que valía más viva. Y si me quería viva, tenía que servir para algún propósito. Su acto de secuestrarme tenía que ser un paso hacia detener la unión Valkov-

Kastava, pero ¿por qué? Fuera cual fuese su razonamiento, yo no lo combatiría.

—Te ayudaré —lo solté demasiado rápido, y él no pareció conmovido por mi oferta—. ¿Qué quieres?

—¿De ti? —sonrió con sarcasmo—. No confío en ti.

—No es como si te hubiera atado y secuestrado a alguien. ¡Yo soy la más digna de confianza entre los dos!

—Eres una Kastava.

—Y tú eres un Valkov. —Éramos enemigos y lo sabíamos—. O lo *eras*.

Hizo una pausa mientras deslizaba las piernas fuera de la cama para lanzarme una mirada fulminante por encima del hombro.

—¿Por qué estás desafiando a tu Familia? —Había escuchado a su hermano ayer, cómo Pavel Valkov iba ahora a por él. Los recuerdos borrosos de la iglesia permanecían en mi mente, y recordé cómo todos los hombres le gritaban que se detuviera. Alek había provocado una guerra al intervenir en mi boda. Se había arriesgado a la ira de su familia al hacerlo.

—No estoy desafiando a mi Familia. —Se levantó y caminó hacia la pequeña cocina.

—¡Sí lo estás haciendo! —protesté, observándole coger algunas cosas y colocarlas en un plato—. Tu tío no está contento contigo.

Mi padre tampoco lo está.

No respondió, preparando un par de platos con alimentos sencillos. Con un par de botellas de agua bajo el brazo, regresó y me empujó un plato.

—Alek, por qué...

Me lanzó una mirada severa para que me callara y solté un suspiro de frustración. Acepté el plato, complacida de que no escatimara en las ofrendas. Galletas, queso, frutos secos y más fruta deshidratada. Era la comida más abundante que había tenido en todo el año.

Antes de empezar con su comida, revisó mi herida. Desenrolló un poco de la gasa y comprobó que no estuviera inflamada, luego la envolvió de nuevo.

No podía entenderle. Quería que estuviera alimentada y bien. Sana y sin heridas. No sabía lo suficiente sobre él, pero comprendía que era un hombre duro. No me estaba mimando, sino... algo más.

¿Me mantiene en buen estado porque necesito estar en buenas condiciones cuando me devuelva a mi padre? La idea de ese futuro no me llenaba de consuelo. Tragué un bocado y le observé coger su plato. —¿Vas a entregarme de vuelta a mi padre?

No habló. Tenía la boca llena de comida mientras me miraba con indiferencia, pero su expresión seca hablaba por sí sola. Mientras comíamos, no me contó ni un solo detalle sobre sus planes. —La guerra era inevitable —declaró en cambio. Era una respuesta críptica, pero la tomaría por lo que valía: una estupidez.

—No antes de que irrumpieras en mi boda de esa manera.

Negó con la cabeza. —Nuestras familias no pueden alinearse. No como ellos querían. Por lo tanto, la guerra era inevitable, y el cambio vendrá después.

¿Para bien o para mal?

—Rompiste la lealtad a tu Familia, actuando contra los deseos del legítimo jefe de tu bratva.

Resopló. —Hablas como una mujer de la bratva bien entrenada, ¿eh?

—Es cierto. Has arruinado la lealtad al desobedecer a tu...

Su plato se deslizó sobre su regazo cuando lo bajó bruscamente. —¿Arruinar la lealtad? No, joder, no lo he hecho. Y nunca he sentido que mi tío fuera un líder en ningún sentido de la palabra.

Parpadeé, asimilando sus palabras. Era un comentario enorme para compartir, una opinión significativa. Nadie, y me refería a nadie, se atrevía jamás a hablar contra su Pakhan de esa manera.

Notó lo callada que me quedé, pero no podía salir de mi estupor atónito por lo que había admitido.

—¿Entonces te has vuelto rebelde? —tanteé con cuidado.

—No. —Su negativa fue tranquila y rápida—. No me he vuelto rebelde. No voy a ninguna parte. Es al revés. Mi Familia, la Bratva Valkov, me está *decepcionando*. Pavel y Andrey han estado decepcionando a muchos de mis hermanos. Están demasiado ciegos para ver lo que está pasando, embriagados de poder. —Me miró, sereno y seguro mientras explicaba—. Mi tío y mi primo no se daban cuenta de que *tu* Familia quiere absorbernos.

Abrí y cerré la boca, presionada para responder a esa afirmación.

—Sospeché desde el principio que los Kastava quieren tomar el control. —Mantuvo mi mirada, levantando un poco la barbilla. Esa mirada directa me clavó en el sitio, y me sentí inquieta bajo esa presión. ¿Por qué habría abierto mi maldita boca queriendo hablar con este hombre?

—¿Puedes negarlo? —exigió.

—No. —Mi respuesta salió de mis labios antes de poder retirarla. Era la verdad, pero no podía defenderla. No podía respaldarla con ninguna prueba o razones. Simplemente tenía sentido. Sergei Kastava era un hombre codicioso y hambriento de poder. Raramente consideraba detenerse ante nada. El hecho de que me hubiera ordenado informarle después de casarme con Andrey era otro ejemplo de su codicia y su afán por aferrarse a cualquier apariencia de poder que viera.

Mientras me quedaba callada, prefiriendo este silencio a hablar, sentí sus ojos sobre mí. La atención de Alek era una caricia tangible, ardiente y constante, como un toque físico.

Quería saber más. No podía estar de acuerdo con él en que mi familia tenía planes nefastos con la suya y no decir nada más. Debía estar ardiendo de curiosidad, y pronto combinaría eso con órdenes para que me explicara.

Pero no podía. Nunca había tenido acceso a información importante. Ignoraba cualquier gran plan para tomar el control de otro rival, pero sabía que la simple afirmación de una adquisición tendría sentido.

Encontré su mirada y me encogí. Su sonrisa no me invitaba a sentirme confiada. De nuevo, me convencí de que yo era la presa y él el depredador. Porque me observaba con una emoción pecaminosa, ansioso por ejercer su poder sobre mí una vez más.

—Quizás tenías una buena idea ahí.

Arqueé una ceja, sin confiar en su sonrisa traviesa mientras tomaba nuestros platos y los colocaba en una mesa. —¿Qué... —aclaré mi garganta e intenté hablar de nuevo—. ¿Qué quieres decir?

—Dijiste que querías hablar —me recordó mientras volvía a la cama, de pie frente a mí, tan indefensa y atada—. Así que, veamos si me das algunas respuestas.

Oh, mierda. Tragué saliva, más nerviosa que nunca.

ALEK

Ella bajó la mirada, apretando los labios en una línea firme.

Ah. Ya no estás tan habladora, ¿verdad?

Le levanté el mentón y mantuve mis dos dedos justo ahí. Esperaban tan cerca de su cuello, y luché contra el impulso de deslizar mi mano por él y aferrarme. Tocarla se estaba convirtiendo en una adicción, y no estaba por encima de usar este contacto para salirme con la mía.

—Estás de acuerdo en que tu padre quiere apoderarse de mi familia.

Ella exhaló un suspiro tembloroso y me fulminó con la mirada. —No voy a repetirme. Me oíste la primera vez.

Me mordí el labio, luchando contra una sonrisa. Era tan jodidamente audaz, nunca tenía miedo de responder. Eso alimentaba mi deseo como nada más.

—Empezando por tu matrimonio con mi primo.

Se encogió de hombros, y entrecerré los ojos ante su reacción.

—¿Es falso?

—No lo sé. Yo... —Dudó, respirando uniformemente antes de levantar de nuevo su mirada azul hacia mí—. No sé nada sobre mi matrimonio. Por qué se decidió de esa manera.

—Déjate de gilipolleces.

—¡No las sé! Solo supe que iba a ser la novia de Andrey tres días antes de la boda. Mi padre... No. Ni siquiera fue él quien me dio la noticia. Me enteré por otra mujer de la bratva. Escuchó a los hombres hablar de ello, y no fue hasta esa noche cuando se molestó en informarme de que me iban a casar.

Me senté en la cama, junto a ella mientras intentaba incorporarse. Sin embargo, sus manos atadas le impedían conseguir cualquier posición erguida, y yo no tenía intención de ayudarla. Podría intentar escapar de nuevo.

—Siempre he sabido que me concertarían un matrimonio algún día.

La observé, intrigado por su tono y su elección de palabras. —¿Por qué lo dices así?

Se lamió los labios, pareciendo molesta por tener que hablar de ello. —Yo... Mi padre siempre me ha criticado. Me ha dicho muchas veces que le costaría encontrar un hombre que me quisiera como esposa. Insinuó que ofrecerme a un hombre sería un insulto.

Ah. Sus comentarios de ayer empezaban a tener sentido. Sergei Kastava había llenado la cabeza de su hija con mentiras y basura, pero no me engañaba. Mila conocía su valía. Apreciaba su cuerpo y se había cuidado de trabajar con lo que tenía. Lo vi en esa oficina, cuando llevaba esa ropa de gatita sexy hecha a medida para adaptarse a sus deliciosas curvas.

—¿Por qué importa tanto este matrimonio?

Frunció el ceño, mirándome como si *yo* fuera quien tuviera la respuesta. Pavel predicaba que el matrimonio de Andrey y Mila unificaría nuestras bratvas. Que con ellos unidos como pareja, las familias ya no podrían ser enemigas. Estaba convencido de que tenía que haber algo más en juego.

—No... no sé a qué te refieres. —Se encogió de hombros de nuevo, y me distrajo un mechón suelto y ondulado de su pelo que caía sobre su hombro desnudo.

—¿Qué ganarían los Kastavas con tu matrimonio con Andrey?

Sonrió con picardía, dejando que una lenta y traviesa sonrisa curvara sus labios. —Bueno, no me casé con él, ¿verdad?

Me quedé impasible, sin humor para unirme a su sarcasmo.

Negando ligeramente con la cabeza, intentó ponerse más cómoda con las manos atadas. —No estoy segura de lo que preguntas. Y no sé cómo responder a eso. Supuse que casarme con Andrey sería solamente una forma de alinear nuestras familias y unirnos a todos. Pero... —Suspiró, frunciendo el ceño una vez más.

—¿Pero qué?

Abrió y cerró la boca, luchando por saber qué decir mientras parecía buscar las palabras. —Pero mi padre nunca ha sido del tipo que...

¿Qué estás ocultando? Suéltalo.

—Juega en equipo. Ni siquiera está tan dedicado a mantener unida a *nuestra* familia. Corta por lo sano fácilmente, y realmente no puedo entender por qué querría aliarse con otra bratva. Especialmente una más grande que ha existido mucho más tiempo que la nuestra.

La observé, estudiándola detenidamente en busca de algún indicio. Esa extraña sensación había vuelto. Mi instinto me advertía que no estaba siendo completamente sincera, y detestaba lo inquieto que eso me hacía sentir. Sería estúpido pensar que *quería* confiar en ella. No podía. Nunca lo haría, y era una señal de mi propia debilidad que quisiera su confianza.

—¿Qué más?

Se encogió de hombros. —Nada. Eso es todo lo que se me ocurre.

—¿Qué estás ocultando?

Puso los ojos en blanco. —Nada.

A pesar de su insistencia, no podía quitarme esa molesta sospecha, igual que cuando la vi en esa oficina de envíos. No era ninguna tonta.

—Estoy segura de que no es diferente en la Bratva Valkov —resopló, apartando la mirada por un momento—. Las mujeres de la bratva deben complacer a sus hombres. No nos incluyen en cosas importantes, como tomar decisiones o contribuir a los planes. No sé nada.

—¿Aunque seas su hija?

Su cabello se desprendió de lo último de ese moño trenzado con su asentimiento. —No confiaba en mí.

Yo tampoco lo haré.

—Confió en ti para dirigir esa oficina donde te conocí.

—Apenas. Es solo una fachada, una empresa para que parezca legítima.

—¿Y aún quieres afirmar que ignoras por qué se esperaba que te casaras con Andrey?

Asintió.

—¿Y quieres insistir en que no sabes nada sobre ese gran cargamento que está por llegar? ¿El intercambio que supuestamente marca el comienzo de los Valkov y los Kastava como aliados?

Esta vez, no fue tan rápida en asentir.

La vi tragar saliva y desviar la mirada por un instante. —No. No sé nada, Alek. Nunca confiaron en mí.

No te creo. Me negaba a pensar que estaba siendo completamente sincera, pero no se lo reprocharía. Ya sabía que era enérgica y

fuerte. Todo eso significaba que necesitaría intentar otra forma de sacarle la verdad.

—Nunca confiaron en ti, ¿eh? —Me giré, alcanzando sus muñecas donde aún estaban atadas—. Supongo que no soy diferente.

Me fulminó con la mirada mientras deslizaba mis dedos por su brazo, provocando su piel con un toque delicado.

—No. Todos vosotros, los hombres, sois exactamente iguales.

Mantuve mi mano sobre ella, bajándola por su hombro y moviéndola hacia su pecho. Su respiración aumentó de ritmo, y sus ojos perdieron parte de ese descaro. Algo parecido al deseo los iluminaba ahora.

—¿Quieres compararme con tu novio? —la provoqué.

Separó los labios para responder, pero nunca habló. En su lugar, un dulce jadeo escapó de su boca cuando tiré de su vestido hacia abajo y dejé al descubierto sus pechos. La generosa curva de su seno se derramó, y fijé mi mirada en su pezón. —Joder. —Era exquisita. Tan suave, tan curvilínea. Toda madura y mía para tomarla.

—Alek —lo dijo en una exhalación entrecortada mientras acariciaba su globo, provocándola con un fuerte apretón.

Me incliné para besarla al mismo tiempo que tiraba de su vestido nuevamente. Mientras su otro pecho quedaba expuesto, cerré mi boca sobre la suya y le robé un beso profundo y áspero.

—Casarte con un hombre como Andrey no es lo que habrías querido —le advertí contra sus labios hinchados por los besos.

Ella parpadeó, jadeando y alerta por la lujuria. —Tú... —Sacudió ligeramente la cabeza—. No puedes ni imaginar lo que quiero.

—¿No? —La besé de nuevo, emocionado cuando gruñó en mi boca y succionó mi lengua. Pero no me detuve. Manteniendo una mano en

su pecho, dejé su boca y le prodigué besos a lo largo del cuello, decidido a demostrar que se equivocaba.

—Necesitas un hombre fuerte —le succioné el cuello mientras rodaba su pezón entre mi dedo índice y pulgar.

Ella soltó una única risa burlona. —¿Quieres decir uno que no se esconda detrás de mí durante un tiroteo?

Continué bajando, besando a lo largo de su clavícula, dirigiéndome hacia sus pechos. Al primer contacto de mis labios en sus dulces globos, gritó y se arqueó hacia mí. Lamí y chupé, luego succioné y mordisqueé. Entre sus pechos, presté igual atención con mi mano, boca y lengua. Solo cuando estaba jadeando y retorciéndose, empujando su pecho hacia mí, me detuve.

—Necesitas un hombre que pueda manejarte y apreciar tu fuego.

Ella parpadeó, pareciendo perdida en una mezcla de sorpresa y deseo. Quizás no estaba acostumbrada a los cumplidos, y debería tomarlo como uno. Cuando me incorporé, hizo un puchero hasta que se contuvo. —Yo... —Miró sus pechos desnudos, luego mi boca—. Yo...

—Quieres un hombre que pueda darte lo que necesitas. —Sabía que no duraría. Era demasiado impaciente. La tenía justo donde quería, cachonda y al borde de querer más.

—Yo... —Gruñó mientras yo miraba fijamente los picos húmedos de sus pezones—. Desde luego no te quiero a ti.

—Apuesto a que puedo demostrarte que te equivocas. —Volví a sus pechos, chupando y mordiendo con más fuerza. Una vez más, maullaba y gritaba, tan fuerte y ansiosa por contradecirse. Mientras empujaba sus pechos hacia mi boca, le subí el vestido de un tirón.

—¿Qué estás ocultando? —exigí nuevamente.

—¿Qu...? —Intentó sentarse mientras me alejaba de sus pechos—. ¿Qué?

—Sé que estás ocultando algo.

—Yo... no.

Tiré más fuerte de su vestido, molesto con las capas ondulantes que me impedían ver su cara mientras bajaba la mía hacia su dulce coño. Mentirosa. Podía decirme que no me deseaba, pero su cuerpo la traicionaba. Vi la verdad en sus pliegues brillantes. Estaba goteando, empapada con su crema para mí. Sin llevar mis labios a su suculenta carne, me mantuve cerca para que pudiera sentir las ráfagas de aire de mis exhalaciones. Lenta y constantemente, bombee mis dedos en su caliente humedad.

Tan estrecha. Tan mojada. Era la perfección, y con un júbilo carnal, supe que sería el primero en probarla.

—¿Qué estás ocultando?

Ella dejó caer su cabeza hacia atrás, gimiendo. —¡Nada!

—¿De verdad? —Añadí otro dedo y bombeé más rápido.

—¡Sí!

Me detuve, ganándome su gruñido de protesta. —¿Quieres que continúe?

—Yo... —Levantó la cabeza para fulminarme con la mirada.

Sonreí, sabiendo que no lo diría. Me odiaba demasiado, y sabía que detestaba cómo le estaba demostrando que se equivocaba. No solo me deseaba. Me necesitaba.

—Dime qué estás ocultando. —Saqué mis dedos para poder mantener sus pliegues bien abiertos. Un rápido empujón en su muslo hizo que sus piernas se abrieran más, y presioné mi lengua contra su piel cubierta de crema.

—Oh, joder. Oh, mi... Oh, joder.

Dejó caer su otra pierna hacia el lado opuesto, y arrastré mi lengua por su carne sensible. Desde su entrada hasta su clítoris, la acaricié y saboreé su dulce acidez.

—Dime qué estás ocultando y seguiré —le expliqué antes de ir más rápido. No dejé ningún punto sin tocar. Pasé mi lengua a lo largo de sus pliegues, la hundí en su entrada, y rodeé su pequeño clítoris duro. Una vez que pareció estar cerca, empujando sus caderas hacia mi cara y haciendo los gemidos más sexys, me detuve.

Gritó, encogiéndose ante mí mientras levantaba la cabeza y la miraba. El aire enfriaba la crema que se adhería a mi barbilla, pero dejé que la viera, demostrando lo excitada que estaba. Si no me equivocaba, esta era probablemente su primera vez con esto, y podía prolongarlo toda la puta noche.

—¡No!

—Dime qué estás ocultando.

—¡No estoy ocultando nada! ¡Nadie confió nunca en mí con ninguna información!

Devolví mis dedos a su coño, deslizando dos para pistonearse duro y rápido. En otro momento, estaba al borde de correrse de nuevo. —No te creo.

—Yo... ¡Oh! No sé nada.

De nuevo, me detuve. Esta interrupción constante me estaba carcomiendo. Cada vez que me daba esos sonidos tan sexys y cada vez que sentía sus piernas temblando con su orgasmo pendiente, mi polla se ponía más y más dura. La estaba torturando al retener sus orgasmos, pero también me estaba excitando más a mí.

—¡Alek!

—¿Quieres correrte?

—¡Y-Sí! —Agarró sus ataduras y empujó su coño hacia mí.

—Entonces dime la verdad.

—Lo hice. Lo haré.

Entrecerré los ojos. Eso sonaba como una puta contradicción. ¿Podía jurar que *había* dicho la verdad al mismo tiempo que aceptaba hacerlo todavía?

—Lo que me preguntes —logró decir entre respiraciones fuertes—, te diré la verdad. Por favor.

Sus sollozos me excitaron hasta el punto de no retorno, y sentí que habíamos llegado a un entendimiento suficiente. Además, yo mismo no podía durar mucho más. Con su dulce aroma flotando pesadamente en el aire, su crema en mi lengua, necesitaba follarla antes de disparar mi semen en mis pantalones.

—No te eches atrás en eso, Mila. ¿Me oyes?

Me bajé la cremallera de los pantalones, necesitando acariciarme la polla para aliviar la presión mientras volvía a bajar mi boca a su coño.

—Sí. Te oigo... ¡Oh! —Se sacudió ante mi succión en su clítoris. Cuando cambié, frotando su duro botón y devorando su coño, ella gritó un cántico incoherente. Apuesto a que la mataba tener que suplicarlo, pero no me importaba. Tan pronto como la hiciera correrse después de ese tira y afloja para evitar que llegara allí, iba a llenar este estrecho coño con mi polla. Me acaricié la verga mientras la devoraba, y en el momento en que se corrió, salpicando ligeramente mi lengua, gemí junto con ella.

—¡Alek! —gritó. Gritó mi jodido nombre, tal como sabía que haría, y no me detuve. Perseguí su clímax, lamiendo más fuerte y más rápido, sorbiendo sus fluidos mientras el orgasmo la dejaba temblando.

—Necesito, por favor, quiero... —Era un desastre de frases inconexas, incapaz de formar una oración completa mientras me

incorporaba y bombeaba mi mano sobre mi polla—. Quiero... —Fijó su mirada en mi miembro, y me arrodillé más cerca, a punto de quitarle la virginidad.

—¿Quieres esto? —Sostuve mi polla en alto, triunfante por haberle demostrado que estaba equivocada. A la mierda esa tontería de que no me deseaba. Estaba desenfrenada por mí.

Antes de que pudiera alinear mi miembro con su dulce coño, un fuerte estruendo resonó en la habitación.

Ella gritó cuando la ventana estalló, y me lancé para protegerla.

MILA

Mi corazón saltó a mi garganta, latiendo con fuerza mientras luchaba por contener otro grito. El miedo me envolvía. Todo rastro de aquel éxtasis de mi orgasmo había desaparecido. Ya no estaba excitada, ansiosa e impaciente por que Alek me llenara con su largo y duro miembro.

Pánico y absoluto terror. Estaba atrapada en un mundo de miedo, inmovilizada y atada a la cama sin forma de correr, esconderme o protegerme mientras el soldado rodaba por el suelo tras irrumpir en el apartamento. No había prestado mucha atención a la única ventana del lugar. Estaba tan bien cubierta con cortinas que se confundía con los detalles insulsos.

Pero uno de los hombres de mi padre la había alcanzado. Había entrado a la fuerza y, ahora que se detenía bruscamente, nos apuntaba con un arma.

Alek se colocó sobre mí como un escudo, y yo quería hundirme en el colchón debajo de él. Incluso si no hubiera intentado señalar las diferencias entre él y todos los demás hombres, presencié esta diferencia crucial en vivo.

Andrey me había usado como escudo. Pero Alek cubría mi cuerpo con el suyo para proteger*me*.

En el mismo ágil movimiento que hizo para cubrirme, estiró el brazo y sacó su pistola de la funda en su espalda. Ni siquiera había llegado a quitarse la ropa antes de follarme, y ahora me alegraba por ello.

Se inclinó, con su fuerte brazo firme y tenso mientras apuntaba con su arma.

Todo sucedió tan rápidamente que parecía un borrón macabro, pero reconocí al soldado. Yusef, uno de los hombres más antiguos y de confianza de mi padre. Se levantó apoyando una rodilla, dejándola entre los fragmentos de cristal, para apuntar su arma directamente hacia mí.

Cerré los ojos con fuerza y volví la cara hacia el hombro de Alek mientras Yusef apretaba el gatillo. Disparó más rápido. Sentí el retroceso del arma de Alek con su cuerpo aplastado sobre el mío, y contuve la respiración.

Se disparó otro tiro, pero seguía viva. Ningún dolor abrasador me alcanzó, y Alek tampoco gruñó de dolor.

—¡Hijo de puta! —rugió Yusef, atrayendo mi atención hacia él. Abrí los ojos y luché contra el impulso inmediato de vomitar al ver su antebrazo convertido en una masa sanguinolenta y mutilada. Alek había apuntado con precisión a su mano armada y no había fallado. La pistola de Yusef cayó al suelo, rompiendo otro trozo de cristal.

Alek no habló mientras se apartaba de mí y se dirigía hacia el intruso. Me incorporé y moví las piernas, intentando que mi vestido cayera sobre mi sexo desnudo, pero no podía cubrir mis pechos sin que Alek me tapara. El pudor estaba sobrevalorado en este momento, de todos modos. Dudaba que a Yusef le importara mientras Alek disparaba dos veces más, acertando en sus rodillas.

Yusef se desplomó hacia delante, justo sobre el cristal, y me tensé con cada grito feroz y gemido que salía de sus labios. Amenazas y maldiciones, conjuros y condenas. Lanzó todas las obscenidades que pudo contra Alek, pero él parecía no escuchar mientras volvía a

meterse el miembro en los pantalones y se subía la cremallera. Manteniendo su arma preparada, se acercó a Yusef y luego pasó junto a él. Mientras cruzaba la habitación, respiraba con dificultad, y su ancha espalda subía y bajaba con sus rápidas inhalaciones. Era otro testimonio de su fuerza y forma física. Primero, fue a la ventana y comprobó si venía alguien más. Luego cerró de golpe una cubierta protectora para sellar la entrada que Yusef había creado.

Lo observé, tensa y tan agitada por este repentino shock que no sabía dónde más mirar. Ver a ese hombre alto y fuerte me tranquilizaba de alguna manera, y temía apartar los ojos de él. Por mucho que lo intentara, no podía ignorar los gritos y gemidos de Yusef. Permanecía en el suelo, cortado entre los trozos de cristal y los disparos precisos de Alek.

Alek se paró frente a él, apuntando con su arma al hombre sangrante. Antes de dirigirse a él, me miró. —¿Estás bien?

¿Bien? Joder, no, no estaba *bien*. Acababa de pasar del subidón de casi perder mi virginidad con mi enemigo a gritar por el miedo a perder la vida. Aun así, asentí temblorosamente e intenté calmar mi respiración.

Estoy bien. Porque me has protegido.

Asintió en respuesta, cogiendo una toalla del respaldo de una silla y lanzándomela. La habitación no era tan grande, así que no me sorprendió que la lanzara con precisión, cubriendo mis pechos desnudos.

—¿Qué coño haces aquí? —Alek pateó a Yusef, obligándole a darse la vuelta.

Yusef se giró sobre su espalda y le miró con desprecio. —No pienso decirte nada.

Alek bajó su arma y disparó al otro brazo de Yusef. —Habla.

Yusef gruñó, y luego le maldijo de nuevo hasta que Alek apuntó su arma hacia su polla.

—Te mantendré vivo mientras te necesite. Ahora habla de una puta vez.

Me humedecí los labios, asustada pero no aterrorizada por la violencia. Me había criado con este tipo de estilo de vida. Mi padre nunca me había expuesto directamente a este tipo de asesinato y tortura, pero siempre existió en la periferia de mi mente.

—Es uno de los hombres de mi padre.

Alek me miró.

—Yusef —añadí.

—Cierra la puta boca, zorra —gritó Yusef—. Eres una mujer muerta.

Alek pisó la entrepierna de Yusef. —Habla. Ahora. No la mires. Solo dime qué coño haces aquí.

—Me enviaron a matarla.

Parpadée, sorprendida de que el hombre estuviera hablando con tanta facilidad. O quizás le resultaba difícil. Hizo una mueca y jadeó de dolor mientras Alek mantenía su bota sobre su entrepierna y el arma apuntando a su cabeza.

—¿Quién ordenó el ataque? —exigió Alek.

—Su padre.

Me quedé inmóvil, paralizada ante la respuesta de Yusef. ¿Mi padre? ¿Quería verme muerta? Sabía que nunca se preocupó por mí, pero ¿desearme *muerta*? Intenté asimilar esta revelación sin dejar que las emociones nublaran mi mente.

—Si no puede cumplir su propósito como novia virginal para el líder de los Valkov, mejor que esté jodidamente muerta. —Yusef se volvió para mirarme con puro odio en sus ojos oscuros.

—Sergei quería que su hija se casara con el jefe de la familia Valkov.

—Eso sería Pavel —argumentó Alek.

Yusef siseó cuando Alek presionó su pie con más fuerza. —Andrey. Quería que ella se casara con Andrey para que le diera un hijo varón. O que lo siguiera intentando hasta conseguir un hijo. Entonces Sergei pondría un precio a sus cabezas, marido y mujer. —Giró la cabeza en el suelo, mirándome con desprecio en la cama—. Su coño virgen es lo único que importa. Que engendrara un hijo Valkov sería el final y completaría el golpe. El poder sería transferido. —Gruñó, intentando inútilmente alcanzar su arma con su brazo destrozado—. Pero parece que ya la has tomado.

No, aún no. Pero casi. Me negué rotundamente a dejar que sus palabras penetraran en mi cerebro. Mi padre queriendo dar un golpe. Su disposición a matarme para conseguir lo que quería.

Alex no habló, mirando fijamente a Yusef. No podía apartar la mirada mientras él permanecía quieto y pensativo, inquietantemente tranquilo y sin alarmarse. Se movía como ese depredador otra vez, siempre a cargo y seguro de sus movimientos y de cómo mantenía su cuerpo frente al peligro. Yusef ya no representaba un peligro. No podía agarrar su arma, ni mucho menos apuntarla. Sus rodillas estaban destrozadas, y no iba a poder correr. Con la cantidad copiosa de sangre que manaba de su cuerpo, estaba prácticamente muerto.

—Y no puedes culparlo por desearlo. Toda la gloria, el poder. El nombre Valkov fue una vez tan temido y reverenciado —provocó Yusef—. Al menos cuando tu padre estaba vivo. —Se rio, pero la diversión parecía forzada y maliciosa, como si quisiera una última oportunidad para herir a Alek de cualquier manera posible—. Él se encargó de eso.

—¿Qué sabes tú de mi padre? —exigió, pateándole en los testículos —. ¿Quién se encargó de qué? —Agachándose en cuclillas, levantó a Yusef agarrándole de la camisa.

—Tu padre —dijo el hombre, sonriendo con un tono delirante—. Yo estaba allí.

—¿Dónde estabas?

—En la... tienda. Cuando Pavel disparó...

Alek lo sacudió. —¿Cuando Pavel disparó qué? ¿A quién?

Yusef respiraba cada vez más superficialmente, y su cabeza se inclinó hacia un lado. —A tu padre.

Alek lo soltó como si sus dedos ardieran. Yusef se desplomó, estrellándose contra el suelo cubierto de cristales. Aun así, habló en su lecho de muerte, confesando: —Pavel mató a tu padre, muchacho. Porque lo quería todo.

Unas cuantas respiraciones más trabajosas salieron de la boca de Yusef y, con un sollozo desgarrador, exhaló por última vez. La sangre manchaba la alfombra mientras la vida se le escapaba con un pulso constante.

Nunca había presenciado la muerte de alguien. Sabía que ocurría cada día en nuestro mundo. La violencia era una forma de vida para la bratva, pero hasta este momento, había estado protegida. Nunca me habían pedido que manejara nada que pudiera conducir a tal horror y muerte. La amenaza siempre estaba ahí. Cada día y noche, el peligro de perder vidas acechaba tan cerca de todos y cada uno de nosotros.

Hasta este momento, con Yusef desangrándose en la alfombra de Alek, nunca lo había presenciado de primera mano. No me quedé mirándolo. No me permití la oportunidad de captar un solo detalle del cuerpo sin vida del soldado. En cambio, fijé mi concentración en Alek mientras él miraba al hombre. Mientras mirara a este enemigo protector, este hombre que me había protegido de ser asesinada, podía respirar. Podía verlo y saber que mientras él se interpusiera entre yo y el resto del mundo, podría tener una oportunidad de salir de aquí con vida.

Después de un largo y tenso intervalo de silencio, levantó su rostro hacia mí. Enfundó su arma y me examinó, asintiendo para sí mismo. No sabía qué significaba ese asentimiento, pero le respondí de la misma manera. Si estaba buscando en mí un recordatorio visual de que no había sido asesinada, entonces, sí, lo reconocería.

Sin decir palabra, se puso a limpiar el desastre. No habría podido ayudar aunque hubiera querido. No sabía nada sobre cómo transportar un cadáver y manejar tanta sangre. Estaba atada a la cama, y no parecía un buen momento para repetir mi petición de que me desatara. No quería interferir en el proceso de deshacerse de Yusef, y no habría sido de mucha ayuda para arrastrarlo físicamente a ninguna parte.

En cambio, miré al techo fijamente, dejando que la actividad en el resto de la habitación se difuminara en un borrón en el rabillo de mi ojo.

Alek tardó minutos en sacar a Yusef del lugar. No sabía dónde se lo había llevado, pero debía tener experiencia en esto. Probablemente tenía un plan para este tipo de situaciones. Después de enrollar a Yusef en la alfombra, que debía tener plástico debajo porque no se había filtrado sangre al suelo de madera, se deshizo de él llevándolo por la puerta principal. Saber que Alek me había dejado sola durante esos pocos minutos era inquietante. Estaba atada, parcialmente desnuda y vulnerable. Si alguien más hubiera irrumpido, habría estado muerta.

Pero regresó poco después, lo que me llevó a suponer que había tirado a Yusef por una ventana del pasillo o algo así. No lo sabía, y no me importaba. Lo único que me reconfortaba era que Alek había vuelto, barriendo todos los cristales rotos y dejando el apartamento estudio en el mayor orden posible.

No habló en absoluto durante toda la tarde mientras se ocupaba del desastre. Casi pensé que llamaría a uno de sus hermanos para que se ocupara por él, pero Alek no era el tipo de hombre que dejaba a otros su trabajo sucio. Se ocupó de todo, en silencio y con eficiencia.

Una vez que terminó y también se duchó, comencé a salir del estado de shock en el que había caído. Mientras regresaba del baño, estirando los nudos de su cuello al acercarse a la cama, mi cabeza se llenó de todos los pensamientos y preguntas que había reprimido hasta ahora.

No quería darle vueltas al hecho de que mi padre deseaba verme muerta. Sabía que era un peón, pero me dolía profundamente saber que era *tan* prescindible.

—¿Qué ocurre ahora? —le pregunté a Alek mientras bebía de un vaso de agua de pie junto a la cama. Parecía tranquilo pero pensativo, y sentí que era arriesgado hablar.

Él me miró fijamente mientras tragaba.

—¿Qué quieres decir? —Dejó el vaso y se acercó. Cuando se sentó en la cama, contuve la respiración. Parecía tan tranquilo, tan seguro de cómo iba a desarrollarse esto, que me molestaba. Mantenerme en la ignorancia era como se suponía que debía transcurrir mi vida. Pero después de escuchar que mi propio padre había puesto precio a mi cabeza, sí, estaba ansiosa por que dijera *algo*.

—¿Qué va a pasar? —pregunté.

Arqueó una ceja. —¿Me estás pidiendo que prediga el jodido futuro?

—Con mi padre. —Me costó tragar por la ansiedad alojada en mi pecho ante la noticia de cómo debía ser eliminada—. Todo.

—Lo siguiente que ocurrirá es exactamente lo que predijo ese soldado.

¿Eh? Fruncí el ceño, sin entender nada. *¿Qué está diciendo?*

—Te casarás y dormirás con el jefe de la Bratva Valkov.

Me quedé boquiabierta, incapaz de respirar. —¿Qué? *¿Con... Pavel?*

—Y tus hijos representarán el poder de los Valkov, no de los Kastava —declaró.

No tenía sentido. ¿Por qué querría que se cumplieran los objetivos de mi padre? ¿Y cómo? Arrugué la nariz, mirándole y buscando en su rostro alguna pista sobre lo que quería decir. —¿Casándome con Andrey después de todo?

Entrecerró los ojos. —Te lo dije. Necesitas un hombre fuerte, Mila.

Vale, no es Andrey.

—¿Cómo? —Negué con la cabeza, deseando que algo encajara—. ¿Cómo voy a casarme con el jefe de tu Familia? ¿Con quién me casaría y...?

No estará sugiriendo... Intenté entender lo que estaba tramando.

Sus labios permanecieron rectos en una línea firme mientras me observaba. Luego, el inicio de una sonrisa arrogante cruzó su rostro. —Conmigo.

ALEK

Mila parpadeó una vez. Y luego otra. Sus hermosos ojos azules seguían nublados por la sospecha y la confusión mientras me miraba. Por un momento, me preocupó que hubiera recibido demasiados golpes en una sola noche. Escuchar que su padre la quería muerta tenía que doler. Si la noticia no la hería, al menos debería haberla alarmado.

Pero no parecía abrumada ni consumida por una avalancha de emociones intensas. Parecía... atascada en la incredulidad mientras me miraba boquiabierta.

—¿Tú? —preguntó, arqueando las cejas mientras se acomodaba en la cama.

No era la primera vez que me preguntaba si podría arriesgarme a desatarla. Quería hacerlo. Después de ver a Yusef irrumpir aquí y apuntarle con una pistola, me arrepentía de mantenerla confinada. En ese momento, había estado vulnerable y fijada en su sitio, un blanco fácil para cualquiera con un arma. Habría preferido dejar que se protegiera a sí misma, no que estuviera atrapada y expuesta, pero una voz persistente en el fondo de mi mente me decía que lo reconsiderara.

Mila era demasiado testaruda, demasiado luchadora para que yo *supiera* que no intentaría huir.

Yusef, o cualquier otro enemigo, no debería haber podido subir hasta aquí. Cuando deposité su cuerpo en el contenedor de basura, confié en el hecho de que él había arruinado la escalera de incendios que llevaba hacia mi piso. A menos que alguien descendiera en rappel hasta mi ventana desde la azotea, que era muy inaccesible con su severa pendiente, nadie más llegaría hasta aquí.

Casi me había preguntado cuándo podría suceder. Había tenido cuidado de que no me siguieran, pero las cosas pasan. Hay cámaras por todas partes. La gente habla. La puerta estaba reforzada contra cualquier intento de forzarla, pero esa ventana era el único punto débil.

Ya no más. Fruncí el ceño mirando a Mila mientras yacía en la cama, estupefacta por mis planes.

—Yo, Mila. Te casarás conmigo.

Ella soltó una risa sarcástica y puso los ojos en blanco.

—Sí, claro.

—¿Estás discutiendo conmigo?

—Oh, como si mi palabra contara en una discusión. —Negó con la cabeza, aferrada a esa cruda incredulidad—. Hay un par de pequeños problemas con tus grandes planes.

—¿Como cuáles?

—No eres el jefe de tu Familia. Hay otros dos por delante de ti.

No lo estarán por mucho tiempo.

La comprensión amaneció en su expresivo rostro, y volvió a abrir la boca. Me estaba encariñando con este fenómeno. Sorprenderla era gratificante, porque era prueba de que era lo suficientemente aguda e inteligente para formarse sus propias opiniones y mantenerse firme en ellas. No era ninguna mujer idiota. Era inteligente.

Más que eso, sin embargo, era demasiado fácil imaginar mi polla deslizándose en esa *O* abierta de sus carnosos labios. Los envolvería a mi alrededor y me tomaría profundamente. Podía asegurarlo.

—¿Vas a... tomar el control de tu Familia? ¿Vas a expulsar a tu tío y a tu primo por el poder? —Habló con cuidado, como si no confiara en decir esas palabras poderosas y condenatorias en voz alta.

Asentí. —Es el momento perfecto.

Entrecerró los ojos. —¿Y eso por qué?

—Ya has oído lo que dijo ese hombre. —Incliné la cabeza hacia el centro de la habitación, indicando donde había muerto Yusef—. Él estuvo allí cuando mi padre murió. Lo presenció.

Ella se esforzó por sentarse pero no pudo. Negando con la cabeza, luchó por protestar. —No. Alek. Cómo puedes... No. No puedes simplemente tomarte su palabra como cierta.

Me golpeé el pecho con el puño, justo sobre donde estaba mi corazón. —Puedo. Porque ya sabía que esa era la verdad. En el fondo, creo que siempre lo he sabido. Cada vez que miraba a mi maldito tío, sospechaba que estaba detrás de la muerte de mi padre. Lo sé.

—¿Estás seguro?

—Mis hermanos estarán de acuerdo. Siempre hemos cuestionado cómo le dispararon en la tienda durante una supuesta guerra territorial. Siempre me pregunté si lo habían tendido una trampa, y sabía que tenía que ser Pavel quien lo había organizado. Porque quería el poder.

Mientras estaba allí sentado mirándola, los recuerdos se filtraban por mi mente. Cuando era más joven, cuando mi padre hacía todo el trabajo pesado para Pavel, hubo demasiados episodios de desacuerdos. De Pavel no aceptando la influencia de mi padre. De mi padre preocupándose porque su hermano no sabía cómo manejar

su posición como Pakhan. No fue un simple incidente de odio que ocurrió de la noche a la mañana. Pavel siempre había despreciado a mi padre, hasta que lo eliminó.

—Vengaré a mi padre. Y al hacerlo, arreglaré mi Familia. Hemos sufrido demasiado tiempo bajo un liderazgo equivocado.

Ella se lamió los labios, absorta escuchando mis firmes declaraciones.

—Eliminaré a Pavel. Y a mi primo. Y contigo —dije mientras me acercaba más a ella—, veré que haya una generación más fuerte en el futuro, una que asegure nuestra influencia y el poder que tu padre quiere para sí mismo.

Las palabras de Yusef me habían herido profundamente cuando se burló de cómo el nombre de mi familia solía representar tanto prestigio y provocar tanto miedo. Bajo el gobierno de Pavel, nos desintegramos convirtiéndonos en el hazmerreír, descuidados y débiles. Tan pronto como cambiara las cosas con esta guerra, nos pondría de nuevo en el camino correcto hacia el éxito.

Ella reaccionó, negando ligeramente con la cabeza. —No. Alek, esa no puede ser la solución correcta para esto.

¿Tienes miedo? Lo dudaba, y su protesta me divirtió en su lugar.

—Esta no puede ser la decisión correcta. Tiene que haber otra manera.

—Esta es la única solución —repliqué.

—Pero... —Frunció el ceño—. ¿Por qué *yo*?

—Porque eres su hija. Intentó enviarte a nosotros como un peón, y le mostraré al mundo lo que sucede cuando alguien intenta cometer un error tan grave como ese.

Un largo suspiro salió de sus labios. —Pero no puedes querer realmente... No quieres usarme así.

—Sí quiero. —*Empezando ahora.* Que un soldado irrumpiera aquí era una forma terrible de arruinar el ambiente. Cuando Yusef interrumpió, estaba a dos segundos de reclamar la virginidad de Mila.

Ahora que él se había ido y yo tenía un plan sólido para el futuro con esta mujer sexy, nada podía detenerme.

—Pero es... No soy...

Me moví para cubrirla, pero después de besarla para callarla, me arrodillé y miré hasta saciarme.

Mi virgen. Mi mujer. Ella era ambas cosas si yo tenía algo que decir al respecto.

—Te deseo. —Aparté la toalla de sus pechos, dejándola caer al suelo. Sus ojos brillaron con lujuria cruda mientras agarraba el dobladillo de su vestido. La tela blanca se tensaba con su pecho agitado, y con un tirón fuerte hacia abajo, rasgué el corpiño del vestido en dos.

—¡Alek!

—No puedo esperar a sentir tu coño alrededor de mi polla.

—Pero...

Agarré puñados de sus faldas a continuación, continuando con la destrucción del vestido dañado y ensangrentado. Con cada desgarro y rasgadura silbando en el aire, la liberé de la maraña de capas con demasiada tela. Mientras continuaba, liberándola hasta que quedó allí desnuda y temblando bajo mi mirada, ella se retorció y se movió.

—No soy...

La besé de nuevo, silenciando sus preocupaciones. Cubrir su cuerpo desnudo era una tentación que me volvía loco. Yo seguía vestido, pero el contraste proporcionaba una emoción adicional.

Ella gimió contra mi boca, pero negó con la cabeza y separó los labios con una respiración entrecortada. —Alek, esto no está bien.

Me eché hacia atrás, preparado para demostrarle que estaba equivocada de nuevo. Podía decirme *no* todo lo que quisiera, pero yo sabía que era mentira. Me deseaba. Independientemente de las tumultuosas noticias que había escuchado desde que casi la tomé, y a pesar de la dura violencia y el impacto de la intrusión de Yusef, me desearía de nuevo.

Levantando sus piernas, me tomé mi tiempo para contemplar su belleza desnuda. Toda esa piel cremosa, inmaculada y suave sobre sus sensuales curvas. Sus pechos se balanceaban con cada movimiento mientras colocaba sus muslos sobre mis hombros. La levanté, con ambas manos en su jugoso trasero, y acerqué su sexo brillante hacia mi rostro mientras me acomodaba en la cama con ella.

Una probada no era suficiente. Estaba jodidamente seguro de que follarla una vez tampoco lo sería. Ella lo entendería. Se daría cuenta de lo mucho que yo quería hacer realidad mi versión del futuro.

Empezando por ella. Ahora mismo.

Recorrí su hendidura con la lengua, recogiendo cada gota de su dulce y picante néctar mientras lamía y succionaba. No podía ir muy lejos con las manos atadas, y mientras la miraba atada al cabecero, mi miembro se endureció más rápido. Saber que la poseía aquí, que la tenía atrapada e indefensa, hizo que una oscura astilla de pecado ardiera con más fuerza dentro de mí. No era un amante gentil. No tenía un corazón bondadoso. Mantenerla atada hacía todo esto mucho más caliente, y me di cuenta de que ella estaría de acuerdo.

Sujetando sus ataduras para ganar impulso, ella empujó su sexo hacia mi cara. Nunca había hecho esto antes. Solo conmigo. Pero ya estaba demostrando ser una rápida aprendiz al ir por lo que quería y mostrarme lo que la volvía loca. Succionar su clítoris la hizo correrse de nuevo, y mientras temblaba y se estremecía, con los muslos temblorosos sobre mis hombros, la dejé cabalgar las olas de su orgasmo mientras me desvestía.

Manteniendo mi pistola en la cama —por si acaso— me quité la ropa. No me había molestado en ponerme una camisa después de la ducha, así que quitarme los pantalones y los calzoncillos fue rápido para eliminar las barreras restantes entre nosotros.

Volví a gatear hacia ella mientras aún luchaba por recuperar el aliento. Sus piernas permanecían bien separadas conmigo entre ellas, pero se tensó e intentó cubrirse. Me observaba nerviosamente mientras acariciaba mi polla con la mano, demasiado impaciente. En sus ojos, vi una emoción traviesa. Lo deseaba. Miraba mi miembro con tanto deseo que no podía negarlo, pero debajo de todo, noté el miedo.

—Alek, espera.

No lo hice, alineando la punta húmeda de mi polla con su sexo mojado. Manteniendo sus piernas separadas con mi costado y una mano, empujé ligeramente para mostrarle que esto *iba a* suceder.

—Lo deseas —dije mientras me inclinaba para succionar sus pechos.

—Y-yo no sé si...

Agarré sus caderas, meciéndome ligeramente para introducir mi polla una fracción más profunda. Ella se tensó, conteniendo la respiración, y esperé a que se calmara.

Estaba tan asustadiza, pero no necesitaba preocuparse. No esta vez. Me gustaba duro y brusco, pero si tan solo pudiera confiar en mí...

—Vas a tomar mi polla como una buena chica, Mila.

Ella me miró fijamente, su rostro mostrando lo mucho que deseaba el placer que yo podía darle mientras que, simultáneamente, se sentía intimidada por cómo se sentiría. —Yo...

—Ahora mismo —juré mientras me introducía en su estrecho y húmedo calor de una larga y firme embestida.

Arqueó la espalda mientras la penetraba hasta el fondo. Sus pechos se balanceaban y sacudían con la reacción brusca, y no esperé para salir y repetir esa larga embestida.

Cada vez que la embestía, ella gritaba y arqueaba la espalda, pero no pasó mucho tiempo antes de que se aclimatara al dolor, al placer. Sujetaba las ataduras que mantenían sus manos por encima de su cabeza, y con ojos llenos de lujuria, me miraba directamente y lo aceptaba.

Como una jodida reina.

Mis dedos se hundieron en su carne mientras agarraba sus caderas. No la solté, usando este agarre para atraerla hacia mí y asegurarme de empujar dentro de ella completamente, más fuerte y más rápido, hasta que mis testículos golpeaban su trasero.

Al igual que antes, demostró ser una amante ruidosa, llorando, sollozando, suplicando y gimiendo. Me dejó escucharlo todo, y cada vez que se aceleraba con esos sonidos jadeantes y entrecortados, casi me corrí allí mismo.

—Vamos, Mila.

Apreté los dientes ante la pura perfección de su sexo succionándome. Luché por no correrme, aún no. Quería otro orgasmo de ella, y tensé todos mis músculos mientras resistía el impulso de derramar mi semen dentro de ella.

—Córrete, Mila. Ahora.

—No puedo —gimoteó, negando con la cabeza, tan delirante tan cerca del clímax.

Metí los dedos en mi boca para humedecerlos, luego los bajé hasta su clítoris y jugué con su duro botón. Con otra brutal embestida, ella se apretó alrededor de mi polla en un agarre dolorosamente perfecto. Sentí su sexo estremecerse mientras gritaba más fuerte que antes, y la seguí. Unas cuantas embestidas más me hicieron

gruñir y echar la cabeza hacia atrás. Gruñí, apretando su cadera con fuerza mientras ella me ordeñaba. Con una última sacudida mientras derramaba mi semen en su vientre, solté el aliento que había estado conteniendo durante mi orgasmo.

Ella se estremeció y se quedó lánguida, por fin saciada. Sus dedos soltaron las ataduras que había agarrado para impulsarse, y me incorporé antes de que su cuerpo se derritiera aún más.

Cuando mi miembro se deslizó fuera, cubierto de nuestros jugos y la leve mancha de su sangre virginal, ella siseó y se estremeció.

—Vuelvo enseguida —tambaleándome, me bajé de la cama, respirando con dificultad mientras ella yacía allí y temblaba. Desnuda y poseída.

Toda mía.

La recorrí con la mirada, victorioso al notar su sexy rubor cubriendo su rostro y pecho.

Toda. Jodidamente. Mía.

La había reclamado, y mientras me dirigía al baño y la dejaba bajar del subidón de haber tenido sexo por primera vez, sabía que mi plan no tenía ninguna posibilidad de fallar.

MILA

Mi sexo palpitaba mientras las últimas oleadas de mi orgasmo me recorrían. Cada vez que esas sensaciones fluctuantes pasaban por mi cuerpo, me estremecía y respiraba más profundo.

Fue... nada parecido a lo que había esperado. Tan bueno, pero demasiado rápido. Mientras él estaba en el baño, yo me quedé allí, con la mente en blanco. Mirar al techo era lo único que podía hacer para distraerme, pero estaba demasiado inquieta para desconectar realmente.

Mi cuerpo nunca se había sentido tan cargado y a la vez tan relajado. Esta calidez que lo consumía todo y esa calma absoluta no se parecían a nada que hubiera experimentado antes. Mejor que cualquier vez que me hubiera dado placer a mí misma. Incluso mejor que cuando me hizo llegar antes. La sensación después del sexo era embriagadora, y no podía evitar sentirme abrumada por la intensidad de lo que acababa de suceder. Aunque estaba lánguida, con las extremidades privadas de energía mientras me hundía en el colchón, mi mente estaba despierta y acelerada.

No podía creer que él acabara de...

Tomarme. No había esperado. No había *preguntado*. O supongo que sí lo hizo, pero fue un consentimiento dudoso que había tomado de mí, implícito por mi excitación. El cabrón me había excitado tanto y me había dejado lista para él, húmeda con mi propia esencia y

suplicando con gemidos y lloriqueos. Sí, quería que me follara, pero ahora que había terminado...

¿Qué he hecho?

Fruncí el ceño mientras miraba el techo agrietado.

¿Qué he hecho yo*?* Nada. No hice ni una maldita cosa. Él me había tomado. Me había atado y mantenido cautiva, pero no podía decir que fuera una violación. Aunque tenía mis dudas —evidenciadas por mi nerviosismo ante el acto— había acogido a su cuerpo dentro del mío. Me faltaba conocimiento sexual para tener confianza al perder mi virginidad después de veintidós años protegiéndola, pero mi ignorancia no equivalía a una falta de consentimiento, no realmente.

Yo no había hecho ni una maldita cosa. Él había sido quien lo hizo todo, pero en el fondo, no podía reprochárselo. Me había excitado, tanto con sus manos y su boca como con lo que dijo.

Me *deseaba*, y escucharle expresar ese deseo se sentía completamente diferente a lo que otros hombres me habían provocado. Sí, Alek me había tomado cuando yo no tenía forma real de rechazarlo, pero si hubiera sido Andrey, o Geoff, o cualquier otro hombre cachondo de nuestro mundo, habrían sido duros.

Alek regresó, e intenté apartar mis pensamientos lo mejor que pude. Se había puesto un pantalón de chándal pero no se había molestado con una camiseta.

—Aquí —dijo. Solo esa simple palabra, llena de su habitual dominancia mientras se arrodillaba en la cama y alcanzaba mis piernas.

—No. Espera. ¿Qué estás...?

Apretó los labios en una fina línea y me lanzó una mirada dura. Impaciente y frustrado, dos cosas que a menudo me mostraba, pero no me importaba. Agarró mis muslos y separó mis piernas, no con demasiada suavidad. Me tensé, sin saber qué tenía en mente hasta

que levantó la otra mano. En ella sostenía una toallita húmeda, y contuve la respiración cuando la acercó a mí. Con movimientos amplios, me limpió. Se marchó dos veces más para enjuagar el paño y continuar limpiándome. No había pasado por alto el tinte rojizo en la tela blanca de toalla, y fruncí el ceño ante la evidencia visual de la sangre de mi virginidad.

Mía. La sangre era mía, y nunca volvería a suceder. Había tomado algo que ningún otro hombre podría tener jamás, y eso me llenó de una profunda punzada de indignación. No solo lo había tomado como *él* quiso, sino que lo había hecho tan rápido.

No hablé. Mantuve todos mis pensamientos y opiniones encerrados mientras él continuaba limpiándome como si fuera la cosa más normal del mundo. Se concentraba, asegurándose de haber eliminado todo el pegajoso semen y las manchas de sangre. Y no hizo contacto visual ni una sola vez.

Me recordó a cómo yo había hecho esto mismo por Rosamund. Este... cuidado posterior. Yo era la única que ayudaba a esa mujer a limpiarse después de sus escenas brutalmente violentas con su marido, mi padre, y cualquier otro hombre que quisiera participar.

Que alguien me atendiera era una experiencia extraordinaria, y me resultaba difícil reconciliar cómo el hombre que me estaba limpiando tan tiernamente podía ser el mismo bruto que me había secuestrado.

No se detuvo ahí. Después de traer la manta para cubrirme y asegurarse de que estaba cómoda y ya no expuesta, me trajo una botella de agua y comida. De nuevo, estaba atendiendo a mis necesidades. Sin que tuviera que pedir o hablar sobre mis necesidades básicas, él las satisfacía.

No dejaría que se me subiera a la cabeza. No me estaba *mimando*, pero con su falta de conversación, sin decir nada en absoluto o incluso mirarme, se sentía extraño.

No podía saber si me estaba atendiendo después de esto por una responsabilidad fuera de lugar o culpa. O... no sabía qué. Alek cuidándome era lo último que habría esperado.

Cuando reclamó su lugar en la cama, sentado junto a mí pero sin tocarme, no daba la impresión de preocuparse. Parecía evitar el contacto, pero no se sentía como un frío distanciamiento.

Yo era... suya. Podía sentir ese cambio. Incluso si no había proclamado sus intenciones de tomarme antes de hacerlo, su cercanía hablaba de una naturaleza posesiva.

Estaba reclamada. Ya no era pura como una novia. Mi único valor, mi principal virtud, había sido robado y desechado por este hombre, y luché contra el impulso de arremeter contra él.

—¿Y ahora qué?

Se volvió para mirarme, con las cejas levantadas ante mi arrebato. El apartamento había estado tan silencioso y tranquilo durante tanto tiempo que mi voz alta resultó discordante.

—¿Y ahora qué? —repetí mientras el escozor de las lágrimas amenazaba en mis ojos. ¿Había pensado él en eso? ¿Había considerado lo que realmente acababa de hacer aquí? Ya no era virgen. Ya no tenía *ningún* valor ni mérito. Ninguno en absoluto. Estaba usada.

Toda mi vida, había conocido mi propósito. Servir a los hombres de la bratva. Era un peón. Una *cosa* utilizable y desechable, no una persona, y ahora que me había arrebatado mi valor, me sentía vacía e inútil. Descartada.

—Te lo dije —repitió mientras se tumbaba a mi lado, mirándome pero sin tocarme.

Luché contra mis ataduras, y las maldije una vez más. La vergüenza me invadió al recordar cómo las había usado para empujarme contra él y poder sentir el golpe profundo y completo de su polla dentro de

mí, pero ahora, mientras luchaba por asimilar el hecho de que ya no era virgen, aborrecía las restricciones de nuevo.

—Soy... ahora no soy *nada*. Solo estoy usada y...

—Eh. —Puso una mano en mi estómago, presionando mientras yo me retorcía y luchaba por liberarme—. Cálmate.

—¡No! —Le miré con furia, odiando que viera las lágrimas que escapaban de mis ojos—. *No* me calmaré.

—Es mejor así.

—¿Mejor? —respondí con descaro—. ¿*Mejor*? Ahora no sirvo absolutamente para nada.

Él negó con la cabeza, tranquilo pero irritado por mi arrebato. —Es mejor así.

—¿Qué? —solté, deseando poder golpear su cara arrogante—. ¿*Qué* es mejor así?

Sus ojos se volvieron duros de irritación, pero no me importaba. Tenía todo el derecho a reaccionar como me pareciera oportuno.

—Será mejor que cuides tu boca.

—No me digas...

Se acercó y me agarró la mandíbula. —Si no hubiera aparecido en la iglesia y detenido la boda, ahora serías *su* esposa.

Me quedé quieta, dejando que sus palabras penetraran en el caos de mi mente. Con claridad, entendí su punto, y las ramificaciones de lo que había evitado me helaron. En lugar de perder mi virginidad con Alek, lo habría hecho con mi marido. Andrey.

Alek era un hombre duro, pero ahora veía que también podía ser blando por dentro. No me había despreciado y dejado ensangrentada, fría y sedienta en la cama después de tomarme. Había vuelto e intentado hacerme lo más cómoda posible.

—¿Te das cuenta de eso?

Sorbí, sin querer ceder y asentir.

—Él habría sido quien te follara, no yo. ¿Verdad?

Bajé la mirada, pero él levantó mi cara para que tuviera que mantener el contacto visual.

—Te habría maltratado. Te habría pasado de mano en mano como un puto trofeo para compartir.

Mi sangre se convirtió en hielo. *Justo como el destino de Rosamund.* La idea de ser entregada a múltiples desconocidos en una orgía grupal... *Dios, no.* No pude evitar estremecerme rápidamente, repugnada por la posibilidad de semejante horror.

—Sabías esto. Sabías al entrar en esa boda que él te habría tomado como le hubiera parecido.

Le fruncí el ceño, deseando poder replicar que él había hecho lo mismo. A medida que el pensamiento cruzaba mi mente, me negué a creerlo. Alek *había* sido brusco, pero no cruel. No podía reprocharle eso y, de una manera enferma y estúpida, sabía que este hombre era el menor de dos males que podría haber aceptado como mi destino.

—No intentes decirme que estás indignada. Tú misma lo dijiste. Siempre has entendido tu propósito. Servir a los hombres de tu bratva. Estar en un matrimonio concertado.

—Lo sé. Pero...

—Pero nada. —Soltó mi mandíbula con un tirón firme, casi enfadado con mi actitud.

Mientras se recostaba en la cama, ya sin mirarme, observaba el techo. —Preguntas qué sigue, pero no puedo entender cómo puedes actuar tan despistada.

—¿Despistada?

—Sí, despistada. ¿Qué coño crees que va a pasar? —Giró la cabeza en la almohada para sonreírme con suficiencia—. No voy a devolverte a tu padre. Él te quiere muerta, ¿recuerdas? Ha puesto un puto precio a tu cabeza.

El crudo recordatorio hirió mi corazón. Era una verdad tan fea y oscura de escuchar, sin mejores noticias esta vez que cuando Yusef lo reveló.

—Si te hubieras casado con Andrey, te habría destrozado. Maltratado. Mutilado.

Tragué saliva con dificultad, sabiendo que no hablaba por hablar. Había oído las historias de horror.

—Te habría compartido y descartado como un juguete sexual.

Pero tú no lo has hecho. No había nadie más aquí para compartirme, pero dudaba que eso hubiera pasado por la mente de Alek. Me miraba con una intensidad tan posesiva. Había cubierto mis pechos cuando Yusef irrumpió. No me daba la impresión de que Alek compartiese, ni a sus mujeres, ni nada.

Al mismo tiempo, era demasiado cautelosa para asumir que sus acciones y actitud pudieran significar que le importaba. No dejaría que me engañara haciéndome pensar que me tenía en algún tipo de alta estima como para *preocuparse* tanto por mí.

—Por lo que a mí respecta, ahora eres mía, Mila.

Resoplé, negando con la cabeza. —Sí, como tu puta. —Una virgen usada. Dolía saber que seguiría siendo una *cosa*.

—No. —No me miró mientras discutía—. No. Me casaré contigo.

Había soltado esa afirmación ridícula antes de follarme, y en el calor del momento, había sido rápida en descartarla como simples palabras grandilocuentes.

Lo vi mirarme, directamente a los ojos. —Voy a casarme contigo, Mila.

Una oleada de shock me recorrió cuando la realización me golpeó. Realmente lo decía en serio. Tenía la intención de hacerme su novia, su esposa.

Verdaderamente planeaba hacerme su esposa. Del altar de mi arreglo para estar conectada con otro hombre a este apartamento cochambroso donde permanecía atada, mi estado civil había cambiado drásticamente.

¿Casarme con Alek? Lo miré fijamente, esperando que admitiera que era una locura.

No lo hizo. Me devolvió la mirada, frío, tranquilo y seguro de su plan.

Yo no compartía esa arrogante confianza. Todo en lo que podía pensar era en cómo pretendía involucrarme en esta guerra entre hombres.

Planeaba arrastrarme a través de todo esto justo a su lado.

ALEK

Ahora que había tenido a Mila una vez, la quería de nuevo. Estar tumbado aquí en la cama era una tortura. Estaba a mi alcance, justo aquí, a un brazo de distancia.

No me acerqué más. La distancia le ayudaría a asimilar lo que le había explicado. Vi lo mucho que le costaba entender, y no podía reprocharle su ingenuidad. Era tan joven, tan inexperta en este mundo. Su padre la había protegido toda su vida, y ahora que había escapado de esa existencia, seguro que sentía que todo su propósito se había hecho añicos.

Había puesto su vida patas arriba, pero me mantenía firme en mi razonamiento. Sería para mejor. Esta era la única solución que garantizaría mi éxito y su supervivencia.

Porque en estos pocos días que llevaba conociéndola, no quería contemplar la posibilidad de perderla. No tenía sentido lo rápida y profundamente que se había metido bajo mi piel. Pero así era.

No había planeado detener esa boda para quedármela. Solo había pasado al Plan B y la había secuestrado para que no pudiera casarse con Andrey. No porque la codiciara para mí. Ahora que la había tenido, ahora que me había dado cuenta de lo jodidamente perfecta que se sentía conmigo, no podía imaginar dejarla ir.

No la devolvería a su padre. No consideraría permitir que Andrey la tuviera ahora.

Era mía, y tenía la intención de quedármela.

Mientras yacía allí inmóvil y en silencio, cavilando sobre lo que había dicho, me sentía tranquilo. Podía tomarse su tiempo. Sin importar cómo eligiera ver estas circunstancias y sin importar cómo ajustara su perspectiva sobre los cambios que se le habían impuesto, yo no cambiaría de opinión.

Antes de su boda, ella había estado en mi mente. Me había costado dejar de pensar en ella, y eso solo por una simple interacción en aquella oficina de envíos.

Ahora que había estado aquí conmigo, discutiendo o restregándose contra mí para llegar al orgasmo más rápido, sabía que nunca podría sacarla de mi mente.

Mila tenía espíritu. Tenía fuego. Y sería una mujer ideal para ayudarme a llevar la Bratva Valkov de nuevo a la cima. No me engañaba pensando que lo sabía todo sobre ella, pero de lo poco que había presenciado hasta ahora, simplemente lo sabía. Era el tipo de mujer sin tonterías con la cantidad justa de carácter para no solo sobrevivir en nuestro mundo, sino también para contribuir a él. Sospechaba que era de naturaleza maternal, una mujer que querría nutrir y ayudar. Alguien inclinada a ayudar a reparar el caos dentro de mi familia. Las mujeres eran sumisas a los hombres de la bratva, pero también sabía que con la esposa adecuada a mi lado, ella podría ayudarme a hacer que la Bratva Valkov pareciera una *familia* de nuevo, no solo una operación mantenida unida con un liderazgo de mierda.

Como solían ser las cosas cuando yo era un niño y mi abuelo era el Pakhan. Cuando era demasiado pequeño para entender toda la violencia mientras mi abuela me ayudaba a crecer.

Que Mila se quedara conmigo —en matrimonio y en la vida— tenía que ser la solución a este lío. Si la enviaba a casa, estaría prácticamente muerta. Yusef no podía estar mintiendo cuando predijo que Sergei se aseguraría de la muerte de Mila. No podía soportar pensar que me la arrebatarían así. Una vez con ella no era ni de lejos suficiente, y ya estaba deseando disfrutar de su dulce y sexy cuerpo otra vez. Una y otra vez, me saciaría de ella.

La miré de reojo, preguntándome si eso era lo que peor le había sentado. Tenía que entender que ya no tenía una familia, ya no tenía un hogar con su padre. Él quería acabar con ella.

Pavel nunca había intentado matarme. Ambos nos habíamos visto con malicia y falta de respeto, pero nunca había llegado al punto de eliminarme como a una peste con la que ya no quería lidiar.

Quizás matarme ni siquiera habría importado. O era demasiado rencoroso para levantar la mano y matar al hijo de su hermano, otro al que *había* asesinado.

Después de mi acción en la boda, sin embargo, me había garantizado una diana en mi propia cabeza. Pavel iba a por mi sangre. Según mis hermanos, estaba furioso y rabioso por acabar conmigo. Si me pillara, me mataría en el acto. Pero eso era diferente. Me lo había buscado. Había provocado su furia al ir contra su voluntad.

Mila no había hecho nada para merecer la ira de su padre. Solo había servido y trabajado como se esperaba, llegando tan lejos en su deber como para presentarse a esa fatídica boda. Se aferraba a la suposición de que su coño virgen era lo único que le daba algún valor, pero ahora que lo tenía, ahora que la había reclamado, ese poder me pertenecía a mí.

Ella me pertenecía.

Finalmente, rompió el silencio con un gruñido de risa. —Estás loco.

No es la primera vez que me llaman así. Contuve una sonrisa maliciosa.

—No podemos casarnos, Alek —giró la cabeza sobre la almohada y me lanzó una mirada burlona.

—Lo haremos.

Ella agitó las manos, aún atadas sobre su cabeza. El énfasis de sus ataduras me divirtió. No le estaban cortando la circulación. Estaba lo más cómoda posible, pero sabía que no podía confiar en ellas para siempre.

—¿Cómo demonios podríamos casarnos si estoy escondida y atada como un animal en una jaula?

¿Como un animal en una jaula? Puse los ojos en blanco ante su dramatismo. —Conseguiré un sacerdote.

—¿Para que venga aquí? —se burló.

—No —desde que Yusef había entrado, debatía con la urgencia de cambiar de ubicación. Si nos encontró aquí, alguien más podría acercarse. Quedarse quietos sería una imprudencia.

—Lo haré legal. Con un sacerdote en otro lugar —mantuve su mirada mientras lo juraba—. Serás mi esposa en todos los sentidos, Mila.

Una vez más, ella se burló, aferrada a su obstinada incredulidad. —Sigo diciendo que estás loco. ¿Me secuestras de mi boda para poder planear la tuya conmigo?

Estudié su expresivo rostro, agradecido de que no fuera propensa a la histeria. Dudaba que muchas otras mujeres pudieran tener este grado de sensatez para discutir nuestra situación con tanta calma. Cuanto más lo consideraba, me daba cuenta de que probablemente era la mayor participación que había tenido hasta ahora en su propia boda. No me hacía ilusiones de que todo esto no estuviera jugando con su cabeza. Era una cautiva aquí, bajo mi dominio mientras yo

tomaba las decisiones. Aun así, no adoptaba una actitud de desesperanza como mi prisionera. Podía... colaborar conmigo.

—No te llevé de tu boda sabiendo que en su lugar acabarías siendo mi esposa.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pero ahora que las circunstancias se han desarrollado de esta manera, lo más sensato es casarnos.

—Según tú —replicó con descaro.

Asentí. —Sí. —Por supuesto, esto sucedería como yo lo considerara adecuado.

—Sigo diciendo que solo estás buscando problemas al casarte conmigo.

Casi sonreí, recordando cómo había dicho eso antes. Me había dicho que sabía que yo era un problema la primera vez que me vio, y yo sentía lo mismo sobre ella. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más me daba cuenta de que ofrecía un buen tipo de desafío en mi vida. No una amenaza o peligro.

—Estoy de acuerdo. Estoy agitando las cosas y dando la bienvenida al caos al casarme contigo. Pero hay que hacerlo. Esta guerra tiene que ocurrir para cambiar lo que ha sido el statu quo durante demasiado tiempo.

Ella suspiró y negó con la cabeza mientras la apoyaba en la almohada. —Sigues estando loco —repitió, resignada con algo parecido a diversión en su tono—. ¿Quieres casarte conmigo, alinearte conmigo como creas conveniente, pero no confías lo suficiente en mí como para desatarme?

Miré su herida, luego sus ataduras. —Todavía no.

Me lanzó una mirada penetrante mientras me levantaba rápidamente y cogía mi teléfono de la mesa. Hice todo lo posible por ignorar el

ardor de su mirada sobre mí mientras caminaba de un lado a otro, necesitando moverme mientras ponía en marcha los preparativos.

Primero, contactaría con mis hermanos y pediría su ayuda para hacer posible mi boda.

Si Yusef no hubiera irrumpido aquí para intentar matar a Mila, no estaba seguro de si habría saltado tan rápido a esta decisión de casarme con ella. Estaba siendo impulsivo. La idea me había venido de repente mientras me deshacía del cuerpo del soldado, pero no necesitaba más tiempo para analizarla. Casarme con ella era la mejor reacción lógica a la noticia del contrato puesto sobre ella por su padre. Y mantendría mi decisión.

Empecé con Nik, contando con que mostraría la menor cantidad de sorpresa ante mi actualización. Sin embargo, no contestó. En el tiempo que me llevó desplazarme por mis contactos para localizar a Ivan en su lugar, Nik me envió un mensaje.

Nikolai: *Ocupado en este momento. ¿Necesitas algo?*

Aleksei: *Prepárate para ser testigo en mi boda.*

Llamé a Ivan antes de responder a los muchos mensajes que Nik me disparó como respuesta.

Ivan tampoco respondió, pero no estaba preocupado. Tenían que esconderse. Tenían que investigar esa mierda en los muelles. Pavel había puesto dianas sobre ellos, y sabía que tendrían extremo cuidado y precaución para estar a salvo mientras hacían lo que les había ordenado.

Finalmente contacté con Maxim, y en su favor, no sonaba angustiado cuando respondió.

—Necesito que encuentres un sacerdote para oficiar mi matrimonio con Mila.

—¿Mila? —tosió sorprendido—. ¿*Tú* vas a casarte con ella?

—Es una larga historia de explicar. Te pondré al día más tarde con todos los detalles. Ahora mismo, es imperativo que nos casemos lo más rápido posible. —Miré cómo ella descansaba. Parecía que todos los altibajos finalmente la habían alcanzado y agotado.

—Tan legalmente como sea posible, también —añadí—. Encuentra un sacerdote. Págale para que venga a un lugar seguro. Una vez que lo tengas arreglado, necesito que tú y otro hermano seáis testigos de la ceremonia.

—Joder, Alek. —Se burló al otro lado de la línea, y apostaba a que se estaba pasando la mano por su espeso cabello, su gesto característico cuando estaba agitado—. Esto es... esto es una locura.

Sonreí con suficiencia. —¿Una locura? Sí, lo es, pero sé lo que estoy haciendo.

—¿Cuál es el objetivo de casarte con ella? Pensaba que estabas convencido de que aliarse con los Kastava nos arruinaría.

—No si la tomo como mi esposa y acabo con su Familia del mismo golpe.

—¿Cómo?

Caminé de un lado a otro, frotándome la nuca mientras todo el estrés y la lucha me alcanzaban en un sentido físico. Yo también estaba cansado, y una buena noche de descanso me dejaría con la mente despejada para tomar a Mila como mi esposa mañana.

—Porque quieren usarla para comenzar la próxima generación. Como Kastava, no como Valkov. Ahora ella es mía, y *yo* determinaré el futuro de sus... nuestros hijos. No Sergei puto Kastava.

Maxim maldijo, inmediatamente inquieto, como esperaba que estuviera. —¿Cómo sabes de sus planes? Estamos tratando de encontrar un ángulo sobre el envío y averiguar quién es este tercero con el acuerdo del muelle Colver, y parece que tú estás adoptando un enfoque diferente con todo esto.

—Lo explicaré más tarde. Un soldado se coló para intentar matarla.

—¿Quién puso precio a su cabeza? —exigió.

—Sergei Kastava.

Mientras él reaccionaba, maldiciendo y haciendo más preguntas que intenté responder lo mejor que pude, mi paciencia se agotaba. —¿Me ayudarás?

—Sí. Sí, Alek. Te ayudaré. Lo prepararé todo y te enviaré un mensaje cuando encuentre un lugar seguro —respondió.

—Bien. Gracias, hermano.

Después de colgar, me sentí eufórico y emocionado. Robar a Mila de su boda había causado mucho revuelo.

Pero me uní a ella en la cama sabiendo que casarme con ella por la mañana incitaría mucho más caos.

Todo lo que necesitábamos para demostrar a Sergei, Pavel y al resto del mundo que yo estaría al mando a partir de ahora.

MILA

Por segunda vez en un corto periodo de tiempo, me desperté sabiendo que me casaría hoy. Esta vez sería definitivo. Estaba segura de que *esta* boda realmente sucedería.

Me quedé tumbada en la cama, parpadeando para ahuyentar los últimos restos de sueño, y supe que en unas pocas horas, ya no sería solo yo misma. Se esperaría que sufriera otra crisis de identidad y cambiara quién era.

Ayer, Alek me quitó la virginidad. Eso ya era un cambio enorme al que acostumbrarse. Lo único que siempre me había definido y mantenido a salvo e intocable ya no importaba.

Sin embargo, una vez que intercambiara votos con él, ya no sería Mila Kastava, la hija de Sergei Kastava. Sería Mila *Valkov*, la esposa de Aleksei Valkov.

El título sonaba tan poderoso, tan definitivo e inmutable, y lo sería. Las mujeres se casaban de por vida en la bratva. El divorcio nunca era una opción, y los cónyuges permanecían unidos en nombre y propósito hasta la muerte.

Y la mía me llegará rápidamente si no hago esto.

Si escapara o regresara con mi padre, estaría muerta. Al haber sido frustrada mi boda con Andrey, ya no le servía para ningún propósito

útil.

Un profundo suspiro escapó de mis labios, pero no despertó a mi prometido. Alek seguía durmiendo, sin tocarme en la cama. Su pistola permanecía en su mano, y sentí curiosidad por saber si algo le había asustado para querer sujetarla. Anoche no la tenía.

Incluso si alguien se hubiera acercado demasiado a nuestro escondite, sabía que él me mantendría a salvo. Ahora yo era su objeto para atesorar y utilizar como ventaja. Aunque me dolía saber que importaba como una *cosa*, no como persona, me sentía más segura con él que con cualquier otro.

Sin embargo, no podía deshacerme de esta sensación de desconcierto. Yo, casándome con Alek. Parecía tan surrealista, pero al mismo tiempo, tan correcto. Como él había consumado la unión *antes* de cualquier plan para casarse conmigo, ya lo había hecho tan legítimo como era posible. Ya había cumplido con esa parte, y sería mentirosa si dijera que no lo había deseado.

En cierto sentido, deseaba lo que él sugería porque era algo que podía hacer por mí misma. Nunca se me concedió poder, y ceder a la lujuria por él se sentía como algo bajo mi control. Aun así, me desconcertaba mientras lo observaba de arriba abajo, emocionada por tener la libertad de simplemente estudiarlo sin tener que explicar mi interés.

Me desconcertaba cómo había llegado a esta posición, a este momento. Había pasado de estar en un matrimonio concertado a estar en uno robado. Y aún atada a la bratva. Me habían criado para saber que esta sería mi vida, pero nunca podría haber contado con estos giros.

El día anterior a mi boda con Andrey, mi estómago estaba tenso por los nervios y ardía de acidez sin comida que lo llenara. Esa potente ansiedad me había atrapado en un feo sentido de "nerviosismo", pero no era nada comparado con el nerviosismo que me invadía ahora.

Mientras observaba a Alek dormir, no podía evitar sentir aprensión por mi futuro. Viviría. Sobreviviría. Gracias a él. Me estaba prometiendo que mi padre no me mataría. Al mismo tiempo, me sentía inquieta sobre cómo manejaría ser una esposa. Su esposa. Ya me había mostrado un ejemplo de lo bueno que podría ser con su polla grande y dura estirándome con ese delicioso ardor de dolor. Me había sentido tan llena, pero tan bien mientras me empujaba a correrme una y otra vez.

Ese era el elemento más complicado de todo. El... poder de Alek. Este hombre jugaba con mi mente de una manera que nadie más había intentado, y me sentía inestable con él. Me hacía desearlo. Innegablemente lo hacía. Pero sabía que no debería.

Por el amor de Dios, *todavía* me mantenía atada. No esperaba ganarme su confianza, no en nada demasiado importante, pero ¿no podía esperar mantenerme atrapada y amarrada para siempre, verdad?

Por supuesto que no. Hasta que saliéramos de aquí para casarnos, yo era una mujer secuestrada. Era una novia robada de la iglesia. Con esa condición, estas tiras de tela en mis manos tenían sentido. Él quería impedir que me casara con Andrey, y lo había logrado.

Aunque no fuera debido o justificado, tenía fe en que me liberaría antes de que nos fuéramos. No había discutido contra su idea de casarnos. No le dije que no, a pesar de que debería haberlo hecho. No escucharía protestas de mis labios, y cuanto más rápido me convenciera a mí misma, a mi mente, de que esta era mi mejor opción para seguir adelante, más fácil sería adaptarme a unir mi vida con la suya.

Podía hacer mi parte. *¿Verdad?* Nunca me había dado una esperanza sincera de poder casarme por amor. Unirme a Alek era solo una obligación que cumplir, y bien podría sacarle el mejor partido posible. Quedarme con él era preferible a regresar con mi padre asesino, ya que él solo me veía como un objeto prescindible para desechar.

—¿Dudas de último momento?

Me sobresalté con la voz profunda de Alek. Era tan baja y ronca, llena de sueño, y mi cuerpo traicionero reaccionó a su mirada ardiente cuando miré su rostro. Había estado tan quieto que pensé que seguía durmiendo. Ahora, me preguntaba cuánto tiempo llevaba observándome mientras reflexionaba sobre mi situación.

Si admitiera mis nervios, no cambiaría nada. Quería mantenerme firme en mi decisión de sacar el mejor partido de esto. Podía hacerlo. Lo llevaría a cabo, maldita sea. —No. No tengo dudas.

—Hmm —se sentó, estirándose y mirando su teléfono.

Me había quedado dormida mientras él hablaba con uno de sus hermanos, y me di cuenta de que escuchar su voz era tan reconfortante que siempre podría tener ese efecto en mí. Un tono profundo y sonoro, que me arrullaba hasta relajarme. No había bajado tanto la guardia antes, y me preocupaba que pudiera tener tal poder sobre mí.

—Maxim me escribió anoche que todo está organizado.

Lo seguí con la mirada por el apartamento mientras se cambiaba y se ponía el traje con el que había llegado aquí. —¿Todo significando...?

—Ha encontrado un sacerdote y ha asegurado otro lugar secreto para nosotros —mantuvo su mirada fija en la mía mientras se ponía la camisa, ocultando su cuerpo esculpido y sexy.

—¿Y qué hay de un vestido? —respondí con descaro, casi riéndome. El imbécil había destrozado mi corpiño. Mis bragas habían quedado hechas trizas. Y mis faldas estaban... Estiré el cuello, mirando alrededor de la cama lo mejor que pude desde este ángulo. No tenía ni idea de dónde estaban los restos de mi vestido.

—Esto funcionará más o menos —Alek levantó las numerosas capas de mi vestido. Con unos cuantos tirones bruscos rasgó el tul y los

rellenos de encaje. Todo lo que quedaba era una saya simplificada—. Y encontraré una camisa.

Resoplé, divertida ante la idea de casarme sin ropa interior.

—¿Y qué hay de esto? —meneé las manos, dirigiendo su atención a mis manos que seguían atadas al cabecero—. No veo cómo planeas arrastrarme por la ciudad esposada así. A menos que quieras llamar la atención.

Caminó a zancadas hacia la cama, mirándome con una corriente subyacente de advertencia en sus ojos. Después de extraer una navaja de su bolsillo, cortó las tiras de tela blanca que había usado para atarme a la cama.

Mis brazos cayeron, y el material de mis ataduras se deslizó hacia abajo. Antes de que pudiera moverlos y flexionar mis músculos doloridos por la posición, Alek me agarró y pasó sus manos calientes y callosas por mi piel. Con un masaje amasador, me frotó los brazos y los bajó. Con el mismo movimiento, me guió para sentarme y balancear mis piernas fuera de la cama.

Gemí con su contacto, aliviada de tener mis brazos abajo de nuevo. La sangre circulaba tan rápido que casi me mareaba, y mientras me ayudaba a ponerme de pie, me estremecí por los hormigueos que recorrían mi piel.

Sostuvo una mano mientras desenvolvía las ataduras de la otra, luego cambió para aflojar las otras ligaduras. Ambas manos permanecieron en mis muñecas, frotando y acariciando donde el material se había clavado bastante en mi piel.

—Si sigues gimiendo así... —amenazó con voz oscura.

—Se siente tan bien.

—Podría hacerte sentir mejor —bromeó, agachándose para recogerme. Me tomó en sus brazos tan repentinamente que chillé de sorpresa. Había estado acostada tanto tiempo, levantándome solo

para ir al baño unas pocas veces, que sentía que todo me daba vueltas.

Me llevó al baño y me puso de pie. Mientras encendía la ducha y luego comprobaba la gasa que me había atado en el brazo, contuve una risa.

—Sí, puedes hacerme sentir mejor prometiendo no atarme así nunca más.

Sus labios se estrellaron contra los míos, reclamando mi boca en un beso duro y rápido. Me eché hacia atrás, sorprendida por su beso, pero me sujetó con su brazo alrededor de mi cintura.

—No —respondió, girándome para que mirara hacia la ducha. Mantuvo sus brazos a mi alrededor, una mano ahuecando mi pecho mientras su pulgar endurecía mi pezón hasta convertirlo en una punta rígida. Su otra mano se deslizó más abajo, sobre mi estómago, hasta que frotó su palma contra mi monte de Venus.

Respiré el vapor de la ducha. De cero a cien, me excitó hasta un deseo instantáneo y total. Apoyando mi cabeza en su pecho, suspiré y separé más las piernas, acostumbrándome ya a lo mucho que querría darle el acceso más fácil a donde me dolía por él.

—Puedo hacerte sentir mejor. Así —clavó su dedo entre mis pliegues y recogió mi esencia. Ya estaba empapada por él. Cuando movió sus caderas contra mi trasero, frotando su erección a lo largo de mi hendidura, comencé a respirar aún más rápido.

—Yo... Vale —me estremecí bajo su contacto, empujando contra su miembro atrapado en sus pantalones. Me besó a lo largo del cuello, chupando fuerte y dejando su marca, mientras me penetraba con los dedos tan expertamente que pronto estaba cabalgando su mano lo mejor que podía. Necesitaba su guía. Quería su ayuda, pero él tenía otras ideas todavía.

—Y si te portas bien, siempre me aseguraré de que te sientas bien —se bajó la cremallera de los pantalones y dejó que su miembro

saltara fuera. Mientras la larga y acerada longitud de su erección empujaba contra mi trasero, flexionó las rodillas para frotarla a lo largo de mi hendidura.

—Oh, joder —gimoteé, emitiendo sonidos crudos que no tenían sentido mientras reanudaba sus caricias con los dedos. No me estaba penetrando. Solo sus dígitos entraban y salían de mi calor húmedo. Pero la tentadora presión de su dureza me emocionaba. Lo quería. Lo quería a él, pero sobre todo, quería ser su buena chica y ser recompensada con su grueso miembro llenándome otra vez.

—Sí, *oh, joder* —se burló mientras me empujaba hacia adelante.

Tropecé un poco al entrar en la ducha. El agua caía sobre mi cabeza, pegando mi pelo a la cara mientras apoyaba la mano en la pared de azulejos de la cabina. Resoplé y entrecerré los ojos a través del agua. Él no se marchó, quedándose allí con su tentador miembro en posición de firmes.

—Me estoy cansando de eso.

Sonrió, mirándome bajo el agua mientras se agarraba a sí mismo y se acariciaba perezosamente.

—¿Cansada de qué?

—De que simplemente... pares —froté mis muslos juntos, necesitando algún tipo de fricción para aliviarme de la tensión de estar tan cerca de llegar al clímax.

—¿Retener tu orgasmo? —su sonrisa se ensanchó.

Bajé la mirada hacia su miembro, hipnotizada por cómo se lo jalaba constantemente.

—Si lo quieres —dijo con voz arrastrada—, si quieres que haga que tu coño se sienta bien... —gruñó y se acarició más rápido.

Verlo masturbarse así alteraba mi lógica. Todo lo que podía hacer era mirar y excitarme más. Respiré más rápido, deslizando mi mano

hacia mi sexo para jugar junto con él. En el segundo en que toqué mi clítoris, se soltó y apartó mi mano de un manotazo.

—No. *Yo* decido cuándo te corres.

Me quedé boquiabierta, tan caliente, molesta y furiosa porque me estuviera provocando. ¡No podía simplemente dejarme así!

Agarró una toallita doblada de un estante, sin molestarse en volver a meter su miembro en los pantalones.

—Y si quieres correrte, si quieres mi polla, no pensarás en huir.

Abrí y cerré la boca. Las palabras no me salían. Estaba atrapada, dividida entre querer saltar sobre él y tocar su miembro que se balanceaba provocándome tan abiertamente, y mandarlo a la mierda. No era algo con lo que simplemente jugar y atormentar. No era justo.

En su lugar, cerré los labios y le arranqué la toallita de la mano.

—¿Me has oído? —preguntó, todavía demasiado pagado de sí mismo y orgulloso de tenerme justo donde me quería.

Lo miré con furia, negándome a darle la satisfacción de un acuerdo.

Me tenía atrapada. Odiaba que mi cuerpo fuera tan rápido en traicionarme, pero mi lujuria no mentía.

Lo deseaba, de acuerdo, y contra mi buen juicio, quería su miembro de nuevo, maldita sea.

Mientras me limpiaba, gruñí para mis adentros e intenté no pensar en lo mucho mejor que se sentiría cuando me llenara de nuevo.

Porque cuando llegara ese momento, me poseería.

Sería su esposa. Para follar y llenar... como a él le gustara.

Pero que me condenen si le hago admitir cuánto lo deseo.

ALEK

Provocar a Mila en el baño causó más daño que beneficio. La tenía justo donde quería, pero también me había distraído con la lujuria.

Ella no iba a huir. No podía saberlo con cien por cien de seguridad, pero no era estúpida. Había escuchado a Yusef. Se daba cuenta de los riesgos reales que afrontaría si decidiera escaparse de mí. Le había demostrado que estaría mejor *conmigo*. La había protegido bajo fuego. Le había dado placer como nadie más lo había hecho nunca. No quería asumir que ella pensaría que me debía quedarse y no huir. Pero no había dudado en manipularla, en provocarla hasta estar tan cerca del orgasmo, solo para detenerla antes de que pudiera alcanzar su liberación.

Estúpido. Fue un gran error por mi parte porque yo también me había excitado. Frotar mi polla contra su trasero me había tentado demasiado, y mientras me acariciaba la erección, dejando que ella mirara y viera lo que me provocaba, me empujé demasiado lejos.

Habíamos salido del estudio y nos dirigimos hacia el lugar que Maxim había conseguido para nuestra improvisada boda. Y con cada paso que daba para acortar la distancia hasta esa dirección, luchaba contra los persistentes hilos del potente deseo.

Llevaba el conjunto descoordinado que había improvisado para ella, y caminando a mi lado, no podría haber estado más hermosa. Un

simple saco marrón le habría hecho justicia. Tenía ese tipo de belleza clásica y profunda, tan grácil que resultaría atractiva sin importar lo que vistiera.

Especialmente cuando no lleva nada. Apreté los dientes ante la visión de ella en la ducha, desnuda y tentadora con toda esa agua corriendo por su suave piel.

Estaba jugando con mi mente, y mientras intentaba ignorar el ardiente dolor del deseo, me preocupaba estar demasiado distraído para mantenerla a salvo en las calles. Ya la había mirado más de una decena de veces. Su mano permanecía firmemente en la mía, pero mi concentración estaba desviada. Cualquiera podría intentar sorprendernos aquí fuera. No necesitaba estar mirándola. Debía mantener una diligencia cuidadosa y examinar nuestro entorno, estar alerta y vigilar.

Bastante pronto, encontramos problemas en el camino. Iba armado. Estaba listo para pelear, pero con Mila junto a mí y sin refuerzos a la vista, no quería arriesgarme a que resultara herida en absoluto.

—Mira —un matón del Cártel Ortez dio un codazo a su compañero, y un grupo de cinco de ellos se volvió hacia nosotros mientras avanzábamos para pasar.

—¿Un Valkov? —se burló otro—. ¿Estás un poco perdido, tío?

Dos se acercaron con un destello de metal reflejando la luz. Habían abierto sus navajas al verme, y me puse delante de Mila mientras intentaban rodearnos.

Ella se mantuvo detrás de mí, cerca, hasta que habría sido peligroso permanecer cerca de mis brazos mientras contraatacaba. Eran novatos, demasiado nuevos en esta vida delictiva, y fácilmente los derroté. Tres huyeron y dos quedaron inconscientes en el suelo.

—¿Estás bien? —le pregunté a Mila una vez que resolví aquella interrupción. Mis instintos protectores se dispararon, pero al verla cerca y sin parecer muy alterada, me calmé más rápido.

Ella aceptó mi mano y comenzó a caminar por la acera conmigo. Salimos de allí más deprisa, y ella miró por encima del hombro solo una vez.

—Sí. Estoy bien.

Y lo estaba. Veía que lo estaba. No se había desmayado ni acobardado. Ningún grito salió de su boca para atraer más problemas. Era la segunda vez que se enfrentaba directamente a la violencia, y no había entrado en pánico. Además, recordé que no había actuado como una niña ni se había acobardado cuando me la follé con dureza. No estaba tan protegida que no pudiera soportar algo de la fealdad de la vida.

Quizás sea la mujer perfecta para mí, después de todo. Lidiar con una mujer más delicada que no pudiera manejar las altas apuestas de nuestro mundo sería un dolor de cabeza.

En primer lugar, casarme con ella era una jugada de poder necesaria. Ahora formaba parte de mi estrategia. Socavaría el intento de Sergei de estafar a mi bratva. Y comenzaría el proceso de derrocar a Pavel y Andrey tomándola para mí mismo.

Al mismo tiempo, no hacía daño considerar una unión mutuamente beneficiosa. Parecía demasiado temerario desear una vida feliz llena de amor con esta mujer, pero algo como un simple compromiso de compañerismo no dañaría nada. Había demostrado de sobra lo firme e inquebrantable que podía ser en los momentos más estresantes.

Sin más interrupciones ni incidentes, llegamos al lugar al que Maxim me había dirigido. No era un almacén, sino un edificio de oficinas prácticamente abandonado. Las oficinas estaban vacías y desnudas, mostrando signos de negligencia y deterioro. La alta estructura probablemente estaba en una lista de edificios condenados a ser demolidos, y era perfecta para un encuentro clandestino con un sacerdote para una boda apresurada. Nadie estaría aquí para detenernos.

Pero en el momento en que entramos en la habitación que me habían indicado, supe lo equivocado que estaba al esperar y suponer que tendríamos seguridad y privacidad aquí.

Abrimos la puerta y entramos en una escena de caos y sangre.

Mila jadeó. Su mano voló para cubrirse la boca, y sus ojos se abrieron de par en par por la conmoción. Apreté su mano con más fuerza mientras levantaba mi pistola nuevamente.

Solo un perpetrador estaba aquí, decidido a interponerse en mi camino.

El sacerdote yacía desplomado sobre el suelo de madera desnuda. La sangre se acumulaba alrededor de su pecho mientras su cuerpo se sacudía con respiraciones trabajosas y sibilantes. El hombre calvo estaba a un centímetro de la muerte, con los ojos entrecerrados hacia el techo mientras sus delgados labios temblaban. Hablaba, susurrando para sí mismo, sin duda en oraciones mientras temía que su fin estuviera cerca.

A su izquierda, Maxim, desplomado contra una silla, acababa de recibir un golpe de mi primo. La sangre se deslizaba desde la ceja de mi hermano menor, que se presionaba el costado con la mano y siseaba de dolor.

Le habían dado una paliza. Ya sabía que lo habían hecho, pero no había planeado entrar aquí y presenciar la repetición de un ataque en tiempo real.

Otro soldado Valkov permanecía inmóvil al otro lado de la habitación. Probablemente era el testigo adicional que le había pedido a mi hermano que buscara para validar aún más mi boda aquí.

En un bizarro giro del karma, Andrey había venido aquí para detener *mi* boda. Me mostró los dientes mientras se giraba para enfrentarnos cuando entramos en la habitación. Cuando la puerta se cerró tras nosotros, Mila se estremeció, acercándose más a mí.

Mi jodido primo. Estaba aquí, listo para intentar arruinar mis planes.

Me tensé. Todos mis músculos se bloquearon mientras me preparaba para luchar contra él. Sosteniendo la mano de Mila, la coloqué para que se situara detrás de mí, pero ella malinterpretó el gesto, escondiéndose prácticamente pegada a mi espalda. Sus dedos se aferraron a mi chaqueta, y detesté el ligero temblor en su agarre.

—Vosotros —escupió Andrey, furioso y con mirada salvaje mientras nos observaba a Mila y a mí—. Los dos. —Un largo gruñido salió de sus labios mientras cargaba hacia delante.

No necesitaba una explicación para deducir que debía haberse enterado de mi plan. Maxim no se lo habría contado. Todos mis hermanos sabían que era mejor no dejar que nadie descubriera lo que había intentado hacer aquí. Pero de los cuatro, Maxim era el menos experimentado en subterfugios. Era su único defecto, aunque perdonable. No podía contar con pasar completamente desapercibido con una guerra desatándose en las calles.

No tenía duda de que Andrey había matado al otro soldado que necesitaba como testigo. Tuvo que haber herido al sacerdote, y a Maxim también.

Y ahí era donde terminaría su ira. Lo exigía. Su interferencia se detendría ahora.

Me enfrenté a él de frente, mis puños golpeándolo mientras respiraba con jadeos fuertes y entrecortados e intentaba reducirme a pulpa. En un frenesí de acción, me mantuve sobre él, decidido a hacerle pagar de una vez por todas por interponerse en mi camino.

Me condenaría si intentaba arruinarme, pero era la pura rabia lo que lo impulsaba. Como una bestia, no como un hombre, se lanzó contra mí. Cada vez que yo tomaba ventaja con un golpe fuerte o un bloqueo, él contraatacaba contra todo pronóstico y casi cambiaba el rumbo de la pelea.

Una mirada a Mila fue mi perdición. La miré de reojo para comprobar que no estuviera en peligro mientras luchábamos, pero ese simple vistazo fue toda la oportunidad que él necesitó para tirarme al suelo.

Me deslicé hacia atrás, golpeando mi hombro contra el suelo con tanta fuerza que expulsó todo el aire de mis pulmones.

Para cuando conseguí frenar la caída, gruñendo de dolor, él ya se había girado y alcanzado su pistola. No había entendido por qué no la usó contra mí, pero me di cuenta demasiado tarde que quizás había preferido la furia del combate. Por primera vez, había querido mancharse las manos con mi sangre.

A cámara lenta, mi mundo se difuminó. Todos mis sentidos se sumieron en una mancha de pánico, y me sentí atrapado, paralizado en el sitio mientras lo veía girarse y apuntar su pistola hacia Mila.

Ella no había huido. Estaba allí, acercándose sigilosamente a Maxim y al sacerdote. En cuanto vio el peligro real e inminente apuntando en su dirección, se quedó inmóvil, mirando con ojos desorbitados a Andrey, que le gruñía con una sonrisa maliciosa.

—No —No lo suplicó débilmente. Salió como una orden firme pero demasiado silenciosa.

—Puta de mierda. —Levantó el brazo, y yo me apresuré a ponerme de pie. El tiempo se detuvo. Mi corazón latía más rápido con absoluto terror mientras él se preparaba para matarla él mismo.

Me lancé frente a ella justo a tiempo, siseando por el dolor que explotó en mi costado cuando la alcancé.

—¡Alek! ¡No! —Ella me alcanzó, sus manos agarrando mi chaqueta mientras yo me deslizaba de nuevo al suelo, cayendo más fuerte que la primera vez.

MILA

Alek se estrelló contra mí, derribándonos al suelo. Me pitaban los oídos por la detonación del arma disparada tan cerca, y aspiré una bocanada rápida de aire y la contuve. El terror me tenía atrapada, e hice lo posible por amortiguar la caída de Alek.

Era demasiado grande para amortiguar su caída. Combinado con su placaje, la fuerza de recibir la bala que Andrey me había dirigido a mí, y la postura inestable en la que me encontraba mientras intentaba hacerme pequeña para que mi antiguo prometido no me viera, acabé de culo. Totalmente de culo en el suelo, aturdida por el impacto tembloroso de ser derribada.

Mi vida había pasado ante mis ojos. En el momento en que Andrey me apuntó con su arma, juré que sentí cómo mi esencia se escapaba. Mi alma se desvaneció y mi visión se nubló con un horror extremo. Este era el momento, el instante en que mi tiempo en esta vida terminaría.

Pero Alek tenía otros planes. Se lanzó delante de mí, recibiendo el impacto de la bala, y yo me apresuré a seguir el ritmo del frenético cambio de acontecimientos. Mi mente iba con retraso. Mis sentidos estaban entumecidos. Sentía como si mirara a través de un túnel, apenas capaz de distinguir las cosas. Mi tiempo de reacción se había retrasado, de ahí mi brusca caída, pero el palpitante golpe al estrellarme contra el suelo me sacudió. Me despertó de golpe, me

hizo moverme, ser inteligente y ayudar a este hombre grande y fuerte que había sido mi héroe más veces de las que había demostrado ser un enemigo.

—Alek —repetí mientras entraba en pánico y palpaba su cuerpo. Él respondió con un gemido, retorciéndose en mi regazo, pero no podía levantarse. Un cálido río de sangre de su hombro y espalda alcanzó mi vestido, y tanteé e intenté detener la hemorragia.

—¿Crees que puedes cambiar a mejor? —se burló Andrey—. ¿O a peor? —Se rio, brutal y ruidosamente mientras observaba a Alek gemir de agonía.

—Que te jodan —gritó el otro hombre.

¿Maxim? No recordaba cuál de los hermanos de Alek se suponía que iba a reunirse con nosotros aquí. Con cuál había hablado Alek por teléfono. Sin embargo, se parecía al hombre herido en mi regazo, y sabía que estaba intentando ayudar.

Dudaba que pudiera hacer algo desde esa débil posición contra la silla. Mi corazón martilleaba mientras hacía inventario, apresurándome para dar sentido a lo más urgente. Alek respiraba con dificultad en mi regazo. Estaba vivo, por ahora, pero con lo pesado que era sobre mí, yo estaba atrapada en el suelo e incapaz de moverlo para acceder a su herida.

Maxim no estaba mucho mejor. Manchas rojas salpicaban su camisa blanca, y tomaba aire con inhalaciones ásperas y entrecortadas mientras intentaba ponerse en pie con ayuda de la silla.

Y el sacerdote... Le eché un vistazo también, nerviosa al ver que había dejado de murmurar sus oraciones para sí mismo.

El otro Valkov cerca de la puerta estaba muerto, inmóvil y rígido.

Todo se reducía a cero. No tenía *ninguna* posibilidad de recibir ayuda aquí dentro, y tendría que confiar en mí misma.

—¿Quieres más, eh? —Andrey se acercó a Maxim y le golpeó con la culata del arma por haber hablado, y Alek gimió, intentando levantarse mientras cubría mi mano que yo había presionado sobre su herida. Mis piernas temblaban por la adrenalina que me recorría, pero mis rodillas dolían con la presión de sostener su gran cuerpo sobre mí. No podía saber si estaba demasiado herido y sin aliento para levantarse, pero pensé que sería inteligente permanecer juntos. Como uno solo. Si podía protegerlo aunque fuera la mitad de lo que él me había protegido a mí, lo haría.

—Maldita puta estúpida —se burló Andrey mientras volvía hacia mí, levantando su arma de nuevo. Sonriendo maníacamente así, parecía perturbado, loco e inestable, drogado con la oportunidad de matar a estos hombres. Sus palabras iban dirigidas a mí, pero me importaba una mierda. Había dejado de importarme en el momento en que Alek me sacó de aquella iglesia. Andrey dejó de tener cualquier significado en mi vida en el instante en que Alek tomó mi virginidad.

Ya no era nada para Andrey, pero parecía que él no estaba de acuerdo.

—No deberías haber huido de la Familia, estúpido cabrón. No deberías haber intentado escapar y provocar una guerra así —gritó. Apuntó con la pistola a Alek, sonriendo mientras se limpiaba la sangre y el sudor de la frente—. Pedazo de mierda estúpido y bueno para nada. —Su pie conectó con el muslo de Alek, y como estaba tendido sobre mí, sentí el impacto residual de la bota de Andrey empujándolo hacia atrás con la brutal patada. Me aferré a él, abrazándolo lo mejor que pude aunque no supusiera ninguna diferencia en su destino. Tampoco marcaría ninguna diferencia en su dolor.

No sabía qué más hacer. Quería detener esta locura. Necesitaba sacarnos de aquí con vida, pero estaba atrapada, como siempre.

—La guerra era inevitable —argumentó Maxim, tosiendo entre palabras mientras se apoyaba en el respaldo de la silla. Estaba

demasiado débil, limitado en su capacidad para mantenerse en pie, pero yo sabía lo que estaba haciendo.

Ganando tiempo. Estaba retrasando lo inevitable, desviando la atención de ese loco de su hermano. Alek también debió darse cuenta, porque gruñó y apretó los dientes, esforzándose por levantarse. Con los ojos entrecerrados, captó mi atención y se inclinó hacia mí.

¿Estaba intentando levantarse? ¿Contraatacar? ¿O el dolor era demasiado fuerte en ese lado? No podía entenderlo, pero después de que Andrey volviera a silenciar a Maxim con un puñetazo y regresara pisoteando hacia nosotros, lo sentí.

Alek no estaba tan arrogante y seguro como para levantarse así. No estaba inquieto. Solo había estado intentando coger su pistola. Sentí su dura presión, encajada entre nuestros cuerpos. El cañón del arma tiraba contra mi piel, y deslicé mi mano hacia mi muslo para intentar agarrarla y sacarla. Un arma ayudaría, pero solo si podía usarla a tiempo.

—Lo único que estaba pendiente era deshacernos de *ti* —declaró Andrey perversamente. Levantó su pistola que goteaba sangre de la cara de Maxim. Las gotas caían por el aire mientras Andrey apuntaba el cañón directamente a la cabeza de Alek, pero yo fui más rápida.

Cuando su dedo tembló en el gatillo, levanté la pistola de Alek y apunté. No dudé. No me cuestioné. Disparé el arma directamente al pecho de Andrey en el mismo momento en que atraje a Alek hacia mí. Mis dedos resbalaron en su camisa ensangrentada, pero conseguí sujetarlo lo suficiente como para poder acercarlo a mí.

Justo a tiempo.

Justo fuera del camino de la bala de Andrey que se incrustó en el suelo donde la cabeza de Alek había descansado un segundo antes.

Andrey gimió, golpeándose la mano contra su herida que manaba sangre. Su pistola cayó de su mano mientras presionaba el disparo limpio que le había dado. Con una mueca furiosa, me miró fijamente mientras retrocedía un paso tambaleándose.

Mantuve el arma apuntándole, dejándole ver que yo había apretado el gatillo. Que yo era quien le había acabado. Mis dedos temblaban ligeramente, pero permanecí rígida y obstinada, sin flaquear en mi concentración sobre él. Si intentaba cualquier cosa, estaría lista para disparar de nuevo.

Fue un impacto limpio y directo en su corazón. Su caja torácica estaba destrozada, y sus signos vitales se desplomaban. Se balanceó hacia delante y se hundió de rodillas mientras bajaba la barbilla. Todavía mirándome, probablemente condenándome al infierno, se desplomó hacia un lado como un barco hundiéndose.

La gravedad completó su caída, y sus piernas se sacudieron mientras su cuerpo se doblaba hacia el suelo. Respiró con dificultad, cada vez más rápido. Cuando la sangre se deslizó por sus labios, supe que todo había terminado.

Nos había sorprendido a ambos. Probablemente no contaba con que yo me defendiera, que defendiera a Alek y llegara tan lejos para protegerlo.

Pero lo hice.

Lo maté.

Había *matado* a un hombre. No a cualquiera, sino al heredero de la Bratva Valkov.

Mis nervios ya estaban destrozados. Dentro de mi mente, los pensamientos y las conexiones racionales luchaban por conectarse y activarse. En un estado de estupor provocado por el shock, respiré profundamente y obligué a mi corazón a seguir el ritmo de esta tensión y peligro.

También la pura incredulidad.

Lo había matado.

Nunca había usado la violencia así, no dirigida a nadie, pero más que eso, nunca, jamás había estado en la posición de quitarle la vida a alguien.

Alek gimió, girando la cabeza para ver a su primo muerto en el suelo. Salí de la bruma del puro shock y pasé mis manos sobre él. Mis dedos estaban cubiertos de sangre por la herida en su hombro, pero mientras me apresuraba a examinarlo, me di cuenta de que la bala no había entrado directamente a través de él. Debió de haberse girado cuando me placó, dejando que su hombro y espalda recibieran lo peor de ese rozón profundo de bala.

—¿Estás...? —No podía hablar. Mis cuerdas vocales estaban rígidas, congeladas por el shock, pero no necesitaba hablar. Alek entendió mi búsqueda tentativa y exploratoria sobre él. Asintió débilmente, haciendo una mueca cuando intenté tenderlo en el suelo.

Una vez que lo tuve fuera de mi regazo, pude arrodillarme y observarlo más de cerca. Estaba sufriendo, sin duda, pero estaba vivo y respirando. Ningún órgano vital había sido afectado o seccionado.

—Yo... —Tragué saliva con dificultad, con la boca tan seca que podría haber jurado que había pasado una semana gritando para dejarla así de ronca. Solo la adrenalina hacía esto. Era solo el shock de los acontecimientos lo que me tenía nerviosa y muda.

Una vez más, miré los ojos sin vida de Andrey que nos devolvían la mirada, e ignoré la espeluznante sensación de la atención de un muerto.

Alek respiraba más estable, manteniendo su mano sobre su herida. —Estoy... —Asintió de nuevo, renunciando a expresar el hecho de que lo conseguiría.

Sabiendo que estaba estable, me arrastré a gatas y comprobé cómo estaban los demás. Ese hombre junto a la puerta era una causa perdida, pero Maxim y el sacerdote, ellos aguantaban.

Me tambaleé hacia Maxim, arrancando una tira de ornamento de encaje de los restos de la falda de mi vestido de novia. No era gran cosa como gasa o venda, pero la usé para comprimir el punto más sangriento de su costado.

—Me apuñaló —murmuró después de sisear ante mi contacto.

Asentí, examinándolo rápidamente en busca de otras heridas profundas. No vi ninguna que sangrara tanto como el corte en su costado, y llevé su mano hacia el montón de tela doblada.

—El sacerdote. —Inclinó su barbilla hacia el hombre, apretando los dientes mientras se desplomaba en la silla—. También fue apuñalado.

Asentí, sin perder un segundo más para apresurarme hacia la autoridad religiosa. Él seguía rezando, murmurando pidiendo perdón, y yo estaba tan nerviosa, tan abrumada por la acción, que casi me reí. ¿Perdón? ¿De quién? ¿O *para* quién?

No protestó cuando le quité la colorida estola de sus hombros. No sabía cómo se llamaba, pero el largo trozo de material ceremonial multicolor azul y negro era una compresa ideal para los cortes de cuchillo en su torso y cerca de su cuello.

Supuse que tenía razón al rezar a su dios. Si Andrey hubiera apuntado con su hoja una fracción más alta, el sacerdote no habría llegado hasta aquí.

Satisfecha de que todos parecían estables, me apresuré de vuelta a Alek. Al reunirme con él, miré de nuevo a Andrey.

Lo había matado.

¡Realmente había matado a alguien! El shock mantenía mis observaciones separadas, como si no fuera yo misma sino otra

espectadora mirando desde fuera. No podía entender la gravedad de lo que había hecho.

—Mila... —Alek gimió mientras intentaba sentarse de nuevo, pero lo mantuve abajo y arranqué más material de encaje para detener su sangrado.

No podía haberlos dejado desatendidos. No era enfermera, pero estaba en mi naturaleza ayudarles. Tal como lo hacía por Rosamund y otros en mi bratva. Si tenía el poder de mostrar a otra persona piedad y compasión, no dudaría.

Pero una mirada cuidadosa alrededor de la habitación me mostró que lo lograrían. Los tres. Maxim, el sacerdote y Alek. Vivirían, y con ese simple objetivo asegurado, era el momento perfecto para cuidar de mí misma.

Puedo huir. Podría levantarme y salir corriendo de aquí. Ya había cumplido con mi buena acción. Les había ayudado con sus heridas. Ninguno de ellos estaba en condiciones de perseguirme, y sabía sin la más mínima duda que esta sería mi oportunidad. Esta era la ventana de oportunidad que necesitaba para ser libre, correr y escapar por fin.

Pero no lo hice. Permanecí clavada aquí mientras miraba de nuevo a Andrey.

Acababa de eliminar al heredero de la Familia Valkov. Lo había hecho para salvar a Alek, pero ese detalle no cambiaba el hecho de que yo había apretado el gatillo y acabado con el hijo de Pavel Valkov.

Mi futuro marido... mi *antiguo* prometido.

Alek había asumido ese papel y, cuando me cogió la mano, le apreté los dedos en respuesta.

Ahora soy una muerta en vida.

No podía huir. No tenía adónde ir. Ni un solo lugar en la tierra me mantendría a salvo de la realidad de que había matado a Andrey

Valkov.

Tragué saliva y bajé la mirada hacia Alek.

No quiero *huir.* Con una mirada profunda y prolongada de su parte, comprendí que me estaba haciendo la pregunta silenciosa.

¿Me quedaría? ¿O me iría?

Sabía la elección que tenía que hacer. Nada era lo suficientemente fuerte como para hacerme salir corriendo y dejarlo así ahora. Ya estaba demasiado implicada para hacer cualquier cosa que no fuera quererlo, cuidar de él. No podía determinar cuándo o cómo había sucedido, pero en algún momento entre su visita a las oficinas centrales de S.T.L. y el momento en que maté para protegerlo, había caído en la trampa de querer mantenerlo en mi vida.

Negué con la cabeza, sosteniendo su mano. No iba a irme a ninguna parte, y solo había una manera de demostrarlo.

Después de esforzarme por aclarar mi garganta, levanté la cara y me dirigí al sacerdote.

—¿Puede casarnos todavía?

ALEK

El sacerdote no respondió, tartamudeando y balbuceando como si no supiera cómo contestar.

Ella lo intentó de nuevo, preguntando más alto mientras permanecía cerca de mí en el suelo. —¿Puede seguir casándonos? ¿Puede ponerse de pie?

Increíble. Era tan jodidamente imposible que me costaba convencerme de lo que había dicho, de lo que quería.

Ella quería huir. Lo sabía. Lo vi en sus ojos. Esos hermosos ojos azules habían estado tan dubitativos, desgarrados por el impulso de escapar y abandonarme mientras yo estaba caído.

Pero no lo había hecho. Ella eligió quedarse aquí y aún quería casarse conmigo.

Miré de nuevo a Andrey y consideré por qué estaría tan ansiosa por alinearse conmigo. Acababa de asesinar a un hombre importante de una bratva rival. La cazarían. La convertirían en objetivo. Sola y sin apoyo, nunca lo conseguiría. Casada conmigo, sin embargo, tendría cierta protección.

Cualquiera que quisiera castigarla por matar a Andrey tendría que pasar por encima de mí primero. Ella lo sabía. Pero sospechaba que quería quedarse por otra razón.

Mientras me incorporaba con su ayuda, mareado por la bala que Andrey le había dirigido a ella, me di cuenta de que esta mujer valiente y sexy estaba hecha de un material mucho más fuerte de lo que pensé al principio. Podía ser joven, ingenua y testaruda como la que más, pero era madura, con un alma vieja. Y se preocupaba. Había sospechado que tenía un instinto maternal y protector, y lo había demostrado con creces. Me mostró cuánta compasión y coraje tenía al ayudarme con mi herida, y luego al velar por el bienestar de mi hermano. Y también por el del sacerdote.

Debería haber sido una contradicción llamarla una mujer compasiva y cariñosa cuando acababa de asesinar a un hombre, pero incluso en eso había sido desinteresada. Le había disparado para salvarme la vida.

—Con cuidado —me regañó mientras me ponía de pie temblorosamente. Sus pequeñas manos me sujetaron mientras me ofrecía apoyo físico para levantarme.

Te importo. Era un concepto monumental de entender, pero me sentía estúpido por luchar contra ello. Ya había demostrado cuánto le importaba. A pesar de su descaro y facilidad para discutir conmigo, gravitaba hacia mí con afecto. Como cuando se había despertado en medio de la noche, todavía medio dormida y buscando mi contacto y calor en la cama. Ya anhelaba mi tacto. Me daba todo el combustible para mirar hacia adelante a lo que nos esperaba. Quería pensar que este deseo primitivo que chispeaba entre nosotros podría ser el punto de partida de algo que evolucionaría y crecería hasta convertirse en amor, un vínculo profundo y duradero con respeto y necesidad. Una asociación como la que habían tenido mis abuelos hace tanto tiempo.

—Puedo —dijo el sacerdote mientras Maxim se acercaba a él y le ayudaba a ponerse de pie. Mientras Mila me pasaba el brazo por los hombros y me guiaba hacia el hombre al que Maxim había pagado para que estuviera aquí oficiando la boda, unos pasos retumbaron

por el pasillo. Con el apoyo de Mila, su hombro encajado en mi axila para estabilizarme, cogí mi pistola de su mano.

Mi herida protestó. Feroces punzadas de agonía me atravesaron el brazo mientras sostenía mi arma, pero estaba acostumbrado a que me llevaran al límite.

Justo cuando la puerta se abrió de golpe y uno de los confidentes más cercanos de Andrey entró precipitadamente, apunté mi pistola a su cabeza.

Levantó las manos al aire mientras se detenía en seco, respirando con dificultad. —¿Aleksei? —Entrecerró los ojos, mirándonos a Mila y a mí, luego a Maxim y al sacerdote. Por último, se fijó en Andrey muerto junto al otro soldado Valkov.

—¿Qué coño está pasando?

—Vas a quedarte justo ahí y ser testigo de nuestra boda. —Cuando abrió la boca para gritar en respuesta, gruñendo por lo que había dicho, di un paso más cerca con mi pistola apuntando al punto entre sus ojos.

—¡Esto es una mierda! ¿Qué demonios estáis intentando hacer, Aleksei? —Avanzó, pero Maxim también levantó su pistola para apuntarle.

Se calló, maldiciendo y frotándose la cara con una mano.

Bajo amenaza de pistola, se comportaría. Miré al aterrorizado sacerdote. —¿Necesitamos dos testigos?

Tragó saliva, su enorme nuez de Adán temblando mientras asentía rápidamente. —Sí. Dos.

—Adelante, pues —dijo Mila, mirando al recién llegado que echaba humo ante nuestra unión.

—¿Toma usted a Aleksei Valkov como esposo, ahora y para siempre? —le preguntó el sacerdote.

—Sí, quiero. —Me miró, y luego frunció el ceño al hombre que Maxim y yo manteníamos a punta de pistola.

—¿Toma usted a... —El sacerdote vaciló, lanzando una mirada nerviosa a Maxim, luego a Mila. Levantó las cejas, avergonzado.

—Mila Kastava —proporcionó ella, poniendo los ojos en blanco—. Rápido.

—¿Toma usted a Mila Kastava como esposa, ahora y para siempre? —me preguntó.

—Sí, quiero. —Estampé mis labios contra los suyos sin apartar los ojos del soldado cerca de la puerta.

El sacerdote dejó caer la mandíbula, parpadeando sorprendido por el ritmo acelerado de los votos. Maxim debía haberle advertido que mantuviera esto corto y sencillo. Mientras el anciano hacía una mueca de dolor y apretaba el paño contra su herida, supe que apreciaría esta ceremonia apresurada.

—¿Anillos? —le pregunté a mi hermano.

Nos los entregó, y mientras ambos vigilábamos al soldado que se enfurecía cada vez más en la puerta, Mila y yo nos deslizamos las sencillas alianzas en los dedos del otro. Dmitri había enviado un mensaje diciendo que seguía buscando el anillo de nuestra madre, en algún lugar de la mansión que mi padre una vez compartió con Pavel, pero aún no había podido localizarlo.

Más tarde. Le daría a mi esposa cualquier jodida cosa que quisiera, todas las joyas y gemas del mundo. Todo lo que codiciara, yo se lo entregaría.

—No eres más que un maldito traidor —acusó el soldado. Señaló a Andrey en el suelo y torció los labios mientras luchaba por contener su ira—. Nos has traicionado a todos. ¡Has traicionado a la Familia!

Incliné la cabeza hacia un lado, irritado por su arrebato.

—¿Quién lo ha matado? —exigió.

—Yo lo hice —me erguí lo más que pude, ignorando las punzadas de dolor en mi hombro y espalda. Nunca dejaría que Mila cargara con la culpa del asesinato de Andrey. Ella no merecía esa responsabilidad —. Y vas a correr a casa y contárselo. Dile a Pavel las buenas noticias.

—¿Que has disparado a su hijo? —gritó, alcanzando su pistola.

Disparé un tiro a su mano, acertando perfectamente y evitando que intentara cualquier otra cosa. Sobreviviría, aunque con una desagradable cicatriz.

Cayó sobre una rodilla, apretando su brazo destrozado contra el pecho mientras reaccionaba.

—Vete a casa. Dile a Pavel las buenas noticias. Que he terminado con el desperdicio de vida al que llamaba hijo —estreché mi brazo alrededor de Mila—. Y que he reclamado a una esposa —sin apartar la mirada de él mientras se balanceaba y acunaba su brazo dolorido, presioné un rápido beso en su sien.

Cuanto más rápido pudiera transmitir esta información, más pronto empujaría a mi tío a perder el control. Lo necesitaba desequilibrado, enfurecido y enloquecido por cómo su mundo se desmoronaba de manera caótica.

—Que te jodan. ¡Nunca te saldrás con la tuya, Aleksei! —Se tambaleó hasta ponerse de pie, vacilando en sus pasos mientras se giraba y salía corriendo por la puerta, aún sujetando su brazo en alto de forma protectora.

Una vez que se fue, comprobé que el sacerdote seguía de pie. Maxim también. Necesitaban ayuda médica, y no los retendría aquí impidiéndoles conseguirla.

Mi hermano menor suspiró, acercándose con una mezcla de alivio y preocupación en su expresión turbada. —¿Estás bien?

Asentí. Con Mila, por supuesto que lo estaría. —¿Y tú?

Hizo una mueca pero asintió. —Antes de que te vayas —dijo, sabiendo rápidamente que no podíamos quedarnos aquí. Después de hurgar en el bolsillo interior de su chaqueta, me entregó unos papeles.

—¿Qué es esto?

—Nikolai se los quitó a un guardia de Kastava cerca del muelle Colver —arqueó las cejas, preguntándose si necesitaría explicar más.

No era necesario. Desplegué los papeles y vi las familiares líneas codificadas de jeroglíficos. Estas eran más copias de esa misma correspondencia cifrada que yo esperaba usar para obtener respuestas sobre ese gran cargamento. Ese intercambio estaba destinado a dañar a la Familia, y esperaba que estos nuevos papeles arrojaran luz sobre *cómo* Sergei Kastava planeaba tender una trampa a los Valkov.

—Gracias —volví a doblar el paquete de papeles, consciente de que Mila me observaba con una expresión indescifrable. Una vez que los guardé dentro de mi chaqueta, seguros en mi bolsillo, me di cuenta de que ella aún no había apartado la mirada.

Su curiosidad me intrigaba, pero no era el momento ni el lugar para ponerla en evidencia sobre sus observaciones y la extraña manera en que me miraba.

Por lo que sabía, simplemente estaba ausente, asustadiza y lenta para reaccionar o pensar después de todo lo que había sucedido. Acababa de matar a un hombre, y apostaba a que era la primera vez que quitaba una vida. Acababa de casarse conmigo, y sabía que debía tener sentimientos encontrados sobre eso después de ese breve momento de duda antes de huir de la escena.

Le daría un respiro. Solo un poco. Una vez que saliéramos de aquí y me ocupara de mis heridas, me centraría en ayudarla a adaptarse a nuestra nueva vida.

Eliminar a Andrey era un paso enorme e importante en mi agenda, y no podría haber anticipado lo pronto que podría haber sido eliminado del panorama. Había supuesto que necesitaría cazarlo y sacarlo de su escondite, pero no. Su ego, su orgullo, lo habían traído aquí con un patético intento de frustrar mis planes.

—Hasta la próxima vez que nos veamos —me dijo Maxim, inclinándose para darme una débil palmada en la espalda. No tocó cerca de mi herida, pero aun así, ambos estábamos agotados por la magnitud de nuestras palizas. Sabía sin preguntar que él se encargaría de los cadáveres que dejaba atrás.

—Tú también, *hermana* —añadió con una sonrisa astuta dirigida a Mila.

Ella bajó la barbilla en señal de reconocimiento y cambió el peso de un pie a otro.

Curiosa o no, era mía, ahora y para siempre, como había declarado el sacerdote.

Era la boda más rápida y sangrienta que jamás había presenciado, pero había terminado.

Estábamos casados, y era hora de sacar a mi esposa de aquí.

MILA

Alek cojeaba con mi ayuda, pero me preocupaba lo que pasaría en las aceras. Él había estado en mejor estado de salud y sin heridas cuando aquellos miembros del cártel intentaron detenernos de camino a nuestra boda. Ahora, seguía con dolor, herido de bala y golpeado, y no era tan rápido para luchar. Si alguien intentaba molestarnos en el viaje de regreso al apartamento, dependería de mí defender a ambos de alguna manera.

Había tenido suerte con aquel disparo a su primo. Había matado a Andrey porque estaba a muy corta distancia. Seguía siendo un disparo milagroso. Sabía manejar un arma, pero mi puntería y precisión dejaban mucho que desear.

No tuve que preocuparme por mucho tiempo. Maxim nos acompañó hasta la primera planta y nos condujo hacia una salida del garaje. Un coche nos estaba esperando, y fue solo entonces cuando me di cuenta de que quizás no íbamos a volver al primer lugar donde me había mantenido.

Alek me abrió la puerta para que entrara en el asiento del copiloto. Después de cerrarla, rodeó el coche con su hermano. Continuaron hablando en voz baja, pero su conversación había terminado para cuando mi marido abrió la puerta del conductor y entró con una profunda mueca de dolor.

—Será mejor que sigamos moviéndonos —dijo como explicación después de arrancar el coche y salir del garaje.

—¿Aquí dentro? —pregunté, sintiéndome estúpida por malinterpretar lo que había dicho. Por supuesto que no nos quedaríamos simplemente en el coche.

—Iremos a otro escondite —respondió secamente, todavía haciendo una mueca de dolor mientras flexionaba el brazo.

Me había preguntado si me trasladaría a otro lugar después de que Yusef irrumpiera por la ventana, pero al recordar todo lo que había sucedido, me di cuenta de que el incidente solo había ocurrido ayer. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas completas. El tiempo se había difuminado tan rápido, tantas cosas sucediendo con tanta rapidez en un violento ritmo de vida y muerte.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba casada. Antes de eso, había perdido repentinamente mi virginidad. Con la misma rapidez e inesperadamente, había matado a un hombre.

Mi vida se estaba convirtiendo en una serie desordenada de acontecimientos desafortunados y extraños, y todo lo que podía hacer era aguantar y sacar el mejor partido posible. Había deseado tan desesperadamente otra opción. Cuando mi padre me dijo que tendría que casarme con Andrey, y luego, cuando me ordenó que me presentara ante él después de mi matrimonio, había buscado en lo más profundo y deseado desde el fondo de mi corazón una alternativa a mi destino, que otra persona de la bratva pudiera ser la novia, que un matrimonio pudiera esperar. Cualquier cosa.

Resultó que había algo más esperándome. Matrimonio. Asesinato.

Alek. Me giré y le observé conducir mientras finalmente entraba en otro aparcamiento subterráneo. Este garaje era más oscuro y parecía más abandonado, pero con las cámaras ancladas en las paredes y las sombras de hombres patrullando por la zona, sabía

que este lugar era más seguro. Tenía que ser una propiedad residencial dentro del territorio Valkov.

—¿Estaremos protegidos aquí?

—Mis hombres nos mantendrán a salvo —respondió mientras aparcaba cerca de un ascensor.

—¿*Tus* hombres? —Ya estaba asumiendo la posición de poder sobre su Pakhan. Yo había matado a Andrey por él en un arrebato. Uno de los dos cabecillas había desaparecido, pero Pavel seguía ahí fuera. Estaría furioso a estas alturas, al enterarse de nuestra boda y de la muerte de su hijo.

Una muerte por la que tú *asumiste la culpa.* No olvidaría cómo me había protegido, asumiendo la culpa.

—Amigos cercanos y soldados que me han escuchado durante los últimos siete años mientras mi tío descuidaba su poder —dijo mientras caminábamos hacia el ascensor. Cojeaba ligeramente, pero no parecía necesitar mi ayuda para entrar.

Una vez que estuvimos en el ascensor, me fijé en los detalles. Suelos limpios. Paredes lisas y con espejos. Si solo este ascensor se veía tan bonito y bien mantenido, me preguntaba cómo sería este nuevo lugar.

—Me juran lealtad. —Extendió la mano y cogió la mía con un agarre áspero mientras subíamos a los pisos superiores—. Mi tío no estará contento con las noticias.

Le miré con una sonrisa maliciosa. —¿No, en serio?

Suspiró. —Pero había que hacerlo.

Entrecerré los ojos. —¿Es esta tu forma de agradecerme que te salvara la vida?

Se puso serio, estudiándome de cerca mientras el ascensor se detenía. —¿Por qué lo hiciste?

Tragué saliva con dificultad, puesta en el compromiso de explicarme. Era simple, aunque me sentía vulnerable al admitirlo. —No quería que murieras todavía.

—¿*Todavía*? —Me condujo fuera del ascensor hacia un pasillo cubierto con una mullida alfombra. Al final del corredor, abrió una puerta a un espacioso apartamento. Con habitaciones reales y decoración, esto parecía un hogar. Estaba muy lejos de la vivienda de una sola habitación donde Yusef destrozó todos los cristales y me informó sobre el contrato que había sobre mí.

—No huí —le espeté mientras examinaba el amplio salón y me fijaba en los detalles de este nuevo lugar.

—¿Por qué no?

Dejé que mis hombros cayeran en señal de derrota. Por un lado, estaba agradecida de que no me diera la oportunidad de decir que no había considerado escapar. Por otro lado, estaba nerviosa por decirle que le *necesitaba*. No podría haber huido y perdido su protección después de haber matado al heredero de la Bratva Valkov. Porque no era solo una cuestión de necesitar a este hombre fuerte y protector. Rápidamente se estaba convirtiendo en una cuestión de desearlo contra mi buen juicio.

—Porque quería quedarme. Contigo.

Gruñó en respuesta, arrastrándome a través del apartamento hasta el baño. —¿Se te dan bien las suturas? —preguntó.

Hice una mueca pero asentí de todos modos. —Algunas veces, mi... —No estaba segura de cómo llamar a Rosamund—. Se esperaba que ayudara con algunas heridas. —Decirle que me habían obligado a hacer lo que podía y coser la carne desgarrada de Rosamund no inspiraría mucha confianza en mis habilidades—. Puedo intentarlo —rectifiqué.

Él se dio la vuelta, tratando de quitarse la chaqueta, y me acerqué para ayudarle a despojarse de sus prendas. La sangre había hecho

que la tela se pegara a su piel, y se sentó en el banco del espacioso baño mientras yo limpiaba la sangre y el sudor. Una y otra vez, sumergí una toallita en el lavabo. Rojo, luego rosa, la pila se llenó con su sangre hasta que quedó prácticamente transparente.

A diferencia del otro apartamento, este estaba equipado con abundantes suministros de primeros auxilios, y tenía más que suficiente material para comenzar a coserle. Dudaba que la crema tópica adormeciera adecuadamente su piel, pero él no se inmutó mientras yo hacía todo lo posible por coser el corte de su hombro y espalda. No era médica, pero estaba segura de que estaba ayudando, no empeorando la situación.

—¿Es esto...? —suspiré, esperando calmar mis nervios. Ya había hecho la parte difícil y desagradable. Le había cosido la herida. Mientras el silencio y la ausencia de lucha llenaba el aire a nuestro alrededor, mis emociones me inundaron, consumiéndome con demasiados pensamientos, preocupaciones y preguntas. Los recuerdos de haber apretado el gatillo contra Andrey me atormentaban, y me inquieté bajo el peso de todo lo que había ocurrido.

Estaba casada.

Era una asesina.

Me buscarían, ya con *una* recompensa sobre mi cabeza, pero condenada aún más por matar al hijo de Pavel.

—¿Es aquí donde viviremos? —terminé preguntando. Necesitaba concentrarme en algo, en cualquier cosa, ahora que había terminado de coser la herida del hombro y la espalda de Alek. Si dejaba que este silencio me afectara, si cedía a esta calma inactiva y permitía que mi mente divagara, me volvería inquieta y loca.

—No. —Se puso de pie, girándose para mirarme.

Sin camisa, contrastaba notablemente con mi atuendo mayormente blanco. Faltaban tiras de cintas de mi falda, pero solo una mínima

cantidad de sangre manchaba la camisa que él me había dado. Su piel tensa resplandecía, bronceada y saludable, pero la insinuación de su semidesnudez despertó en mí el deseo de ver —y sentir— más.

—Tengo algunos otros lugares. —Levantó la mano para inclinar mi barbilla hacia arriba, y parpadé ante la sobria necesidad en sus ojos —. Encontraremos algo juntos. Una casa matrimonial.

Me costó tragar, con la boca repentinamente seca por la intensidad de su mirada. Simplemente nos miramos mientras demasiadas cosas no dichas flotaban en el aire entre nosotros.

De él, percibí gratitud, tal vez incluso algo parecido a respeto o admiración. No iba a esperar a que me agradeciera por salvarle la vida. Aún tenía que darle las gracias por salvar la mía también, y lo había hecho de más formas de las que podía contar. Me había librado de casarme con un hombre abusivo como su primo. Me había alejado del alcance de mi padre.

Si acaso, era yo quien estaba en deuda con él. Esos nervios aumentaron y se estiraron, haciéndome sentir de repente más ansiosa e inquieta. Él vio la intranquilidad en mis ojos, y agarró mi codo, tirando de mí hacia él mientras retrocedía para sacarnos del baño.

Ahora era su propiedad. Suya para moverme como quisiera, para hacer conmigo lo que le placiera.

Por primera vez, la idea de ser suya —completamente suya— me emocionó.

Era la esposa de Alek, no solo una virgen usada que él había tomado.

Era su mujer.

Su otra mitad.

—¿Recuerdas lo que te prometí?

Tropecé, mirando profundamente sus ojos marrones oscuros mientras me guiaba lejos del baño hacia lo que parecía ser un dormitorio ricamente decorado aunque masculino. Las luces estaban tenuemente encendidas, pero no estaba tropezando en la oscuridad. De todos modos, me acerqué a él, rodeando su cuello con mi brazo y teniendo cuidado de no tocar la piel sensible que acababa de coser y vendar.

—No has hecho promesas —argumenté, esperando sonar juguetona, no asustada.

—No huiste —me recordó mientras tomaba mi mano y besaba el lugar donde descansaba mi alianza de boda—. Y te dije que si no pensabas en huir... —Me empujó.

Di un pequeño paso atrás y, cuando la parte posterior de mis rodillas golpeó el colchón, perdí el equilibrio y caí sobre la cama de tamaño king. Cautivada por su mirada ardiente, me apresuré a incorporarme y observarle, incapaz de apartar mi atención ni por un segundo.

Sus dedos se deshicieron rápidamente de sus pantalones. Bajó la cremallera y se quitó la ropa, y su largo y duro miembro quedó libre.

Gemí, tan bajo y silenciosamente que dudaba que pudiera oírme, pero él me vio frotarme los muslos.

—Te dije que si no huías, podrías tener esto.

Exhalé un suspiro tembloroso, observándole mientras se frotaba el tronco con el puño hacia arriba y hacia abajo. Ya la punta goteaba líquido preseminal, y me lamí los labios con anticipación.

Tenía razón. No lo habría considerado una promesa en sí, pero me había provocado y me había dejado insatisfecha en el otro apartamento. Me había seducido, me había llevado a un estado de locura sexual goteante y había abortado la misión de verme llegar al orgasmo.

Estaba más que ansiosa por tenerle ahora. Si se estaba ofreciendo, tomaría cualquier cosa para ahuyentar las tumultuosas visiones que llenaban mi mente. El sexo me concedería un respiro para no pensar en el horror de lo que había hecho.

Había matado a alguien. Con mis acciones, había provocado más peligro. Le había acusado de causar una guerra, pero yo la había incitado aún más al matar a Andrey.

Sin embargo, había tomado mi decisión, y apoyaría a mi hombre. En toda su desnuda y ruda gloria.

Me levanté, desnudándome tan rápido como pude sin apartar los ojos de él. Su mirada oscura recorrió mi cuerpo de arriba abajo, apreciativa y necesitada, hasta que quedé desnuda para él.

Una vez más, me empujó hasta que me recliné, y se arrastró sobre mí, cubriéndome con su cuerpo. No duró mucho, haciendo muecas por la presión de poner peso en su antebrazo.

—Te romperás los puntos —me preocupé en voz alta, y él gruñó, apretando los dientes al darse cuenta de ese mismo hecho. Con un rápido movimiento, nos reposicionó. Se tumbó y me arrastró sobre él, y yo seguí su ejemplo.

Sus manos calientes me tocaron por todas partes, sus dedos pellizcando mis pezones, sus palmas ahuecando mis pechos, luego mi trasero y mis caderas.

Agarró la parte posterior de mi cuello, tirando de mí hacia abajo para besarme con fuerza, y yo volví a seguirle. Su guía me enseñó cómo moverme, adónde ir. Me senté a horcajadas sobre él, frotándome instintivamente contra su larga erección que rozaba mi piel sensible. Cada roce de atrás hacia adelante que cabalgué sobre él extendió mi crema. Resbaladiza y pegajosa, húmeda y fría cuando me movía hacia atrás, le mostré a ambos lo excitada que estaba por él.

—Cabálgame, esposa.

Abrí y cerré la boca, a punto de decirle que no sabía cómo. Pero era una mentira que no podía pronunciar en voz alta. Sería mi primera vez arriba, pero en mi interior, cargada con una ardiente necesidad de hundirme sobre él, mi cuerpo lo sabía. Lo descubriría con sus instrucciones.

Atrapé mi labio inferior entre los dientes y me moví hacia atrás para agarrarlo. Todas las venas me tentaban, incitándome a explorar este primer contacto de mi mano con su polla. La textura me intrigaba, tan dura pero suave, como acero cubierto de terciopelo, pero él no era un profesor paciente.

—Fóllame, Mila. Ahora mismo —clavó sus dedos en mis caderas mientras me dirigía para alinear la cabeza de su polla con mi coño.

Gemí ante la fricción de su verga sobre mi clítoris, y consideré prolongar esta exquisita tortura. Se sentía demasiado bien. Tan travieso. Sin embargo, obedecí su orden, moviéndome y acercándome para encajar la ancha y abultada cabeza en mi entrada empapada. Unos suaves balanceos hacia adelante y hacia atrás me ayudaron a conseguir una postura estable sobre él, y me hundí solo un poco para dejar que me penetrara hasta ahí y me abriera.

—Oh... —eché la cabeza hacia atrás, estirando el cuello mientras los hormigueos de placer subían por mi cuerpo. Desde la tensión en mi vientre hasta las doloridas puntas de mis pezones, me sentía ardiendo y chisporroteando.

—Fóllame, *Esposa* —ordenó. No iba a esperar. Aunque había insistido en que me pusiera encima para no lesionarse más, tomó el control. Sus dedos se aferraron a mi piel con un agarre castigador que dejaría moratones. Sujetando mis caderas, me mantuvo en mi sitio para empujar su polla más profundamente dentro de mí.

—¡Alek! —grité, mitad por la sorpresa y mitad por la emoción abrumadora. Ese empujón brusco en mi coño se sentía condenadamente bien. Era simplemente tan grueso, tan grande, y la

sensación de estar completamente llena con su verga me emocionaba.

—Fóllame. Ahora.

Me hundí, dejando que mis rodillas se deslizaran sobre el colchón y ensancharan mi abertura para él. Temblando y estremeciéndome, bajé hasta que estuvo completamente dentro de mí. Le miré fijamente, deleitándome con la mirada torturada de necesidad en sus ojos. Después de un breve momento para recuperar el aliento en este ángulo más profundo, me levanté y volví a hundirme sobre él.

No fui elegante mientras aprendía mi ritmo, pero eventualmente, siguiendo las señales de mi cuerpo y la intensa presión del orgasmo que perseguía, lo descubrí.

Él sujetaba mis caderas, instándome a cabalgarlo más rápido y más fuerte, presionando hacia abajo y frotando mi clítoris contra él. Cuando levantó sus dedos hacia ese duro botón de necesidad, me ayudó a llegar más lejos. Cada palabra obscena que decía me empujaba a dejarme llevar, y cuando lo hice, gritando y apretándome alrededor de su polla que se sacudía mientras se corría conmigo, estallidos de luz chisporrotearon detrás de mis párpados cerrados.

Era un desastre tembloroso y estremecido de felicidad, casi mareada por la fuerza de mi liberación, pero él no me dejó caer.

Recogiéndome en sus brazos, me atrajo hacia abajo hasta que quedé tendida sobre él. Y con los latidos constantes de su corazón retumbando bajo mi mejilla, apoyé la cabeza en su pecho y me rendí a la tentación del sueño.

ALEK

Tres veces más, hasta bien entrada la noche, me follé a mi esposa.

Mi esposa.

No sabía si esa frase dejaría de afectarme algún día o cuándo lo haría. Nunca pensé que me casaría. Habría estado contento siendo soltero y permaneciendo sin compromisos el resto de mi vida.

Ahora que estaba casado, no me cansaba de esa frase.

Mi esposa. Me había vuelto adicto al hecho de que era mía. Mía para poseerla, para follarla, para protegerla. Mila me pertenecía por juramento, y nunca lo olvidaría.

Mientras ella dormía hasta bien entrada la mañana del día después de nuestra boda, suspiré y la dejé recuperar fuerzas. La había agotado durante toda la noche, cumpliendo con mi promesa de mostrarle lo intenso que podía ser entre nosotros. La química que chisporroteaba entre nosotros era una fuerza imparable. Bastaba una mirada ardiente, un delicado roce de su piel contra la mía, y volvía a desearla.

La herida que se extendía por mi hombro hasta mi espalda me impedía tomarla con la rudeza que deseaba, pero aun así lo conseguimos.

La hice *trabajar*. Rebotando sobre mi polla con sus tetas agitándose. A cuatro patas mientras la embestía desde atrás. Luego follándome su preciosa boca antes de devorar su dulce coño otra vez.

En la calma de la mañana siguiente, recordé cómo me había dejado sin aliento de otras maneras.

En aquel complejo de oficinas, no había dudado en lanzarse a salvarme. Cuando intenté sin éxito retorcerme para alcanzar mi pistola, ella se había encargado. Tuvo el valor y la valentía de disparar mi arma contra Andrey para salvarme la vida, y nunca olvidaría su sacrificio. Por mí.

Mis hermanos y compañeros soldados no habrían dudado. Pero ¿Mila? Me parecía una tarea prudente analizar por qué sentiría la misma lealtad hacia el hombre que la había secuestrado.

Eligió salvarme, casarse conmigo, y ahora que tenía la oportunidad de pensar sin que la lujuria gobernara mi polla y mi mente, me preguntaba por sus motivos. Claro, me deseaba, pero no era una idiota sin cerebro adicta al sexo que obedecería a su cuerpo antes que a su mente. Era inteligente.

¿Puede realmente preocuparse? ¿Tanto?

Parecía demasiado pronto. No nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, y el tiempo que habíamos compartido estaba salpicado de violencia y antagonismo. Hasta que la secuestré de su boda, éramos enemigos, hijos de bratvas rivales.

¿O se trae algo entre manos?

Era demasiado desconfiado para simplemente confiar en ella, y me molestaba querer hacerlo. Bajar la guardia sería un gran error. Me había casado con ella, pero parecía que la confianza debería ganarse una y otra vez hasta que el concepto penetrara en mi cerebro.

En lugar de quedarme tumbado y dejar que mi hombro y mi espalda dolieran más, me levanté y me estiré para hacer que la piel volviera

a moverse. Estaba sensible y dolorido, pero sobreviviría.

Gracias a ti.

Miré hacia atrás y la vi durmiendo en la cama, intentando endurecer mi corazón ante ella.

Después de vestirme, revisé los papeles doblados que Maxim me había dado. No aprendí nada que no hubiera adivinado o sabido ya. Los Kastava estaban tendiendo una trampa a los Valkov con este primer gran cargamento recibido en su muelle de Colver. Al leer entre líneas de abreviaturas y términos codificados, vi claramente que querían montar una operación de captura. Era obviamente un montaje para poder apoderarse de nuestro territorio.

Mi primer pensamiento fue que otra Familia podría estar ayudando a los Kastava. Teníamos muchos enemigos y rivales, pero ninguna entidad me venía a la mente.

El Cártel Ortez era un serio candidato, pero no querrían trabajar *con* otra bratva para derribarnos.

Los italianos... Me froté la mandíbula, recordando cómo Ivan y yo pillamos a ese espía de los Rossini en nuestro almacén. Ahora eran demasiado pequeños. Los Rossini estaban más débiles por sus pérdidas debido a las luchas internas.

Ojalá pudiera estar seguro. Si pudiera averiguar a quién se supone que hace referencia ese "Doc", porque estaba convencido de que una vez que descubriera a quién pertenecía esa identidad, podría identificar a ese tercero que estaría involucrado en este montaje.

Revisar los papeles me dejó de mal humor, y cuando Mila se despertó, viéndose descansada y tan hermosa como mi esposa completamente follada, no pude evitar dirigir mi actitud hacia ella.

—Es una puta mierda —dije mientras caminaba de un lado a otro, dejando que me observara en mi furia—. Los Kastava están intentando tendernos una trampa.

—Lo siento —dijo en voz baja. No sonaba como si se estuviera disculpando por alguna falta propia, sino simplemente solidarizándose.

No tenía derecho a enfadarme con *ella*. No había empezado esto. Lo hizo su padre. Aun así, ella representaba al enemigo, y mis pensamientos se retorcieron en un nudo desagradable que me dejó inseguro de qué creer o pensar.

—¿Dónde están tus lealtades? —exigí saber. Ahora era mi esposa. Me pertenecía. Pero me preguntaba, no obstante. Nunca había descartado todas mis sospechas sobre ella. Venía del enemigo, y tenía que tener algo acechando en su mente o corazón sobre su familia.

—Contigo, Alek. Mi marido. ¿No lo he dejado claro matando a Andrey cuando quería acabar con tu vida?

—¿Te casaste conmigo para ser una espía? ¿Fue por eso que quisiste casarte conmigo?

Ella se levantó, entrecerrando los ojos con furia mientras se enrollaba la sábana alrededor del cuerpo.

—¿Que yo quise? No te atrevas a hablarme así. ¡Como si hubiera tenido elección en todo esto!

—¿Por qué quisiste casarte conmigo? —Tenía que tener un motivo bajo todo esto—. ¿Qué es lo que realmente buscas?

—¡Nada! —Cerró el puño y lo bajó a un costado—. ¡Nada, Alek! Nunca se me permitió querer nada. Sabía que era mejor no tener jamás un puto sueño.

La observé jadeando y hirviendo de rabia después de su arrebato.

—Mi padre me ordenó casarme con Andrey. *Tú* tomaste el control, secuestrándome. Luego, cuando estaba atada y amordazada, ¡no me diste otra opción que seguir adelante y casarme contigo! —Se señaló

el pecho con el dedo—. Nunca se me ha permitido tomar mis propias decisiones.

Me acerqué a ella, endureciendo mi corazón ante la visión de las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. —Sí pudiste. Podrías haber huido, pero elegiste casarte conmigo.

—Porque quedarme contigo era el camino más inteligente.

¿Inteligente? Me pregunté por su elección de palabras. —¿Te casaste conmigo para ser una espía?

—¿Para *quién*? —sollozó, perdiendo la compostura—. ¿Para quién demonios iba a espiar? ¿Mi padre? ¡Él desea que esté muerta!

Hablaba con la verdad, pero me negué a dejar que sus lágrimas me persuadieran. Sabía que estaba diciendo la verdad. Las mujeres en el mundo de la bratva no tenían verdaderos futuros. No tomaban decisiones importantes ni se les confiaba ninguna responsabilidad duradera. Casi me ablandé al oír su llanto mientras se derrumbaba para sentarse en el borde de la cama, pero me negué a conmoverme tanto y ser tan crédulo.

Toda mi vida había estado expuesto al engaño y los mentirosos, y me negaba a ser estúpido ahora. Incluso con mi esposa.

Cogí una chaqueta y recogí mi teléfono y mi pistola. Sentí que seguía mis movimientos, pero no hice más que mirarla de reojo mientras me despedía. —Voy a hablar con mis hermanos. —Señalé su rostro surcado de lágrimas—. No pienses en irte. El edificio está vigilado y custodiado por hombres leales a mí.

Ella bajó la cara, mirando hacia abajo y a un lado mientras sorbía la nariz con más fuerza.

Y con sus lágrimas goteando sobre las sábanas, salí a grandes zancadas al pasillo, cerrando la puerta de un portazo tras de mí.

Si tan solo pudiera cerrar de un portazo también la puerta del muro que protegía mi corazón, entonces todo estaría bien en mi mundo.

No se suponía que debía... preocuparme. El amor no estaba en las cartas en esta dura vida. Era una debilidad, una distracción, pero ella me atormentaba haciéndome considerar que podía estar surgiendo entre nosotros de todas formas.

MILA

La puerta se cerró de golpe y me estremecí al oír el fuerte portazo. Así sin más, Alek salió furioso de aquí, dejándome como si fuera una cosa que ignorar. Cuando las cosas se ponían difíciles...

Basta. Suspiré con una exhalación llorosa y me sequé la cara. Las lágrimas dejaron un rastro caliente de líquido por mis mejillas, y odiaba que me hubiera empujado a perder la compostura de esta manera. Yo *nunca* lloraba, nunca me derrumbaba, sin importar lo dura que fuera la vida conmigo, pero él había ido demasiado lejos.

¿Qué más puedo hacer, joder?

Disparé y maté a un hombre para salvarle. Elegí casarme con él y renuncié a la idea de huir hacia mi libertad, lejos del mundo criminal en el que orbitábamos.

Y aun así, no confiaba en mí.

Me había mirado con un odio tan abrasador, asumiendo que *yo* era la mala que iba a por él. Que estaba trabajando para joderle como alguna femme fatale ultrasecreto.

Resoplé y puse los ojos en blanco. Era tan ridículo que casi me reí, pero estaba demasiado disgustada para relajarme y tomarme a risa su reacción.

No me sorprendía que fuera desconfiado y rápido en asumir lo peor de mí. No me habría sorprendido si no hubiera adivinado mi motivo. Alek había vivido una vida dura plagada de manipulación y frustración. No era un alma gentil, y le habían criado para ser un cabrón insensible. Pero por el amor de Dios, estaba demasiado confundida para entender cómo había cambiado tan repentinamente su humor desde anoche.

¿Para quién creía que estaba espiando? ¿Para mi padre que me quería muerta?

No tenía sentido. Me había despertado con un fino y tenue hilo de esperanza. Al abrir los ojos a un nuevo día, empecé a pensar que estábamos construyendo algo real aquí, algo mucho más que simplemente follar o armar juegos de poder.

Ahora, solo demostraba ser como Andrey o mi padre, todos los otros hombres que había conocido en mi vida: egoísta y sin dejar que nadie entrara en su vida.

Levantándome, luché por un momento de fortaleza. Estaba decidida a mantenerme positiva. Porque esto era de esperar, ¿no? Así era como mi vida estaba destinada a desarrollarse, como el objeto de los deseos de un hombre.

Mientras iba al baño y empezaba a asearme y ducharme, me preguntaba cuánto peor podría tratarme Alek. Si quería comenzar el primer día de nuestras vidas juntos con una pelea, ¿a qué escalaría en el futuro?

Justo cuando empezaba a sentirme cómoda con él y a disfrutar cómo podía empujarme y persuadirme a rendirme a su marca de placer brutal, haciéndome sentir tan bonita y sexy y deseada, no gorda ni indeseable, tenía que volver a convertirse en un capullo.

Después de ducharme y secarme, busqué entre su ropa las prendas más pequeñas que pudieran cubrirme. No tenía ropa. No tenía *nada*

ni a nadie aquí, y no sabía cuándo podría esperar que me entregaran algo.

Debería estar agradecida de que se olvidara de atarme otra vez. Resoplé, irritada por mis pensamientos amargos mientras salía de la habitación.

No sabía qué hacer, pero me negaba a sentarme y esperar a que regresara. Tanto tiempo de inactividad causaría estragos en mi mente. Así que me levanté e intenté mantenerme lo más ocupada posible. Ordenar el apartamento se sentía como si estuviera entrometiéndome e invadiendo el espacio de otra persona, pero quité el polvo y organicé el desorden mínimo por todo el apartamento. Cuando terminé, consternada porque solo había durado una hora, supe que estaba demasiado inquieta para sentarme de nuevo.

Aburrida y sin poder descansar con todos mis pensamientos, me dirigí a la cocina y revisé los contenidos disponibles. Podría empezar a preparar una comida. Pronto sería la hora de comer, pero si él necesitaba más tiempo para rumiar y poner distancia entre nosotros, podría ser la cena. Incluso si acabábamos dejando este lugar y quedándonos en otro sitio, sería una forma productiva de pasar los minutos u horas hasta que quisiera volver.

Justo cuando alcanzaba dentro del frigorífico el recipiente de pollo en la parte trasera de la estantería, oí que se abría la puerta.

—¿Qué te parece...?

Unos brazos me rodearon, cortando mi anuncio sobre la comida. Los miembros musculosos me sujetaron con fuerza, pero se sentía totalmente mal. *Él* estaba mal. Este intruso enmascarado no olía como mi marido, todo picante y limpio con su familiar aroma almizclado debajo. No era tan alto como mi esposo, rústicamente en forma.

Este hombre era demasiado brusco, empujándome contra la encimera mientras me apartaba del frigorífico.

Su mano enguantada me tapó la boca, ahogando mi grito. Peor aún fue el empujón inmediato de su otra mano. La metió bajo mis pantalones, tratando de quitarme la ropa.

—¿Jugando a ser ama de casa ahora? —gruñó en mi oído mientras me agarraba con fuerza, clavándome las uñas en la piel de la parte superior de mis muslos.

Mi pulso se disparó con el instantáneo trueno de mi corazón.

Geoff. Reconocí su voz. Recordaba ese tono siniestro y asqueroso cuando intentaba salirse con la suya conmigo. De todas las personas que podían colarse aquí y atacarme, él era el último que quería volver a ver o saber de él.

La rabia creció dentro de mí, y me lancé a luchar, forcejeando y retorciéndome para liberarme. Mi lucha le animó a agarrarme el coño con más fuerza. Grité ante el contacto intrusivo y doloroso, pero ese ruido era justo la recompensa que él buscaba. Mi agonía era música para sus enfermos oídos. Se rio, bajo y malvado, como si mi reacción fuera un regalo perfecto para el sádico que era.

—Ya era hora de que pusiera mis manos sobre ti —se burló.

Me eché hacia atrás, intentando escapar de la forma en que me aprisionaba contra la encimera. Él era más alto y fuerte, y actuaba impulsado por años de obsesión reprimida hacia mí. Nunca me liberaría. Estaba condenada, sola y sin armas en este lugar.

No quería pensar en cómo había entrado aquí. Alek dijo que estaba vigilado. Vi las cámaras y los guardias de seguridad al llegar. Era una fortaleza protegida, pero aun así, Geoff había conseguido entrar.

Si se había tomado tantas molestias para llegar hasta mí, no se detendría por nada.

¡Por nada del mundo le dejaré salirse con la suya!

Desesperada y en pánico, mordí con fuerza su mano enguantada que cubría mi boca, triunfante cuando mis dientes atravesaron el cuero y perforaron su piel.

—¡Zorra! —Bajó la mano y la sacudió, luego se arrancó la máscara —. Soy yo. No me muerdas, joder.

—Sé quién eres —repliqué. Como si reconocer que era uno de los hombres de mi padre fuera a hacer que me comportara. Saber que estaba asociado con mi padre me enfurecía más, no al contrario.

Me agarró del pelo, echándome la cabeza hacia atrás mientras maldecía y forcejeaba más rápido con mis pantalones.

—Entonces sabes que más te vale escuchar bien. Dame esos papeles.

Su respiración salía en exhalaciones apresuradas mientras luchaba por mantenerme cautiva y bajarse los pantalones.

¿Papeles? No entendía.

—Necesito esa información que le dieron a tu *marido* —escupió la palabra con desprecio— en vuestra puta boda. ¿Dónde está?

¿Los papeles doblados? Apenas me había dado cuenta de lo que eran cuando Maxim se los entregó a Alek. Vi esas líneas de código, pero estaba atrapada en modo pánico por haber matado a Andrey. No había vuelto a pensar en ellos, no hasta que Geoff habló ahora.

No quería saber cómo podía estar al tanto de ellos. Los espías y el espionaje eran habituales en nuestro mundo. Cualquier cosa podía ser rastreada o seguida. Tal vez aquel hombre que Alek envió a Pavel había hablado demasiado pronto o en algún lugar donde los soldados de Kastava pudieran haberlo escuchado. Había muchas formas en que Geoff o los hombres de mi padre podrían haberse enterado de que Maxim le dio a Alek información confidencial. Lo único que importaba ahora era que Geoff lo sabía, y planeaba utilizarme para obtener esa información para sí mismo.

Me sacudí y retorcí, luchando contra él hasta mi último aliento. Si se atrevía a tocar lo que no era suyo, si intentaba encajar donde solo Alek pertenecía...

No. Grité, arañando para liberarme.

—Necesito esa información, zorra. ¿Dónde está?

—¡A la mierda esos papeles! ¡Y a la mierda tú! —Un fuerte codazo a su costado casi me ganó la libertad, pero él resistió con un gruñido y me sujetó con más fuerza. Mi cuero cabelludo ardía con el apretón más intenso de sus dedos en mi pelo, y las lágrimas corrían por mi rostro.

—No, te follaré a *ti*, zorra. Tu padre debería haberte entregado a mí. Aunque ahora seas mercancía dañada, puedes servirme. Servir a tu Familia y cumplir con tu deber. Me darás esos papeles justo después de que me folle este coño.

Apreté los dientes con tanta fuerza que mi mandíbula se tensó por el esfuerzo. Una furia fea y oscura me llenó al recordar que según él, según mi padre, según todos los hombres del mundo, yo siempre sería algo para usar. Para desechar.

—No seré una espía —Extendí la mano, agarrando lo más cercano en la encimera mientras él trataba de separarme las piernas.

Su pecho se agitaba contra mi espalda mientras me obligaba a inclinarme para poder violarme.

—Claro que lo serás.

—No seré un peón en esta guerra —Entrecerré los ojos mientras él golpeaba mi cabeza contra la encimera, forzando mi trasero al aire. Vi todo rojo incluso mientras en mi mente deseaba que Alek estuviera aquí para salvarme.

Sin embargo, no estaba. Y de nuevo, dependía de mí salvar la situación.

Agarré el mango del cuchillo que había planeado usar para preparar la comida, pero en su lugar, apunté hacia Geoff. Él perdió su agarre sobre mí mientras yo giraba las caderas. Antes de que pudiera meterse dentro de mí, alargué la mano y agarré con fuerza su pene... y se lo corté de un solo movimiento fuerte y contundente.

Me soltó, gritando y cayendo hacia atrás, y salí corriendo.

No me detuve a comprobar si me perseguiría. No aminoré para coger zapatos.

Mientras él chillaba y emitía mórbidos aullidos de dolor y rabia en la cocina, yo salí corriendo por la puerta que seguía abierta y huí como si mi vida dependiera de ello.

ALEK

No me alejé mucho de Mila. A un par de manzanas calle abajo, mis hombres esperaban en el sótano de un almacén. Habían renovado oficinas en la planta baja, y era allí donde mis hermanos y varios otros soldados estaban de pie o caminando de un lado a otro. Esconderse y trabajar en las sombras no ofrecía ningún orgullo, pero hasta que tomáramos el control, operaríamos como pudiéramos. No éramos cobardes que se movían con sigilo alrededor de Pavel y sus hombres, sino hombres precavidos en guerra.

Los llamaba mis hombres porque lo eran. Mis hermanos siempre estarían a mi lado. Estos otros eran leales a la Familia, no a Pavel.

Ivan y Dmitri me saludaron con un gesto de cabeza, y fui a reunirme con Nikolai y Maxim. Este último había recibido tratamiento. Tenía que haberlo hecho, porque se veía mucho mejor que el día anterior.

—¿Dónde está tu mujer? —preguntó mientras me sentaba en un taburete.

Ya les había enviado un mensaje para que uno de nuestros médicos estuviera presente. Confiaba en los puntos que Mila me había dado en la espalda y el hombro, pero no estaría de más que alguien más los revisara.

—Descansando —respondí secamente. La verdad es que me había alejado de ella hecho una furia, molesto por lo mucho que quería

dejarla entrar y sentir algo por ella. Emociones como esa serían mi perdición.

—Hmm. —Ivan intercambió una mirada con Nik, quien no logró ocultar una sonrisa.

Dejemos eso ahora. No había venido aquí para escucharles darme la lata o burlarse sobre por qué y cómo habría dejado a Mila tan cansada como para necesitar descansar hasta tan tarde.

Les lancé una mirada severa, esperando que un respiro lejos de ella me proporcionara mayor claridad mental.

—¿Quién te cosió? —preguntó el médico mientras me apartaba más la camisa del hombro para examinar la herida.

—Mila —respondí, y luego aclaré la garganta. Miré alrededor de la habitación, levantando la barbilla como gesto de aprobación. Entendieron que quería una actualización, no que me preguntaran cómo nos llevábamos Mila y yo.

—Pavel está furioso —dijo un soldado—. Le han hecho creer que tú disparaste a Andrey.

Asentí. *Justo como quería.*

—Ha jurado venganza. Ha puesto precio a tu cabeza. —El hombre miró al resto de nosotros—. Y todos estamos vigilando a los soldados que está enviando para conseguirlo.

—Lo agradezco —respondí solemnemente.

—Tú nos liderarás, Aleksei —dijo otro. Algunos más repitieron el mismo sentimiento, prometiendo su lealtad hacia mí y que seguirían mis instrucciones.

—Ya era hora —afirmó alguien más. De hecho, estos hombres me respetaban más por creer que yo había matado a Andrey. No estaban molestos por perder al supuesto heredero de la bratva. Al

contrario, me tenían en mayor estima por haber hecho el trabajo sucio.

Reiteré la necesidad de precaución, y ellos explicaron cómo también estaban vigilando el muelle de Colver y siguiendo a miembros selectos de la fuerza de Kastava.

—Quieren tendernos una trampa —dijo Nikolai—. Quieren apoderarse de nosotros con el cargamento.

—Pero ¿quién les está ayudando? —preguntó Maxim—. He revisado esos códigos varias veces, y simplemente no lo entiendo.

Yo sí. Durante el camino hasta aquí, lo comprendí todo. —La policía.

—Bueno, sí —dijo Ivan—. Nos tenderán una trampa para que carguemos con la culpa de ese envío de armas. Y las fuerzas del orden caerán sobre nosotros como nunca antes con un cargamento tan grande.

—No tan grande —argumentó Maxim—. Pavel nunca tuvo suficiente para financiar un cargamento tan grande como presumía.

—De todos modos, la policía estará allí cuando todo se desmorone —argumentó Nik.

—¿Qué policía? —preguntó Dmitri, dándose cuenta de lo confiado y tranquilo que estaba yo. Sabía que yo estaba tras una pista.

—¿Te lo explicó Mila? —preguntó Nik—. Ella trabajaba en esa oficina. En su empresa tapadera.

Había descartado esa conexión. Sergei nunca habría confiado directamente en ella para darle pistas vitales. Negué con la cabeza.

—Pero ¿puede ayudarnos? ¿Puede darnos alguna información?

Me tensé. —Mi mujer no es un peón que usar.

No dijeron nada, vacilantes ante mi tono sombrío.

—No tiene información que darme —dije, sabiendo en ese momento que tenía que ser verdad. Si tuviera algo que compartir, lo habría hecho. No podía ir a medias en esto. ¿Cómo podría querer salvarme la vida pero no ayudarme a ganar esta guerra?

—No necesito más información. Lo tengo todo. Lo tenemos todo. —Con el médico terminando de inspeccionar mi herida, volví a ponerme la camisa y la chaqueta, y luego saqué los papeles de mi bolsillo interior.

Me había llevado demasiado tiempo darme cuenta, pero releer las líneas codificadas una y otra vez me ayudó a comprenderlo.

—El Doc —dije.

—¿Te refieres al *muelle*? —adivinó Maxim—. ¿Haciendo referencia al muelle Colver que queremos de los Kastava?

Negué con la cabeza. —No. Como el antiguo médico. El "Doc".

Nadie reaccionó, y me volví hacia Nikolai. Él estaba más acostumbrado a esta especialidad, a trabajar encubierto en misiones. —¿Recuerdas a ese novato que ascendió de rango porque se disfrazaba de médico para acercarse a sus objetivos en los casos?

Chasqueó los dedos y maldijo. —Ese cabrón.

—¿Quién? —preguntó Ivan.

—Stephen Murphy. Ese maldito policía traicionero. Lo recuerdo.

—¿Está involucrado? —preguntó Dmitri.

Asentí con la cabeza. Releer estas pistas en los correos electrónicos que Maxim había interceptado fue todo lo que necesité para refrescar mi memoria. Stephen Murphy siempre había sido una espina en nuestro costado. Todos los policías y detectives querían acabar con la bratva, y él era el más astuto de todos. Una vez se había infiltrado de incógnito en una prisión, fingiendo ser médico, para conseguir la declaración de uno de los hombres a los que la

bratva casi había matado. Fue un desagradable caso de su palabra contra la de ellos, y desde entonces, todos sabíamos que nunca se podría confiar en él.

—¿Entonces a qué estamos esperando? —preguntó Ivan.

Negué con la cabeza. Teníamos que hacer esto bien. Si Murphy o cualquier otro policía estaba intentando ayudar a Sergei Kastava a tendernos una trampa, nosotros teníamos que ser igual de astutos y cuidadosos al contraatacar. —No estamos *esperando*. Estamos planeando.

Y así lo hicimos. Con esta docena aproximada de leales, maquiné y planifiqué cómo contraatacar. Nikolai y Maxim trabajaban en el portátil, accediendo a software de vigilancia para encontrar dónde podría estar ese cabrón de policía. Ya habíamos puesto un localizador a Pavel y a Sergei también.

El resto intentábamos pensar cómo podríamos cambiar los detalles de la llegada del cargamento para que los Kastava no nos jodieran. Sus hombres y soldados tendrían que estar en el muelle. Ellos dirigirían a los equipos que descargarían la mercancía, pero el transporte de las armas desde los muelles hasta el almacén sería donde pondríamos la trampa. Los policías no podrían culpar a los Valkov, sino a los hombres de Sergei.

Durante otra hora más, deliberamos sobre el mejor método para asegurarnos de que no seríamos nosotros quienes cargáramos con la culpa en este escenario. Si alguien iba a ser atrapado por la ley con uno de los mayores cargamentos de armas de Norteamérica, no seríamos nosotros.

Cuanto más tiempo pasaba separado de Mila, más empezaba a considerar que podía confiar en mi instinto respecto a ella. No quería pensar que la echaba de menos. No tan pronto. Habíamos estado juntos en estrecha proximidad durante tanto tiempo que se sentía extraño estar separados.

Pero ella no es el enemigo. No tuvo elección al nacer como Kastava, pero mediante el matrimonio, yo la había ayudado a arreglar su identidad. Ahora era una Valkov. Era mía.

Y me sentía más cerca de estar listo para confiar en ella.

Ni una sola vez había pedido ver esos papeles. No había dicho ni actuado de ninguna otra manera sospechosa.

Y lo más importante, me había salvado la vida. Tenía que reconocérselo y empezar a considerar seriamente que quizás ella deseaba estar de mi lado sin ningún plan nefasto oculto tras sus ojos.

—¿Alek? —Dmitri se acercó, levantando un dedo para captar mi atención—. Tengo localizado a Murphy. —Guardó su teléfono en el bolsillo y asintió.

Sabía que no tardaría mucho. Además de estos hombres aquí presentes, había más trabajando en las calles. Y otros más vigilando el edificio donde había dejado a mi mujer llorando sobre la cama.

Basta. Podré compensárselo más tarde.

—Vamos. —Ya era hora de que alguien localizara al policía al que se referían ambiguamente como "El Doc" en esos correos electrónicos codificados y encriptados—. Iré contigo para... hablar con él.

Porque cuanto antes pusiéramos *nuestra* trampa para joder a nuestros rivales, antes podría volver a casa y ocuparme de mi mujer.

Actuar en esta guerra me haría sentir mejor. Me sentiría productivo, como si estuviera logrando algo. Todo este tiempo desde que había instigado esta guerra y agitado las cosas, había estado escondido, al acecho y manteniendo a Mila fuera del alcance de cualquiera.

Su seguridad era primordial. Ella era mi prioridad, mi futuro, pero mientras tanto, yo podía ser el líder para el que había nacido. Les demostraría a estos hombres, mis hombres, cómo Pavel había fracasado en guiarnos.

Un verdadero líder saldría a la zona de guerra y manejaría las batallas él mismo.

Dmitri se subió al asiento del conductor de un coche estacionado en la parte trasera, pero esperó antes de girar la llave.

—¿Qué ocurre? —pregunté mientras metía la mano en su chaqueta.

—Revisé la caja fuerte de Pavel como me pediste.

Fruncí el ceño.

Nikolai se unió a nosotros, deslizándose en el asiento trasero.

—Me dijiste que buscara las cosas de Padre. Que encontrara el anillo de Madre para dárselo a Mila antes de que te casaras con ella —dijo Dmitri.

—Y no pudimos encontrar una mierda. Pensé que lo había quemado todo o algo así —añadió Nik desde atrás—. Hasta que se me ocurrió mirar en su caja fuerte.

—La forzó —dijo Dmitri—. No encontramos el anillo, ni nada de Padre, excepto esto. —Su expresión era cautelosa y triste, casi como si no quisiera mostrarme lo que este papel revelaría.

Tomé el documento, dándome cuenta de que en realidad eran dos. El primero era el certificado de nacimiento de Pavel. El otro era el de nuestro padre. Eran gemelos. Todos lo sabíamos, y como tal, no había nada que cuestionar. Eran hijos legítimos de nuestros abuelos. No bastardos.

Me encogí de hombros.

—Las horas —me indicó Nik.

Miré de nuevo. Y otra vez. De un lado a otro, recorrí con la mirada los números que no podían mentir.

Pavel no era el gemelo primogénito.

Mi padre, Pyotr Valkov, lo era.

Lo que significaba que Andrey nunca había sido el verdadero heredero de la bratva.

Lo soy yo.

Golpeé el salpicadero con el puño, furioso por el engaño de mi tío.

—Una razón más para terminar este asunto —dije, dejando que la ira se filtrara a través de mis palabras.

Porque él es el siguiente. Y será el último que intente arruinar la verdad tal como la conozco.

MILA

Salí corriendo del apartamento y casi me estrello contra la pared. Un guardia yacía muerto en el suelo del pasillo, con una bala perfectamente incrustada entre sus ojos.

Geoff lo había matado. Tenía que haber sido él. No había otra explicación, pero sabía que ese hombre estaba demasiado trastornado.

No podía detenerme. Parar o dudar sería un grave error. Con Geoff herido y furioso en el apartamento, estaría ansioso por perseguirme. No tenía forma de adivinar si contaba con refuerzos, dónde podrían estar escondidos o esperando otros miembros de la fuerza de mi padre, o si alguien aquí me ayudaría.

Si Alek podía cuestionarse a sí mismo y mostrar evidencia de no poder confiar plenamente en mí por ser una Kastava, ¿lo harían también sus hombres?

Corrí hasta llegar a la calle. Estar al aire libre me ayudó a combatir la claustrofobia que me había invadido en los pasillos mientras huía de la escena, pero en las calles de nuevo, me sentí más vulnerable. Los hombres de mi padre podrían estar aquí fuera. Los de Alek también. Parecía que sin importar dónde mirase o qué hiciera, los enemigos siempre estarían acechando demasiado cerca.

¿En quién puedo confiar? ¿Adónde puedo ir?

La lluvia caía del cielo, y con una gélida ráfaga de aire cortando la calle, quedé instantáneamente helada por algo más que solo el miedo.

Me protegí la cara mientras me atrevía a mirar atrás. Nadie corría tras de mí, pero una sensación fantasma de sentir que me perseguían me mantuvo corriendo lejos del edificio. No podía oír a nadie corriendo tras de mí. Nadie apareció de repente e intentó agarrarme, pero el terror permaneció bajo mi piel, impulsándome a alejarme a toda prisa.

No tenía sentido de la orientación. En lo profundo de este territorio Valkov, estaba perdida y desconocía mis alrededores. Todo lo que sabía era que debía seguir corriendo y buscar un lugar donde esconderme. Tres veces, casi me precipité en los cruces. La gente gritaba y sonaban bocinas, pero ignoré todo y seguí adelante. Si me mantenía en movimiento, sería más difícil que me atraparan.

El tiempo se me escapaba, y me fui quedando más fría y cansada sin tener idea de cuánto tiempo llevaba corriendo, y mucho menos adónde me dirigía.

No tenía a nadie a quien llamar para pedir ayuda. Alek no me había dado un teléfono, y de todos modos no habría sabido su número. Mi padre tampoco era una fuente de ayuda. Quería verme muerta. Rosamund podría haber sido lo más cercano a una persona que podría considerar amiga, pero ella tampoco estaba a mi alcance.

No tenía nada ni a nadie, y luché contra las lágrimas al sentir lo mucho que deseaba tener a Alek conmigo.

Él me había protegido hasta ahora. Sentía la confianza de que lo haría de nuevo. Tenía mucho que aprender sobre él, pero de alguna manera sabía que era un hombre de palabra. Cuando se casó conmigo, lo había dicho en serio.

—¡Eh!

Me arrepentí de haber reducido el ritmo a un simple caminar. Mis pulmones ardían. Mi piel estaba helada y empapada, y mis pies sangraban por correr tan fuerte descalza por las aceras.

Un par de policías de patrulla me habían visto, y sabía que no se rendirían. No me había vestido para el clima, y estaba segura de que mis ojos aún no habían perdido esa expresión de puro horror y miedo.

—¿Estás escapando? —preguntó uno. El otro hablaba por el micrófono de radio de su abrigo.

—No —tragué saliva, forzando la humedad por mi garganta seca que se sentía tan áspera y dura por el esfuerzo de correr con tanta intensidad.

—Tranquila, señora, tranquila.

Retrocedí mientras se acercaban.

—Estamos aquí para ayudar.

Negué con la cabeza. Podrían pensar que podían hacerlo, pero yo sabía mejor. Querrían saber a quién pertenecía, dónde tenía mi hogar, y no podía revelarlo.

—Señora —uno levantó la mano. Su compañero se apresuró tras de mí cuando me giré para salir corriendo de nuevo.

Un tercer policía me detuvo. Debía estar viniendo a unirse a ellos en este día lluvioso, y fue contra su ancho pecho donde me estrellé.

Retrocedí por el impacto, pero él me agarró del brazo. Sus dedos se cerraron alrededor del punto donde me habían disparado, y siseé al contacto.

—¿Está herida? —exigió saber.

Lo estaba. Pero me negué a hablar con ellos. Era demasiado peligroso. Aunque ya no fuera una Kastava, ahora era una mujer Valkov, y ninguna mujer de la bratva hablaba libremente con las

fuerzas del orden. Esa regla de vida había sido inculcada en mi cerebro desde una edad temprana.

Me desplomé, atrapada y mantenida en mi sitio mientras los policías se agrupaban a mi alrededor. Los peatones no se dieron cuenta, manteniendo sus caras agachadas o cubiertas bajo paraguas. Todos nos esquivaban mientras permanecíamos en el centro del camino, y recé para que solo uno de ellos, cualquiera, pudiera intervenir y ayudarme a escapar.

Había estado rezando por un rescate, pero sabía que estas figuras de autoridad no me salvarían.

—Es la hija de Kastava —dijo el policía pelirrojo. Una mueca se deslizó por su rostro mientras me miraba de arriba abajo. El agua se acumulaba y goteaba de su barba pelirroja, y apretó su agarre en mi brazo.

Joder.

—Supongo que deberíamos devolverla a donde pertenece —dijo otro mientras el pelirrojo me sujetaba con fuerza.

—No —tragué saliva—. No soy ella. No soy nadie.

¡Soy la esposa de Aleksei Valkov, maldita sea!

El grito esperaba en la punta de mi lengua, pero no pude liberarlo.

Mientras me instaba a caminar con él, me di cuenta de que me llevaba hacia una comisaría por la que había pasado corriendo. Si me llevaba allí dentro, no tendría ninguna posibilidad de escapar.

No quería volver con mi padre. Eso significaba muerte segura.

No quería que me zarandearan o me retuvieran como una prisionera. Una vez había sido suficiente.

—Murphy, quizás tenga razón —argumentó el otro policía—. Parece perdida.

¿Murphy? Me exprimí el cerebro, recordando la última vez que había visto ese nombre. No lo había escuchado, sino leído. Hace tiempo, cuando mi padre me pidió que comenzara a reenviar esos correos en ese extraño ciclo de emails en cadena, ese nombre había estado incluido en las abreviaturas y códigos. Solo lo había visto aquella vez, y después, se había utilizado el apodo de *Doc*.

¡Dios mío!

Era él. Él era la persona a la que hacían referencia en todos esos emails secretos.

¡Un policía! Esos códigos y abreviaturas estaban ocultando el hecho de que mi padre se estaba apoyando en la policía para ayudarle a tomar el control de la familia de Alek.

Mi padre había ido demasiado lejos, rebajándose a trabajar *con* las fuerzas del orden para derribar definitivamente a la Bratva Valkov. Su codicia era tan grave, un impulso que lo consumía todo, que había acudido a externos para derrotar a su enemigo.

Mi corazón latía más rápido mientras todas las piezas encajaban. Nunca me habían contado nada concreto, pero con lo poco que sabía por gestionar el negocio falso de S.T.L., era consciente de que pronto llegaría un gran cargamento ilegal.

¿Cuándo? ¿Cuándo se supone que va a ocurrir? No había estado en el ordenador durante los últimos días, y parecía como si aquellas horas pasadas en la oficina pudieran haber sido años atrás. Había sentido nostalgia por ser entregada en matrimonio porque señalaba el fin de mi servicio en la oficina. Me había gustado tener trabajo que hacer, aunque fuera indescifrable.

¡Mañana! Jadeé al darme cuenta de la línea temporal de los días que habían pasado. Con mi boda, su abrupto final, luego ser secuestrada, follada y casada, había pasado el tiempo suficiente para que el gran cargamento estuviera casi aquí. Cualquier cosa que

mi padre hubiera maquinado contra Pavel Valkov, iba a ocurrir en el muelle Colver mañana.

¡Tengo que contárselo a Alek! Pensé de nuevo en cómo Maxim le había entregado unos papeles que parecían tan similares a los correos que yo había reenviado. No había pensado lo suficiente en ellos, pero Maxim debía haberlo interceptado todo de alguna manera.

Alek quería expulsar a su tío del poder, probablemente porque tenía sospechas sobre lo que su tío y mi padre estaban haciendo, trabajando "juntos" en este cargamento. Dudaba que Pavel fuera consciente de que este policía corrupto también estaba incluido en esa versión secreta y engañosa de trabajo en equipo.

Es una trampa. No me extraña que haya estado tan en guardia y nervioso conmigo.

Alek no solo estaba desengañado, era astuto y estaba decidido a asegurarse de que la Bratva Valkov no se arruinara.

El policía tiró de mí para que caminara más rápido. —He dicho que qué estabas haciendo aquí fuera.

No le había oído preguntarme la primera vez, demasiado ocupada conectando todas las piezas.

No se merecía la verdad de mi parte, y luché por arrancar mi brazo de su agarre. —Suélteme.

Silbó, levantando la cabeza hacia un hombre que acechaba en las sombras cerca de la entrada de la comisaría.

Me encogí hacia atrás, con miedo de ver a Lev allí de pie, como si hubiera estado esperando. Probablemente había venido como refuerzo de Geoff, esperando en la distancia mientras Geoff intentaba ponerme a raya.

—Joder —sacudí la cabeza, arañando para alejarme del policía—. No. Suélteme.

—Oh, te soltaré, claro que sí —me empujó hacia delante para que Lev pudiera capturarme.

—Te soltaré justo de vuelta a las manos de tus controladores —el policía se rió, saludando con la cabeza a Lev—. Encontré a una de los vuestros.

—¡No! —me retorcí, luchando por liberarme, pero Lev apretó su brazo a mi alrededor.

—Gracias, Doc.

Jadeé de nuevo, sabiendo sin lugar a dudas que este policía estaba metido en la trampa.

—¡Suéltame! —lo grité más fuerte, ganándome algunas miradas mientras Lev me arrastraba por el callejón.

—Suéltame —le grité mientras me arrastraba bajo la lluvia—. Quiero ir con mi marido.

Se rió oscuramente, bajando más su capucha mientras me arrastraba hacia un coche aparcado en el callejón.

Mi vida pasó ante mis ojos de nuevo. En el segundo en que me metiera en ese coche y me llevara de vuelta a mi padre, estaría muerta. No obtendría misericordia, ni oportunidad de suplicar por mi vida. Él no me valoraba, para nada, especialmente después de haberle desafiado casándome con Alek en lugar de con Andrey.

—¡Él me estará buscando! —grité, desesperada por volver con el hombre al que quería ayudar—. ¡Mi marido me estará buscando!

—Como si me importara una mierda.

—Lev, no puedes llevarme de vuelta. No quiero ver a mi padre.

Él se burló. —Él tampoco. Solo te quiere muerta. Fuera del mapa, zorra traidora.

—¡Solo déjame ir!

—No —sacudió mi brazo, moviéndome para que me diera prisa en llegar a su coche—. ¡Si no puedes servir como espía de la forma que él quiere, no sirves para nada!

Lev me agarró mientras arrastraba los pies, obligándole a darse la vuelta y atraparme.

Se detuvo en seco, levantando la cara al ver que no estábamos solos en este callejón.

Una mirada asesina se clavó en nosotros.

Alek.

¡Había venido! La esperanza me llenó, y dejé escapar un grito de alivio solo al verlo en mi momento más oscuro y desesperanzado.

Estaba allí de pie, haciendo crujir sus nudillos con la promesa de una rabia furiosa en sus ojos oscuros.

Como una premonición de dolor, parecía listo para matar.

Por mí.

ALEK

Ver a Mila atrapada en las manos del mejor soldado de Sergei Kastava me hizo sumergirme en una espiral de rabia profunda como nunca había sentido. Mis brazos y piernas vibraban con la urgente necesidad de infligir dolor, y dejé que la ira me cubriera como un escudo.

Exhalé con fuerza por la nariz un momento, dejando que esta imagen se grabara en mi cerebro. Porque esta sería la última vez. Esta sería la última vez que cualquier hombre se atreviera a tocar a mi mujer.

—Suelta a mi esposa —ordené con un tono letal que no prometía misericordia.

—Que te jodan —se burló Lev, empujándola a un lado sin importarle que resbalara y cayera en un charco. Escuchar su grito ante el brusco trato avivó el fuego y la ira dentro de mí. Estaba furioso, abrumado por el impulso inmediato de acabar con su vida.

—Tocas a mi esposa y mueres —juré. Le masacraría y mataría a cualquier otro hijo de puta que se atreviera a dañar un solo pelo de su cabeza.

Mila era mía, y quemaría el maldito mundo por ella si fuera necesario.

Levantó su pistola para apuntarme, pero no era tan estúpido. No iba a caer en su provocación. Estábamos justo al lado de la comisaría. Los agentes y detectives inundarían la zona. Usar armas aseguraría que todos los policías —incluido Murphy— vendrían corriendo a intervenir.

Sergei ya había llegado a algún tipo de acuerdo con las fuerzas del orden para tender una trampa a la Bratva Valkov. Se pondrían del lado de Lev aquí, no del mío, y no necesitaba arriesgarme a más obstáculos para recuperar a Mila en mis brazos y ponerla a salvo.

En su lugar, me lancé contra Lev, tirando su pistola al suelo. No la había sujetado con suficiente firmeza, y el arma golpeó el pavimento, aflojando el silenciador que le había acoplado. En vez de eso, contraatacó con manos y pies, atacándome y forcejeando para derribarme, hombre contra hombre.

No ganaría. No había forma de que yo resbalara y le dejara ponerse encima así. Haberlo visto siendo rudo con Mila aseguraba que recibiría cada gramo de mi ira, y la desahogué toda con cada puñetazo, golpe y patada que descargué sobre su cuerpo y cara. Esto era rabia sin restricciones. Desaté una constante corriente de violencia hasta que jadeó y tembló, luchando por levantarse sobre sus rodillas. No podía continuar, agotado por la batería de mis puños.

Una niebla oscura de violencia había reclamado mi mente, y no pararía hasta que exhalara su último aliento.

—La tocas, mueres —le recordé mientras agarraba su cabeza y giraba con fuerza.

Un crujido final y repugnante siguió al gesto. Su cuerpo quedó inerte, desplomándose en mis manos antes de soltarlo con un empujón. Abatido y derrotado, se dobló y se hundió en los charcos del callejón.

Me quedé allí recuperando el aliento tras la sangrienta y brutal pelea a muerte, mirando fijamente su cadáver mientras esperaba que mi corazón volviera a un ritmo normal y más estable. No me calmaría en un año, parecía. Mi corazón seguía acelerado, alterado por ver a Mila siendo objetivo y capturada para ser devuelta a su padre.

Aun así, la había oído suplicar que la soltaran. Los recuerdos de sus gritos se reproducían en mi mente, cuando había exigido a Lev que la liberara. Sus advertencias de que yo estaría buscándola y queriendo recuperarla.

Tenía razón. Y se equivocaba.

Dmitri y yo habíamos venido aquí para acorralar a Murphy y espiarlo con el fin de cambiar los detalles del gran envío que llegaría mañana al muelle de Colver.

Tan pronto como él aparcó cerca, recibí una llamada informando de las muertes de tres guardias en el edificio, todos abatidos a tiros por nadie menos que Geoff Federov. Las cámaras le habían captado irrumpiendo e intentando violar a mi esposa en nuestra casa.

En el segundo en que la oí llorar en el callejón, había vuelto corriendo, asegurándome de que Dmitri pudiera marcharse para ocuparse del caos en el edificio.

Está hecho. Está muerto. No puede hacerle daño. Solté una respiración profunda más y me giré para verla donde se había escondido junto a un contenedor. Empapada, parecía mojada y miserable. La vi temblando de frío mientras me acercaba a ella. Su pelo estaba pegado a su cabeza, y cuando me aproximé, me miró con ojos muy abiertos, confiados pero temerosos. Inestablemente, se puso en pie, pero no apartó las manos de sus oídos. Sin duda se los había tapado ante el horrible sonido del cuello de Lev rompiéndose.

—Ven aquí —no lo ordené con dureza a pesar de la ira que aún hervía en mi sangre. Le ofrecí mi mano, tratando de atraerla más

cerca.

Vino. Se acercó cuidadosamente, bajando las manos para tomar la que le tendía.

En el momento en que colocó sus delicados dedos, tan helados y mojados, en mi mano, la atraje hacia mí y la envolví en mis brazos.

Sollozaba, tiritando, estremeciéndose y sorbiendo contra mí. Sentí cada temblor de su cuerpo sacudiéndose por el frío y el miedo, y no perdí ni un segundo en cogerla en mis brazos y alejarla más del hombre que había intentado devolverla a su padre contra su voluntad.

—Yo... yo...

Presioné un beso en su sien mientras escondía su cara contra mí, acurrucándose cerca.

—No huí.

Solté una única carcajada. Nada de esto tenía gracia, pero aun así. —Sí lo hiciste.

—Corrí para esconderme —lloró con más fuerza, luego aclaró su garganta bruscamente, como si se regañara a sí misma para mantenerse fuerte—. Corrí para alejarme de él y no... no sabía dónde estabas.

Es la última vez que cometeremos ese error. —Lo sé.

—Lo siento. Alek, no... no huí.

La besé de nuevo, estrechándola más mientras la llevaba al coche.

Dmitri ya había vuelto. Vi su coche detenerse al final del callejón, y no pronunció palabra cuando salió y nos abrió la puerta trasera. Subí sin soltar mi agarre sobre ella mientras la acomodaba en mi regazo.

Mi hermano sabía que era mejor no hablar mientras conducía. Cuando encontré su mirada en el reflejo del espejo retrovisor, asintió

una vez.

Interpreté eso como que todo estaba despejado. Él se había encargado del cadáver de Geoff en el apartamento. Se había ocupado de la retirada de todos los cuerpos y la sangre.

Asentí en respuesta, sabiendo que él entendería y recibiría mi agradecimiento en ese gesto silencioso.

Las palabras no eran necesarias ahora. Todo lo que importaba era asegurarme de que Mila estuviera caliente y limpia, segura y seca. Y conmigo, donde pertenecía.

Odiaba haber permitido que mis dudas me dominaran esta mañana. Mientras ella temblaba y lloraba suavemente en mi regazo, juré no volver a dudar de ella jamás. Había sospechado que era un regalo excepcional, un regalo único e improbable que no estaba seguro de merecer. Tenía una corazonada en lo más profundo de mí que me decía que ella merecía mi confianza, y detestaba que me hubiera llevado tanto tiempo sacar la cabeza de mi culo y darme cuenta.

Dmitri nos llevó a casa, aún sin decir palabra, y yo llevé a Mila en brazos hasta nuestro apartamento. Una rápida mirada me mostró que los limpiadores habían hecho su trabajo con excelencia. Nada parecía fuera de lugar, y no quedaba ni una mancha de sangre en los pasillos o el apartamento. A veces, el respaldo impermeable y los protectores para alfombras eran todo lo que el mundo necesitaba para volver a la normalidad rápidamente.

La bajé al suelo en el baño. Al sentir que me preparaba para soltarla, ella curvó sus dedos con más fuerza en mi camisa, sin querer dejarme ir.

—¿Dónde... Cómo...? —Tragó saliva, haciendo una mueca por el movimiento—. ¿Qué pasó con los... hombres?

—Han sido eliminados.

Ella parpadeó, asintiendo mientras yo comenzaba a quitarle la ropa de su cuerpo tembloroso, helado al tacto.

—Geoff entró a la fuerza. —Tragó saliva de nuevo, mirándome con una expresión tan vacía que dudé que estuviera enfocándose en mí en absoluto, sino mirando a través de mí. Ese vacío en blanco que mostraba sugería que estaba reviviendo los horrores que había sobrevivido sin mi ayuda, y nunca me perdonaría por su sufrimiento sin que yo estuviera allí para salvarla.

—Él... —Tembló con más fuerza mientras yo encendía la ducha—. Entró a la fuerza e intentó violarme. Dijo que aunque yo era mercancía dañada, todavía quería poseerme. Toda mi vida ha intentado violarme, tomar lo que no era suyo. Estaba obsesionado, y me negué a vivir con miedo a él ni un momento más.

Hablaba más rápido, ganando confianza o ira mientras divagaba, sin darse cuenta de que la estaba desnudando para calentarla en la ducha.

—Quería los papeles que Maxim te dio en la boda. Los había olvidado. Estaba tan impactada por haber matado a alguien. Por haber matado a tu primo. Un heredero. Estaba tan atrapada en el shock que al principio no me di cuenta de que tu hermano tenía copias de correos electrónicos de fuentes de Kastava. Mi padre solía pedirme que los transfiriera. En la oficina, se suponía que debía reenviar todas esas cosas codificadas y pasarlas a diferentes direcciones. —Se lamió los labios, asintiendo mientras divagaba, casi con un apuro de pánico.

—Me ordenó que le informara después de casarme con Andrey —se apresuró a añadir mientras la guiaba hacia atrás hacia la ducha.

Su piel mostraba las marcas de una lucha, pero no estaba demasiado herida a pesar de sus enfrentamientos con Geoff, luego con Lev y los policías. Hizo una mueca al primer contacto del agua caliente en su piel, pero sabía que tenía que ser el impacto del calor

en su piel helada. Su suave piel volvería a la normalidad. No me preocupaba la hipotermia, sino el shock.

Le sujeté las manos, asegurándome de que no tropezara en el estado de trance con el que se movía mientras se colocaba bajo el agua, todavía mirándome a través de la puerta abierta.

—Quería que siguiera respondiéndole —añadió, mirándome con tanta sinceridad abierta que supe que necesitaba que yo estuviera tranquilo.

Asentí, haciéndole saber que la escuchaba mientras me quitaba la ropa mojada.

—Dijo que debía servirle y nunca dudar en responderle, pero no lo hice. No lo haría. Quiere que esté muerta, y nunca quiero volver con él.

Entré en la ducha, uniéndome a ella bajo el agua que caía. Se aferró a mí, rodeándome con sus brazos y ocultando su rostro en mi pecho mientras las emociones volvían a apoderarse de ella.

Abrazándola con fuerza, intenté calentarla y calmarla de este frenético desborde de sus miedos y preocupaciones.

—Geoff quería que le diera los papeles para que tuvieran información sobre ese gran envío, pero yo no sabía dónde estaban. Incluso si lo supiera, nunca le habría ayudado, Alek. Soy tu esposa, tu compañera, y te elegiré a ti.

Le acuné el rostro y lo levanté para besarle los labios. El deseo luchaba con mi necesidad de consolarla, pero no saqueé su boca ni exigí un sabor. Lo mantuve simple, rozando mis labios sobre los suyos con toda la ternura y delicadeza que pude mientras la sujetaba con fuerza.

—Lo entiendo. —Y era cierto. Lo entendía ahora. Mila no me traicionaría. No como lo había hecho mi tío, no como cualquier enemigo podría querer.

—Estaba tan asustada, tan preocupada cuando Geoff entró. No solo porque quería violarme, sino porque pensé que asumirías que lo había llamado, que le había pedido que me encontrara. Y Lev. No sabía que estaba cerca, potencialmente esperando para llevarme con mi padre.

—Lo vi en el vídeo —dije con calma, apartándole los largos mechones castaños de la cara mientras ella parpadeaba mirándome.

—¿Lo viste?

Negué con la cabeza. Personalmente aún no había visto las grabaciones. Mis hombres me lo habían reportado todo. No estaba seguro de si podría soportar ver la evidencia en vivo de cuando mi esposa casi fue capturada, violada y apartada de mí. Acabábamos de encontrarnos. Acabábamos de casarnos y comprometernos con un futuro juntos, y era demasiado pronto para imaginar perderla.

Una vida con ella no sería suficiente.

Quería la eternidad.

—Me lo contaron.

—Entró y disparó a un guardia —añadió, frunciendo el ceño. Sus palabras salían ahora de sus labios más lentamente, con más calma, como si el torrente de divagaciones la hubiera tranquilizado lo suficiente para pensar y tomarse su tiempo al hablar.

—No solo a uno. A tres. Geoff mató a mis hombres para llegar hasta ti.

—¿Así que me habrían protegido?

Entrecerré los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Me preocupaba que quizás, como te costaba confiar en mí y saber que estoy de tu lado, tus hombres no siguieran las órdenes de mantenerme a salvo también.

Negué con la cabeza. —Ellos obedecen mis órdenes. Eres mi esposa. —La besé con más fuerza—. Mi reina. Y te protegerán cuando yo no pueda.

—Lo siento. —Bajó la mirada pero no permaneció cobarde por mucho tiempo. Levantó el mentón y volvió a mirarme—. Siento que los mataran. Salí corriendo y vi al hombre muerto en la puerta, y huí porque no sabía dónde estaría segura. Aquí, en las calles, en cualquier parte.

Y nunca volveré a dejarte sin un medio para contactarme. Todo esto era nuevo para mí. Había tenido amantes antes, pero no una compañera, una igual, una esposa. Tenía que considerar no solo mi propia seguridad y supervivencia, sino que ella también dependería de ello.

—Esos policías me encontraron, y entonces lo entendí. Esos códigos en esos correos, en esas copias que Maxim te entregó, tenían sentido. Aquel día en que tú y Nik vinisteis a la oficina preguntando por un Doc, me di cuenta de que los Valkov estaban incluidos en esa correspondencia del envío. Pero no sabía qué significaba nada, qué pasaría. Pero ese policía...

Le cogí la mano y le besé las puntas de los dedos. —Lo sé. El Doc. Stephen Murphy. Es un antiguo nombre en clave que debería haber reconocido antes.

—Está organizando la bratva —exclamó, lamiéndose los labios y ansiosa por compartir todo lo que había descubierto—. Necesitas saber que planea ayudar de alguna manera. O algo así. No lo sé, pero está corrupto, ¡y mi padre está trabajando con él!

Miré fijamente sus expresivos ojos azules, tan abiertos y deseosos de convencerme para que la creyera. No haría falta mucho. Hablaba de cosas que yo ya había deducido, y con el hecho de que me lo estaba contando todo tan libremente con la intención de ayudarme y velar por mí y mi bratva, supe que era mi mujer en todos los

sentidos que necesitaba. No solo mi esposa, sino también mi apoyo para liderar y cuidar de la bratva, de la Familia.

Fue esta confesión libremente ofrecida lo que me hizo darme cuenta de una vez por todas que ella estaba en esto conmigo. Estaba completamente comprometida.

—Nunca volveré a ser un peón para ningún hombre, Alek, pero te juro por mi vida que seré una aliada para garantizar tu éxito, para *nuestro* futuro.

La estreché contra mí y la besé con fuerza, deleitándome con cada roce de su lengua junto a la mía y cada gemido entrecortado de deseo que emitía mientras se acaloraba bajo mi tacto.

—Confío en ti, Mila.

Quería hacerlo, y sabía sin lugar a dudas que ella nunca me haría arrepentirme.

MILA

Me abrazó con fuerza, pegándome contra su cuerpo cálido y resbaladizo. El contacto de su dura fortaleza me calentó hasta la médula de los huesos, y quería acurrucarme aún más cerca y no soltarle jamás.

Alek era más que un simple esposo. Habíamos concertado nuestro matrimonio con el propósito de asegurar un futuro mejor. Nacimos de rivales, entrenados para ver al otro como un enemigo por encima de todo. Forjar una unión entre nosotros era la solución más improbable para esta guerra en la que nos habían metido, una escaramuza entre nuestros líderes de la bratva, pero en ella habíamos encontrado mucho más.

Él era mi roca, mi ancla.

Era quien me salvaría, me protegería y, ahora, confiaría en mí.

No podía guardarle rencor por lo que había tardado en llegar a este punto.

En otro mundo, debería haber sido rápida en exigir que confiara en mí en el momento en que maté por él. Bajo cualquier otra circunstancia, debería haber insistido en que declarara su confianza y lealtad hacia mí -o reconociera la mía hacia él- en el momento en que impedí que Andrey le disparara a muerte.

Alek y yo no tuvimos un comienzo ideal. No habíamos iniciado una relación "normal" en ningún sentido de la imaginación.

Nos conocimos con las defensas en alto, atrapados en nuestras posiciones de ver al otro como nada más que el enemigo.

Y en estos tórridos días de sexo, peligro y mentiras, nos habíamos unido para ser más fuertes y sabios.

—Y yo te amo, Alek —dije solemnemente, mirándole directamente a los ojos para que no solo pudiera oír sino también ver la profundidad de las emociones que ya no podía ocultarle.

Gruñó, entrecerrando los ojos con una mirada ardiente mientras acercaba su rostro al mío. Sus labios chocaron contra los míos, y respondí con reverencia, ansiosa y desesperada por demostrárselo. Quería probarlo con mis labios bajo los suyos, cediendo a su demanda de más ardor a cambio. Quería demostrarlo con mis dedos entrelazados en su pelo mojado, agarrándome fuerte mientras temía ahogarme en la lujuria.

Se apartó bruscamente, rompiendo el beso con una profunda y dura inhalación. —Dilo otra vez.

—Te amo.

Su gruñido fue más fuerte, más obsceno, como si mis palabras fueran su perdición. Admitir que le quería con todo mi corazón era todo lo necesario para desatar a la bestia.

Me levantó, deslizando toda nuestra piel mojada junta en una ardiente fricción de contacto. Me aferré a su cuello, teniendo cuidado con sus heridas sobre su hombro. En un momento de ingravidez en el aire, giré en su abrazo.

Entonces jadeé.

Las frías baldosas de la ducha me helaron, sacándome del ritmo acelerado de la lujuria que nos unía allí. Esta intimidad no

disminuiría. Me distrajo de la impresión de la fría pared en mi espalda mientras me empujaba más arriba contra ella.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, buscando algo en lo que apoyarme para no caer. Me levantó hasta que mis pechos estuvieron a su alcance, y cerró su boca alrededor de mi pezón. Succionando mi carne, me provocó y atormentó con el apetito voraz que siempre tenía por mí. Nunca ocioso. Nunca lento. Alek me deseaba, ahora y siempre, y saber que tenía ese poder sobre él me hizo estar aún más húmeda.

—Te amo —repetí, sintiendo cada sílaba mientras pasaba a mi otro pecho para administrar la misma agonizante presión de succiones, mordiscos y lamidas.

Mantuve mis dedos entrelazados en su pelo mientras él se rendía con un gruñido. Recogida de nuevo en sus brazos, me movió otra vez. Su objetivo era el banco bajo en la parte posterior de la generosamente espaciosa cabina de la ducha. Los azulejos se extendían de pared a pared, y cuando mi trasero golpeó el asiento construido en el extremo opuesto, me estremecí.

Entre la ardiente mirada en sus ojos y el contacto más frío de mi trasero en el banco, estaba energizada y viva. Todo con el objetivo final de complacer a mi hombre. Cuando bajó la cabeza, colocando mis muslos sobre sus hombros, entendí el nombre de este juego. Le complacería dejando que me convirtiera en un charco fundido de deseo. Le satisfaría abriéndome ampliamente para que pudiera darse un festín conmigo hasta que gritara su nombre.

No esperó, hundiendo su boca en mi sexo y asaltando mi carne sensible. Sorbió y chupó, apresurándose a arrastrar su lengua sobre mí desde el perineo hasta el clítoris. No se perdió ni un solo punto, y volvió una y otra vez para lamer toda la crema que goteaba tan libremente de mi dolorido, palpitante y necesitado sexo.

Necesitaba que me empujara a esas alturas de éxtasis. Quería que gruñera y gruñera, comiéndome como el monstruo hambriento que

era.

La modestia era una broma. Saboreé cada forma sucia, primitiva y carnal en que me poseía.

—Por favor, Alek. —Deslicé mis dedos por su pelo otra vez y retorcí los oscuros mechones hasta que siseó. Era una aprendiz rápida. Ayer me di cuenta de que disfrutaba con un poco de dolor. Y funcionó de nuevo ahora. Aplastó su cara contra mi sexo mientras yo me frotaba contra su rostro, empujando para llegar más rápido. Mi entusiasmo le impulsó, y con un perverso mordisco en mi clítoris, chillé por la aguda tensión. Mi cuerpo estaba vivo, ardiendo con la necesidad de deshacerme bajo su boca, pero él no estaba listo para terminar su diversión.

—Dímelo —exigió, alcanzando debajo de mí mientras se arrodillaba más cerca del banco. Mis nalgas llenaron sus manos, y mientras apretaba con fuerza, clavando sus dedos en mi piel, empujó su lengua dentro de mi sexo más rápido.

—Dímelo, joder, Mila.

—Te am... —Me atraganté con mis palabras, abrumada por la cegadora presión del orgasmo. Estaba justo allí, tan cerca que lloraría si se detenía otra vez.

—¡Dímelo!

—Te amo —sollocé mientras succionaba un ritmo obstinado en mi clítoris. La tensión se quebró dentro de mí, y mientras olas de puro éxtasis y alivio recorrían mi cuerpo, hormigueando cada uno de mis nervios, me izó en sus brazos.

—Yo... yo... —No podía hablar, y mucho menos pensar. Solo podía sentir cada ola de mi orgasmo mientras me reducía a un asombro sin palabras, cada duro centímetro de su fuerte cuerpo mientras me sostenía en sus brazos y me sacaba de la ducha.

—Yo también te quiero jodidamente —gruñó antes de besarme con fuerza.

No lo había dicho para oírlo a cambio. Pero ahora que lo había pronunciado, ahora que había compartido el milagro recíproco de amarme, me sentía aún más abrumada con esta arrolladora euforia del orgasmo que me había dado.

Alzándome, cerré mis labios sobre los suyos y le besé intensamente. Me saboreé en su lengua, y eso solo hizo que la conexión ardiente y chispeante entre nosotros fuera mucho más caliente.

Caímos juntos en la cama, empapados y resbaladizos por la ducha.

Él rodó hasta cubrirme, sosteniendo su peso sobre mí mientras protegía su hombro herido. Mientras me miraba con una profunda expresión de orgullo posesivo, alcé las manos para enmarcar su rostro.

—Soy tuya, Alek.

Sus labios se estrellaron contra los míos mientras se alineaba con mi sexo.

—Confío en ti. Con mi vida.

Empujó la gruesa cabeza de su miembro.

—Con mi cuerpo.

—Sí —concordó, deslizándose dentro de mí con una embestida larga y dura.

Contuve la respiración, deleitándome en la deliciosa quemazón de sentirle estirándome, llenándome y abriéndome tan rápido y fuerte.

—Quiero ser tuya en todos los sentidos —prometí, decidida a hacerle entender la profundidad y los extremos de mi sumisión. Comprender cuánto significaba este hombre para mí había sido una lección duramente aprendida, algo para lo que fui demasiado testaruda como para abrir los ojos durante muchos días. No llevábamos mucho

tiempo juntos para llegar a este compromiso a trompicones, pero habíamos alcanzado este punto, a pesar de todo, una rápida caída hacia el afecto y la admiración completos, y nunca, jamás se desvanecería o moriría entre nosotros.

Mientras viviéramos.

—Mi esposa —dijo entre gruñidos y respirando con dificultad por sus rápidas embestidas—. Mi amante —añadió, levantándome la pierna para sujetarla en alto y poder embestirme con más fuerza.

—¡Sí! —jadeé, necesitando esa dulce liberación hacia la que me empujaba.

—Y mi compañera. —Emparejó esa demanda final, esa declaración definitiva, con una penetración más profunda que llegó hasta lo más hondo de mí. Me contraí a su alrededor, gritando con la fuerza e intensidad del clímax que había provocado. Le ordeñé mientras embestía una, dos y tres veces más hasta que se sacudió y tembló, derramando su ardiente semen profundamente dentro de mí.

Se derrumbó sobre mí, inmovilizándome contra la cama con su peso. Para cuando envolví mis piernas alrededor de su cintura y le abracé con mis brazos por la espalda, él ya había rodado y nos había colocado de lado. Pero seguía sin ser suficiente.

Se dejó caer sobre su espalda, con el ancho pecho agitándose por el esfuerzo de recuperar el aliento. Sin soltarme, me atrajo hacia él para que me tumbara a su lado, con mi pierna sobre la suya y mi brazo en su estómago.

Su miembro se deslizó fuera, manchando nuestros fluidos combinados a lo largo de mi muslo. Estábamos pegajosos, todavía empapados de la ducha y humedeciendo la cama, pero no importaba. Yacíamos allí juntos, agotados tanto por las prisas de hacer el amor como por el peso de admitir por fin nuestros sentimientos.

No era convencional confesar amor después de haber compartido nuestros apresurados *sí, quiero*. Pero en nuestro mundo, con matrimonios concertados que unían a las parejas por deber y tradición, encontrar el amor era una rara bendición que no muchos podían soñar con experimentar.

Acarició con su mano mi brazo, mimándome mientras bajaba de la embriagadora emoción de dos orgasmos. Antes de eso, los altibajos del día y la noche habrían sido suficientes para agotarme.

Ahora, sin embargo, estaba alerta y en paz. Estaba donde pertenecía, con mi hombre. Mi marido. Mi gobernante. Porque todo era mucho más claro. Su misión de acabar con las viejas costumbres de su bratva. Su dedicación para llegar al fondo de esta conspiración.

Me acerqué más, apoyando mi barbilla en mi mano que yacía sobre su pecho.

Él suspiró, moviendo su brazo libre detrás de su cabeza para usarlo como almohada. Mirándome, arqueó una ceja en señal de interrogación. —¿Hmm?

—Tengo una idea.

Levantó la otra ceja.

—El cargamento. Es mañana.

Asintió. —Me di cuenta antes de recibir el aviso de que Geoff había entrado aquí.

Parpadeé, atónita. Y yo que pensaba que estaba siendo la persona más madura, confesando y soltando *todo* lo que él podría querer saber. Y él ya estaba al tanto.

—¿Sabías que el policía estaba involucrado?

Asintió.

Me negué a pensar que le había contado todo eso para nada. Por supuesto que ya lo sabría. No era tonto.

—Si pudiera conseguir un portátil e iniciar sesión en mis antiguos correos, todas esas estúpidas correspondencias que me hizo reenviar para asegurarse de que no hubiera una ruta fácil de información compartida...

Apartó mi pelo hacia atrás, sonriendo lentamente. —¿Sí?

—Quizás *tú* podrías entender los códigos y ver si hay algo más que te ayudaría a impedir que mi padre intente derrocar a tu Familia.

Me arrastró sobre su pecho para besarme profundamente. —*Nuestra* Familia.

Acurruqué mi mejilla contra la suya, frotando su rostro. —Para que puedas gobernar desde arriba.

—Contigo a mi lado, con tu apoyo inquebrantable.

Suspiré, pasando mi mano por su pecho y sintiendo el fuerte latido de su corazón, latiendo al unísono con el mío, ahora y siempre.

Nos quedamos allí, comprometidos a ser un equipo durante unos momentos más hasta que él me dio una palmada juguetona en el trasero, indicándome que me levantara para dejarle levantar.

—¿Un portátil, dices? —Cogió una bata que colgaba de una silla y me la lanzó.

—Sí. Memoricé todos los datos de acceso.

Sonrió. —Buena chica.

Atrapé la bata, sonriendo mientras metía los brazos por las mangas y le seguía fuera del dormitorio. Él se puso una toalla alrededor de la cintura y luego tomó mi mano. La sostuvo mientras me llevaba al salón, llamando a su hermano por el móvil para que trajera un ordenador.

Después de todas las pruebas y dificultades para encontrarnos el uno al otro, había llegado el momento de trabajar juntos de verdad por nuestro futuro.

ALEK

La mañana llegó rápidamente, y me desperté con una gran emoción por cómo terminaría probablemente el día. Con la ayuda de Mila, no tenía ninguna duda de que habíamos alterado los detalles del cargamento que llegaría esta tarde.

No había planeado preguntarle sobre ningún detalle porque suponía que ella no tendría acceso a esa información. Y así era. Su padre esperaba que ella se entretuviera con tareas sin importancia, pero con los códigos y el secretismo, nunca había podido seguir nada de ello. Tampoco lo había intentado, lo suficientemente inteligente como para saber que era mejor así.

Con Nik y Maxim quedándose hasta tarde y analizando *todos* los correos electrónicos que ella había gestionado en esa oficina, pudimos reunir suficiente información sobre lo que se esperaba que ocurriera en el muelle Colver para poder cambiar los detalles de la operación. Se esperaba que la DEA llegara demasiado tarde, pero cambiar la documentación de llegada significaba que estarían *temprano*, justo a tiempo para ver cómo atrapaban a los Kastava, no a los Valkov.

Mila estuvo de acuerdo conmigo en que no debería acercarse a escondidas a la zona del muelle tan preciada por su padre. Confiaba en que yo la mantendría a salvo, pero entendía que Ivan sería un guardaespaldas fiable mientras tanto.

No me habría perdido esta oportunidad por nada del mundo. Quería estar allí, escondido en la distancia y viendo en tiempo real cómo los Kastava se jodían con este cargamento de armas que estaba llegando.

Sergei Kastava no tendría ni idea de lo que le había golpeado, y esperé con ansiosa anticipación mientras se acercaba el momento en que saltaría la trampa.

En lugar de acompañarme, Mila fue de compras para empezar a crear un guardarropa digno de una mujer en su posición. En la cima de la Bratva Valkov, tenía que vestirse acorde. Se vería bien con cualquier cosa. Ya sabía que tenía buen ojo para la moda y experiencia en resaltar sus atributos. Lo único que me interesaba descubrir era lo que compraría para mí. Su lencería seguiría siendo *suya*, pero en realidad, también era un regalo para mí. No podía esperar a descubrirla y desenvolverla, y verla con lencería traviesa y tentadora en la cama.

Ivan la mantendría a salvo. Confiaba en mi hermano sin lugar a dudas. De hecho, contaba con todos los hombres que habían seguido mis órdenes bajo el liderazgo de Pavel. Había instruido a cada hombre de los Valkov para que se hiciera escaso a medida que se acercaba la hora. No quería que hubiera nadie más que los leales incondicionales a mi tío para que los atraparan.

Llegó el momento y, con un frenesí de actividad, los detectives, agentes y oficiales llenaron el muelle. Los soldados de Kastava intentaron huir o abrir fuego. Los matones del barco también dispararon, y estalló una pequeña guerra mientras las fuerzas del orden se abalanzaban con dureza sobre los hombres de la bratva que no se habían enterado del plan de Mila y el mío para frustrarlos.

Me quedé atrás, en las sombras con Nikolai. Vimos cómo todo se venía abajo y, al final, compartimos una mirada de complicidad y una sonrisa.

—Lo has conseguido —me felicitó.

—*Lo hemos* conseguido —. Todas mis sospechas habían dado sus frutos. Desde el principio, sabía que este cargamento y la supuesta alianza con la familia Kastava acabarían en ruina. Y así había sido. Había ayudado a derribarlo todo, y me alejaba del desastre con una esposa y un claro deseo de liderar en lugar de mi tío.

—¿Estás seguro de que no quieres ayuda esta tarde? —preguntó mientras paseábamos, dirigiéndonos hacia nuestros coches.

Negué con la cabeza. —Ya tengo alineada mi ayuda. Gracias.

—Por supuesto, *Jefe* —sonrió con sorna, claramente entusiasmado por este nuevo camino que estábamos forjando para el futuro.

Sonreí, seguro pero no arrogante.

Tal como habíamos planeado, conduje hasta la mansión de Pavel. Una vez había sido el hogar donde vivieron mis abuelos, y muy pronto, volvería a estar ocupado por una familia. Las putas y los jugadores ya no pasarían el rato en el salón quedándose más tiempo del debido. Los soldados borrachos no romperían platos en la cocina. Pavel no mancharía los muebles ni desperdiciaría las elegantes reliquias familiares que habían estado en la casa durante generaciones.

El cambio estaba llegando, y comenzaría aquí, en el despacho de mi tío. Mila e Ivan llegaron justo después que yo.

—¿Cuánto?

—¿Daños? —preguntó Ivan con una sonrisa burlona.

Mila puso los ojos en blanco. —Cállate.

Ivan sonrió y me hizo un gesto con la cabeza mientras salía.

—¿Cuánto? —pregunté de nuevo, curioso por saber si Mila lo sabía siquiera.

Me dio una cifra, y quedé impresionado.

—¿Qué? —preguntó mientras me sentaba en la silla de mi tío detrás del escritorio antiguo que debería haber sido de mi padre. Pasé la mano por la suave madera pulida.

—Solo quería saber si tenías idea de lo que habías gastado.

Asintió. —Hasta que podamos mejorar los negocios de la Familia, no necesito malgastar dinero sin una buena razón.

Como si necesitara otra razón para amarte más. No era una mujer materialista. Ya había intuido eso. Le importaban cosas más profundas y duraderas como el amor y la libertad. No era como otras mujeres, descuidadas con sus gastos y ajenas a los detalles. Por supuesto que prestaba atención. Era diligente y siempre era consciente de sus acciones en todo lo que hacía. Mi esposa no era una persona frívola.

Se sentó en mi regazo cuando le hice un gesto para que se acercara. Había llegado con Ivan justo después de que encontrara el anillo de mi madre, y con ella sentada sobre mi muslo, tomé su mano y se lo puse.

—Esto... —soltó una risa—. *Acabo* de decirte que no necesito riquezas ni lujos. ¿Cuánto has gastado en *esto*?

Besé su dedo justo por debajo de donde había colocado los diamantes. —Nada. Era de mi madre. Lo encontré aquí, en el fondo de un cajón del escritorio.

—¿Él se lo quedó? —preguntó, frunciendo el ceño ante lo que mi tío había hecho también.

—Entre muchas otras cosas —respondí con amargura antes de que el hombre mismo entrara en la habitación.

—¿Qué...? —nos miró con desprecio, clavando los ojos en mi esposa —. ¿Qué coño hace esta escoria Kastava aquí?

Luego dirigió su ira hacia mí, acalorado y poniéndose rojo de rabia —. ¡Explícate! —agitó los puños, enfurecido y a punto de estallar por

la fuerza de su ira—. Primero, aparezco en esa alianza que se desmoronó por *tus* acciones...

—¿Te refieres al golpe que mi padre intentó darte? —replicó Mila con descaro.

Él balbuceó, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

—¡Luego matas a mi hijo! —se golpeó el pecho con el puño—. ¡El heredero de la bratva!

Me llevaría a la tumba que la magnífica mujer sentada en mi regazo era la asesina de mi primo.

Negué con la cabeza—. Lo estás mirando a él —arrojé los certificados de nacimiento sobre el escritorio—. Tendiste una trampa a mi padre para poder matarlo. Porque Pyotr Valkov era el gemelo primogénito. Él era el Pakhan legítimo, y lo mataste para quedarte con el poder.

—¡Eso es una mierda! —rugió, intentando alcanzar la pistola que ya ni se molestaba en llevar encima.

—Lo era. Y es hora de un nuevo futuro para la familia —levanté la pistola que había dejado sobre el escritorio—. Soy el heredero legítimo, el líder legítimo, y con mi esposa, *nosotros* llevaremos a la Bratva Valkov a su antigua gloria y poder.

Apunté y disparé una sola vez, hundiendo una bala justo entre sus ojos.

Su boca permaneció abierta en una *O* de sorpresa. Mila apenas se inmutó. Se mantuvo fría y serena mientras seguía sentada en mi regazo, y juntos, le vimos caer al suelo. A los pocos momentos de su caída, Ivan y un par de otros soldados entraron para retirar su cuerpo. Después de que se lo llevaran, el silencio inundó el despacho.

La paz y la esperanza también, y mientras sentía a Mila suspirar y relajarse contra mí, supe que esto era solo el principio.

De mi gobierno. De mi verdadera Familia. Aquí mismo, con la hija de mi enemigo.

—Ahora ya está todo terminado —murmuró, acariciándome la línea de la mandíbula.

La miré fijamente, dejando que viera todo el amor y el compromiso que podía ofrecerle. Con una sonrisa lenta, negué con la cabeza—. Por lo que a mí respecta, mi vida solo puede comenzar verdaderamente ahora.

Ella se mordió el labio y se acercó para besarme, prometiendo con su impaciencia que mi predicción se haría realidad.

MILA

Dos meses después...

—Lo único que digo es que tendría más sentido ocuparnos primero del papel pintado y *después* encargar los muebles nuevos —puse las manos en las caderas y arqueé las cejas mirando a mis cuñados.

De todas las cosas a las que tuve que adaptarme, recordar que tenía una familia fue el mayor cambio. Hermanos, soldados que actuaban como hermanos, hombres leales que servían a Alek como si siempre hubiese sido su Pakhan. Tenía un equipo de apoyo. Ya no tenía a mi padre. Lo había borrado de mi mente y mi corazón desde que me mudé a la mansión Valkov con mi marido. Nunca dejaría de maravillarme ante la capacidad de inclusión de estos hombres, y poco a poco, introducir más mujeres en esta familia sería una bendición.

Incliné la cabeza hacia un lado, observando a Ivan y Maxim. *¿Cuál de vosotros debería ser el primero en trabajar en eso, mmm?*

Nikolai entró en la habitación, cargando más cajas. Frunció el ceño al ver cómo estudiaba a sus hermanos. —¿Por qué os está mirando así?

Oh, no me hagas caso. Solo estoy mentalmente emocionada por hacer de celestina para todos vosotros algún día.

Nik entrecerró los ojos mirando a Ivan. —¿No estarás hablando mal delante de ella, verdad?

Ivan sonrió con picardía. —Ella tiene una boca más sucia que cualquiera por aquí.

—¿Papel pintado? —dijo Maxim con una mueca mientras observaba la habitación—. No sé nada sobre papel pintado.

Nikolai gimió, dejando las cajas en el suelo y levantando las manos en señal de tregua mientras retrocedía. —No. No me miréis a mí. No voy a involucrarme en la redecoración.

Ivan se escabulló de la habitación por la otra puerta. —¡Díselo a Alek!

Maxim asintió. —Él simplemente contratará a un equipo.

Puse los ojos en blanco. —Oh, venga ya.

Hizo una mueca y negó con la cabeza. —Estoy dispuesto a ayudarte a sacar cosas y hacer espacio para que, bueno, hagas que este lugar vuelva a sentirse como un hogar, pero empapelar es otra historia — imitó a su hermano, levantando las manos en señal de tregua mientras me dejaba allí riéndome.

En realidad no iba a pedirles que se encargaran personalmente de la renovación de esta habitación. Aun así, no me sentí herida por su huida del tema. Cada vez que charlaba con los hermanos de Alek, los conocía un poco mejor.

Por primera vez en toda mi vida, miraba hacia el futuro con un profundo sentimiento de entusiasmo inquebrantable. En esta casa, con esta familia, nunca más sería utilizada como moneda de cambio ni dada por sentada. Formaba parte de una auténtica familia aquí, y nunca más volvería a ser un objeto descartable.

Mi lugar estaba junto a Alek, y después de comprobar la hora, dejé esta habitación para buscarlo. Habría terminado su entrenamiento

para ahora, y estaba demasiado emocionada como para esperar a que se duchara y se arreglara para hablar con él.

Parecía que mi cálculo del tiempo estaba equivocado. Lo encontré en nuestro dormitorio, ya duchado. Salió del baño, todavía con una toalla alrededor de la cintura, y solo esa visión hizo que mi lujuria se disparara.

Al verme allí, sonrió y dejó caer el rizo de felpa. —Vaya, hola, Esposa —dijo con voz sexy.

Murmuré mi apreciación, extendiendo la mano para acariciar su miembro mientras él se acercaba a mí. Me reclinó sobre la cama mientras yo recorría su largo eje con los dedos, pero me detuve, haciéndome la difícil mientras él levantaba mi vestido de verano.

—Alek, estamos demasiado ocupados para eso ahora.

Él gruñó, tumbándome en la cama y quitándome las bragas. —Eso es una locura.

Me reí, intentando escabullirme de su alcance, pero él fue más rápido. Siempre lo era. La persecución era parte de la diversión, pero con mi estado de ánimo actual, me rendí cuando deslizó su miembro dentro de mí.

—Ooohhhh... —gemí, besándole mientras empezaba a embestirme lentamente.

—Demasiado ocupados, ¿eh?

Asentí. —Incluso para un rapidito.

Él resopló, embistiéndome más fuerte, justo como me gustaba.

—Tenemos diseñadores que vendrán pronto para redecorar el despacho —ninguno de los dos queríamos que la influencia de Pavel permaneciera allí—. Tienes una reunión pronto.

—Shh —bajó para callarme con un beso.

—Y quiero hablar con el chef de nuevo.

Frunció el ceño. —¿Estás hablando de otro hombre mientras tu marido te folla?

Ignoré su broma. Sabía que no estaba enfadado. Él sabía que le amaba y le deseaba, solo a él. —Va a sentirse como una verdadera familia por aquí, Alek —perdí el hilo, gimiendo al sentir cómo su miembro me llenaba tan bien—. Empezando con la gran cena de esta noche con todos tus hombres más cercanos.

Sonrió, riendo mientras me follaba. —¿Una gran cena? ¿Por qué tanta formalidad?

—Para celebrar.

Gruñó, follándome más rápido. —Estamos celebrando ahora mismo.

Gemí, agarrándolo para besarlo dulcemente.

—Me encanta todo lo que planeas, Mila. Te amo *a ti*. Solo a ti. Para siempre.

Justo antes de que mi orgasmo me golpeara y me robara el habla, sonreí. —¿Tendrás espacio en tu corazón para nuestro hijo también?

Se ralentizó, luego se detuvo profundamente dentro de mí mientras se quedaba sin palabras. Una mirada de asombro atónito cruzó su rostro, y reanudó follándome con más fuerza, emocionado.

—Amaré a nuestros hijos —gruñó mientras yo me contraía a su alrededor, jadeando mientras las olas de mi orgasmo me recorrían con dulce alivio—. Por supuesto que los amaré.

—¿Incluso si no es un niño? —pregunté, preocupada. Los hombres y sus hijos siempre serían más importantes en nuestro mundo.

Se rio, tensándose mientras se corría y me llenaba. —*Quiero* una niña primero. Una fierecilla, justo como su madre. Porque nuestro pasado va a quedarse en el pasado, y tenemos un futuro extraordinario que construir mientras avanzamos ahora.

Lo atraje hacia mí para besarlo. —Juntos.

—Juntos para siempre —confirmó.